



DESCONOCIDOS

DAVID LOZANO



edebé



DESCONOCIDOS

DAVID LOZANO



edebé

DAVID LOZANO

DESCONOCIDOS

PREMIO EDEBÉ
DE LITERATURA
JUVENIL



Obra ganadora del Premio EDEBÉ de Literatura Juvenil según el fallo del Jurado compuesto por: Sr. Xavier Brines, Sra. Paula Jarrín, Sra. Rosa Navarro Durán, Sr. Robert Saladrigas y Sra. Care Santos.

© David Lozano, 2018

© Ed. Cast.: Edebé, 2018
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora de Literatura Juvenil: Elena Valencia
Diseño de la colección: Book & Look
Fotografía de cubierta: Shutterstock
Fotografía del autor: Fernando Sánchez

1ª edición, abril 2018

ISBN: 978-84-683-3541-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*A mi padre, gran piloto que ya ha emprendido
su último vuelo.*

*McDonald's de Sants, estación de tren
de Barcelona. 30 de junio, 20:20 h*

«Extraños», piensa Lara mientras repasa su reflejo en la pantalla del móvil. «Somos dos extraños».

Dos desconocidos que, sin embargo, han decidido encontrarse esa noche en un escenario tan poco sugerente como el McDonald's de la estación de Sants.

Tierra de nadie, porque nadie se queda en las estaciones. Son cruces de caminos, tal como le ha explicado Wilde horas antes al proponerle ese punto de encuentro. «Espacios que se vacían de madrugada», ha terminado él, antes de enviarle un último mensaje en forma de puntos suspensivos.

Una invitación así no se puede rechazar.

Lara se siente cada vez más atrapada por el magnetismo del chico, por su misterio. «Es listo, sabe que yo no habría aceptado quedar en un sitio menos público sin conocerlo».

Ella tiene que admitir, además, que no todo el mundo es capaz de vender como algo romántico una cita en un McDonald's, aunque sea uno con el toque de presunta cafetería que tiene ese. Sí, Wilde es listo.

Lara se pregunta, por otra parte, qué posibilidades reales hay de que un chico tan interesante, tan culto, tan ocurrente... esté bueno y no sea gay.

—Las suficientes como para estar dispuesta a comprobarlo.

Acaba de hablar en voz alta. Sola. Afortunadamente, nadie parece haberse dado cuenta a su alrededor.

El problema de lugares como aquel, se queja Lara en silencio, es que vuelven invisibles a las personas. Y más en una estación, claro. Allí todo el mundo está más pendiente de sus maletas que de la gente. Aun así, Lara se siente observada; su mirada se cruza con la de otros jóvenes, aunque nadie hace ademán de reconocerla. ¿Será Wilde alguno de ellos? Entre tantos desconocidos de diferentes razas, edades y aspectos es imposible llamar la atención, y ahora ella se ve incapaz de distinguir algún perfil que encaje con la idea que se ha ido forjando, después de tantas horas de mensajes y chats, sobre su compañero virtual.

¿Y si él ya está allí, espiándola? Gracias a su anonimato podría encontrarse a su lado y Lara ni se daría cuenta. Wilde juega con ventaja en esa cita a ciegas; sabe cómo es ella, ha tenido la oportunidad de ver sus fotos en Twitter.

Está en condiciones de identificarla. En cambio, el perfil de Wilde en la red lo único que muestra es un paisaje de montaña y nunca ha publicado fotos suyas. Por eso Lara solo cuenta con el recuerdo de las largas conversaciones que han mantenido cada madrugada para imaginar su figura, su rostro, sus manos. Quizá no sea un material demasiado fiable para diseñar chicos.

Definitivamente, no lo es.

Los nervios la devoran. Se remueve en el asiento y consulta la hora que indica su móvil: faltan cinco minutos para las ocho y media, momento acordado para el encuentro.

Las ocho y media del viernes treinta de junio.

Solo Berta, su mejor amiga y cómplice de tantas aventuras, está al corriente de esa cita que sus padres jamás habrían autorizado. De hecho, han pactado que Lara tiene que hacerle una llamada perdida a las nueve para confirmar que todo va bien.

Los minutos siguen transcurriendo. Queda muy poco. En ese momento a Lara le asalta la Gran Duda: ¿debería irse antes de que sea demasiado tarde? ¿Ha sido una buena idea dar ese paso, después de dos meses limitándose a hablar con él a través de la red? ¿No tendría que haber exigido alguna garantía más antes de aquel avance?

Su mente, propensa al drama, concibe terribles avatares de Wilde: un viejo pederasta que estira sus dedos artríticos hacia ella mientras se relame; un psicópata que afila el cuchillo con el que acostumbra a descuartizar adolescentes; el líder de una secta que busca carne fresca para sacrificar en rituales satánicos; un violador compulsivo (muy compulsivo)...

O un tímido patológico, de esos que no abren la boca cuando llega el momento del encuentro presencial.

Todas esas posibilidades casi le parecen mejores que una última que ni se atreve a contemplar: ¿y si aparece su ex? Aparte de Berta, Lara no le ha contado a nadie el plan de esa noche, pero Jordi es capaz de haberse enterado. Sobre todo porque algunos de los tuits que ha publicado ella durante los últimos días permiten intuir su conexión con Wilde. Se arrepiente de haber sido tan poco prudente.

Sí, Jordi ha podido enterarse. Apenas hace tres meses que han cortado y él lo lleva tan mal que ha amenazado con suicidarse si Lara comienza a salir con otro. ¿Un farol? No hay forma de saberlo. Por si acaso, ella ha denunciado a la policía el acoso al que la está sometiendo. Sin embargo, al no haber peligro

directo para Lara, lo único que ha conseguido es que quede registrado su aviso. Tampoco hay mucho más que pueda hacerse; una orden de alejamiento quizá proteja a la víctima del acoso, pero no impide a un suicida acabar con su propia vida.

Lara se siente cansada. Quiere superar esa ruptura, alejarse para siempre de Jordi. Por eso se agarra con tanta fuerza a la salvación que supone la aparición de alguien como Wilde.

No se arrepiente de haber terminado con su ex; al contrario: esa relación es historia y no está dispuesta a someterse a su chantaje de perdedor. Precisamente para demostrarse a sí misma su legítima libertad está ahora allí, acudiendo a una cita con otro chico. Dispuesta a empezar de nuevo. A pasar página.

«No», procura calmarse. «Es imposible que Jordi aparezca. No conoce el lugar ni la hora a la que hemos quedado, ni siquiera vive cerca de Sants». Aunque los otros candidatos imaginados para esa cita a ciegas no son tan improbables...

Su amiga Berta sí sería capaz de enfrentarse a todas esas amenazas, incluido Jordi. Es fuerte, imperiosa, incluso agresiva cuando la situación lo requiere. Ojalá estuviera con ella.

Lara, harta de su incertidumbre, está a punto de echar a correr. Le tienta confundirse entre todas esas figuras que atisba a través del cristal desde su posición, siluetas con pinta de pasajeros de AVE que se pierden con su equipaje rumbo al vestíbulo de la estación. Intenta resistir ese impulso, se fuerza a recuperar la tranquilidad. «No seas ridícula», se dice. «No huyas. Ninguno de esos perfiles peligrosos con los que acabas de fantasear habría quedado aquí».

O eso quiere creer.

Dos minutos. Dentro de unos segundos ni siquiera dispondrá ya de la posibilidad de eludir el encuentro. O se levanta y desaparece o...

Lara no se mueve. Imposible. A pesar del riesgo, no escapará sin escuchar por fin la voz de Wilde, sin enfrentarse a su mirada eterna.

«Mirada eterna».

Lara se ha vuelto a dejar llevar por una ensoñación romántica. ¿Cómo ha podido elegir ese adjetivo en medio de un entorno tan cutre?

Solo las hamburguesas son eternas en un McDonald's gracias a su composición química, que es mejor ignorar.

La cuenta atrás continúa y el flujo de personas que va y viene en las inmediaciones de su mesa sigue creciendo.

Wilde podría ser cualquiera.

Lara lo imagina entrando en la estación con paso firme, entre sus manos el libro que han pactado que debe llevar para delatarse: *Carta de una desconocida*, una de sus historias favoritas.

Un minuto.

Wilde tiene que estar a punto de aparecer.

«Vete ahora, que todavía estás a tiempo», le susurra una voz en su conciencia, que se va apagando conforme gana nitidez su imagen idealizada del chico.

Pero Lara ha dejado atrás el punto sin retorno. Para ella, en ese instante, la peor amenaza es que él no acuda a la cita.

Esperará.

Necesita conocer, por fin, a su enigmático compañero de las madrugadas.

Capítulo uno

McDonald's de Sants. 30 de junio, 20:31 h

Wilde ha ocultado el ejemplar de *Carta de una desconocida* hasta llegar junto a su mesa, por lo que Lara apenas le ha prestado atención mientras surgía por la puerta y avanzaba en su dirección; ella está demasiado pendiente de su rastreo de sospechosos como para fijarse en una figura que en apariencia no cumple el requisito. Solo cuando se encuentra frente a su objetivo, a una distancia de un metro, Wilde aprovecha un cruce de miradas, esboza una sonrisa blanquísima y muestra el libro.

—Hola.

Lara titubea al principio, con los ojos clavados en el volumen que él sostiene como una credencial. Tarda en reaccionar. Después de tantos preparativos, de tantos ensayos mentales para ese momento, el chico la ha pillado desprevenida. Odia provocar una mala primera impresión, pero ya es tarde para intentar arreglarlo. Confía en mejorar su imagen durante la cena.

—¿Wilde? —pregunta cuando logra articular palabra, arrepintiéndose de inmediato de una comprobación tan estúpida como el gesto que todavía exhibe su cara.

Sin embargo, él no se ríe. Simplemente asiente y señala la silla vacía.

—¿Puedo sentarme o te has llevado tal decepción que prefieres que me vaya?

Tiene un marcado acento catalán.

—¡No, no! Perdona, ha sido la sorpresa..., yo...

Ni siquiera se han dado un par de besos como saludo. Vaya desastre de comienzo.

A Lara le llega ahora, procedente de él, un agradable olor a recién duchado que se mezcla con el aroma familiar de una colonia que no termina de identificar. Aprovecha los segundos que tarda Wilde en acomodarse para estudiar sus facciones: no es especialmente guapo, pero sí atractivo. Tiene algo. Medirá alrededor de uno ochenta y está bastante delgado. De piel muy

pálida, sus ojos grandes, negrísimos, parecen diseñados para estudiarlo todo hasta el mínimo detalle. Es moreno y lleva el cabello muy corto, lo que contrasta con sus cejas pobladas. En sus mejillas avanza la sombra de una barba que aún no le crece con la suficiente densidad como para quedar bien. Su amiga Berta lo calificaría de «intento fallido de barba». Lara prosigue su examen: los labios finos del chico y su nariz sorprendentemente afilada dan a su expresión un aire enérgico que él procura suavizar con la que, sin duda, es su mejor arma: la sonrisa.

Un arma que maneja bien.

Lara aún tiene tiempo de bajar la mirada para concluir su discreta inspección: aunque la mesa tapa parte de la figura del chico, sus hombros estrechos permiten intuir una complexión poco atlética. Viste camisa de cuadros, vaqueros —los ha llegado a ver antes de que se sentara— y calza unas zapatillas negras.

El conjunto, aunque no espectacular, la motiva. Lara decide que Wilde ha superado la primera prueba. No obstante, piensa ser mucho más rigurosa con respecto a lo demás. A fin de cuentas, es él quien le ha hecho alimentar unas expectativas altas después de tantas confidencias nocturnas. Habrá que comprobar si está a la altura en el cara a cara... y si ella también responde a lo que busca Wilde. La noche acaba de empezar.

—Por fin nos conocemos —dice él, mirándola a los ojos.

Habla con aplomo. No da la impresión de estar nervioso.

—Por fin *nos vemos* —corrige Lara—. Porque sigo sin saber nada de ti. Ni siquiera tu nombre real.

Wilde suelta una risita.

—Tienes razón. En este juego has arriesgado más que yo. Gracias.

A Lara le gusta su voz, de una gravedad suave. De esas que envuelven como si fueran abrazos. Ese chico serviría para locutor de radio. Ella no puede evitar preguntarse cómo sonará un «te quiero» de una voz así, pensamiento que intenta quitarse de la cabeza. ¿Por qué será tan sentimental?

—Se nota que tú pusiste las reglas —le recuerda.

—Fue mía la iniciativa, ¿no?

—Es fácil dar el primer paso en plan anónimo.

Wilde se ha erguido en el asiento. No esperaba reproches en el primer contacto real.

—Si no te parece bien, ¿por qué aceptaste?

—Por curiosidad, pero no te equivoques: si buscas una chica sumisa, ya te puedes ir marchando y nos ahorraremos tiempo los dos.

Lara prefiere parecer borde al principio, así camufla su nerviosismo. Tampoco está dispuesta a dejarse arrastrar por una simple atracción física. Lo que la ha llevado hasta allí, a llegar tan lejos en ese juego, tiene que ser algo más ambicioso. Y más equilibrado entre los dos.

—Nunca me has parecido una chica sumisa ni es eso lo que me interesa —dice Wilde—. Te lo prometo.

—Me alegra saberlo. Perdona, así no habrá malentendidos.

—Estoy de acuerdo. ¿Entonces?

—Pues, no sé, a lo mejor me corresponde a mí marcar el ritmo.

Él la mira con cautela. No contaba con perder el control tan pronto.

—O sea...

—Ha llegado el momento de que seas tú quien dé más pasos. Es tu turno.

Le toca a él exponerse, como ha empezado a hacerlo apareciendo allí, mostrándose por primera vez. Aunque Lara no se va a conformar con eso.

—Me parece justo —Wilde se levanta, se inclina hacia ella y, esta vez sí, le da dos besos en las mejillas—. Me llamo Gerard. Encantado.

—Ya sabía que eras catalán —Lara sonríe, aunque los besos aún la han puesto más tensa—. Tus tuits.

—Pero muchos los escribo en castellano.

—El cincuenta por ciento, más o menos.

—¿Lo has calculado?

Lara se encoge de hombros.

—La única información que podía conseguir de ti era esa, así que he repasado lo que has publicado en Twitter desde que abriste tu perfil. No eres demasiado activo; a lo mejor por eso tienes pocos seguidores.

—Tener algo que decir y saber hacerlo en doscientos ochenta caracteres no es fácil.

—Para ti no, desde luego. Después de nuestras conversaciones me queda claro que tú necesitas mil palabras solo para saludar. Es algo que me encanta de ti —añade, para evitar confusiones.

—Solo me enrolló si la otra persona me interesa.

Mirada intensa, voz profunda que acaricia. Lara reconoce que Gerard tiene un modo muy eficaz de soltar cumplidos, aunque ella no está dispuesta a ponérselo tan fácil.

— Y entonces, ¿cómo debo llamarte? ¿Gerard o Wilde?

Lara está haciendo un auténtico esfuerzo por mantenerse fría, casi calculadora. No encaja con su forma de ser, mucho más apasionada y soñadora, pero se ha prometido a sí misma —y porque la ha obligado Berta— que sería prudente.

—Mejor Wilde —responde él—. Así nos conocimos, ¿no? Mantengamos el misterio.

Saca su móvil del bolsillo, un iPhone 7, le quita el sonido y lo aparta a un lado, toda una declaración de intenciones.

—Vale —Lara asiente al tiempo que también coloca su teléfono sin sonido sobre la mesa. Medirá el verdadero interés del chico en función de la frecuencia con que él eche ojeadas a la pantalla del suyo—. ¿Eres de Barcelona? Nunca me has respondido a eso. Ya sabes que yo vivo aquí, pero soy de Zaragoza.

Wilde siempre se ha mostrado muy cauteloso con sus datos personales.

—No, soy de Tarragona. De la zona de Valls —completa, de pronto.

A Lara le sorprende esa disposición a facilitar más datos, acostumbrada al hermetismo que él ha venido ofreciendo en las conversaciones que se apartan de sus aficiones, gustos o sueños. Será que ha entendido su queja. Lo agradece, pero no olvida que por el momento debe ceñirse a esa primera fase de prueba. Recupera su tono de interrogatorio:

—No se te ve nada nervioso. ¿Sueles quedar con muchas chicas en este plan?

Wilde abre mucho los ojos.

—¡Es la primera vez que hago algo así!

Parece ofendido. Lara vuelve a contener sus ganas de abandonar la actitud distante, de disculparse por ese recibimiento. A cada minuto que pasa los sentimientos que nacieron a través de la red van ocupando más espacio en su interior. Sí, podría enamorarse de ese chico. El encuentro presencial solo está confirmando lo que ya ha empezado a sentir por él..., aunque lo había imaginado con un físico distinto.

Poco le ha costado aceptar la realidad, en cualquier caso.

—Es que te veo tan seguro, tan tranquilo...

Wilde suspira.

—Simple *postureo*, Lara. ¿No te das cuenta? Me estoy esforzando para impresionarte, eso es todo. Ya me conoces, con todo lo que hemos hablado...

—No, no te conozco.

Lara sigue sin darle tregua.

—Pues quiero que lo sepas: por dentro estoy... asustado.

—¿Asustado? —ahora es ella la sorprendida—. ¿De mí?

Wilde se humedece los labios, titubea y, por primera vez, Lara vislumbra en su semblante a un chico que mide cada palabra, que no pisa tan firme como aparenta.

—Tengo miedo de cagarla —admite—, de que te vayas y no vuelva a verte ni a hablar contigo.

Lara toma aire.

—Yo siento lo mismo, Gerard.

Le ha llamado Gerard. Un fallo.

Los dos se quedan en silencio. No resulta fácil sincerarse ni mantener una charla en esas circunstancias, cuando ya se han dicho tantas cosas desde el refugio seguro de sus habitaciones. Hacerlo frente a frente supone un desafío.

—Las conversaciones presenciales —dice Lara—. Todo improvisación.

—Y sin jugar en casa —Wilde señala las mesas a su alrededor—. Tampoco contamos con ese tiempo para pensar que te da tener que pulsar las teclas del móvil. Aunque no lo estamos haciendo tan mal, ¿no?

—Creo que tú mejor que yo.

—Para nada.

Lara descarta con un gesto ese comentario.

—No hace falta que mientas, sé cuáles son mis puntos débiles.

Se pregunta si ha sonado demasiado borde. Esta vez no era su intención.

—Siempre podemos comunicarnos por WhatsApp... —Wilde no parece molesto, mantiene su sonrisa—. No seríamos los primeros que se «mensajean» desde la misma mesa.

—Me veo muy capaz de hacer eso, así que no insistas —Lara le da un golpe cariñoso en un brazo, lo que constituye un primer acercamiento que él capta—. Si hemos tenido el valor de quedar, seguro que sobrevivimos a una charla real.

—Estoy de acuerdo.

Vuelven a quedarse callados.

—No contaba con empezar tan fuerte —Wilde prueba ahora con la estrategia de la franqueza—. Pero me gusta que no te cortes, que seas directa.

—Es que no lo soy —ella menea la cabeza—. Hoy la noche va de *postureos*, por lo visto.

Los dos ríen. Poco a poco, el ambiente entre ellos se va relajando.

—¿Qué te parece si pedimos algo para ganar tiempo? —sugiere Lara—. Seguro que así se nos ocurren temas de conversación inofensivos.

—¡Gran idea! Yo me encargo —Wilde se levanta—. ¿Qué quieres tomar?

Lara decide que va a dejarse invitar. Considera que se lo ha ganado por su apuesta ciega hacia Wilde. Como bien ha dicho él, es la que más ha arriesgado al acudir a la cita.

—Un McMenú de pollo con patatas fritas y una Coca-Cola.

—¿Tamaño?

—El normal, gracias.

Wilde se aleja rumbo a la fila de las cajas. Lara opta entonces por dejar a un lado su tendencia al romanticismo y aprovecha para completar el análisis físico del chico: los pantalones le sientan bien, son muy ajustados y le marcan buenas piernas.

—Bonito culo —añade en un susurro—. Berta estaría orgullosa de mí.

Sí, Wilde no está mal. No está nada mal.

Lara consulta la hora en su teléfono. Su amiga esperará pendiente del suyo por si tiene que acudir al rescate.

—No hará falta —murmura, mientras pulsa el número de Berta—. De momento, la cita continúa.

Cuelga tras escuchar el sonido de su llamada al otro lado de la línea. Eso liberará a su amiga, que ha quedado más tarde para acudir a una conocida discoteca. «A ver si lo pasas tan bien como lo estoy pasando yo, Berta», piensa. A continuación, fija la vista en la entrada. No logra ignorar la amenaza de Jordi. ¿Y si, a pesar de todo, se ha enterado del encuentro y aparece por allí? A lo mejor lleva semanas controlándola..., incluso ha podido seguirla.

Absorta, no se entera de la llegada de Wilde con la bandeja de la comida.

—¿Lara?

Ella se gira al escuchar esa voz que tanto la impresiona.

—Perdona, estaba distraída.

Wilde toma asiento y reparte el contenido de la bandeja entre los dos.

—Llevas pendiente de la entrada desde que he llegado. ¿Qué pasa?

Así que lo ha notado. A Lara le encantaría disimular mejor.

—¿Recuerdas que hace varias noches te hablé de mi ex?

—Sí, ese tal Jordi. Diecinueve años, alto, trabaja en un taller. ¿Te está incordiando? —el tono de Wilde se vuelve duro—. Como aparezca por aquí

para molestarte...

—Tranquilo, supongo que soy un poco paranoica. Hasta ahora no ha llegado tan lejos.

Aunque ella tampoco había llegado tan lejos con un chico desde que cortaron, piensa con angustia.

—¿Entonces?

—Me sigue llamando y mandando mensajes, nada más. Lo que pasa —no debe seguir ocultándole algo así— es que me dijo hace poco que si salgo con otro... se matará. Ha sido su última estrategia: el chantaje emocional. No quise contártelo cuando lo hablamos. No me atreví.

Wilde, que se disponía a beber, ha detenido su movimiento. Deja el vaso sobre la mesa.

—Pero no iría en serio...

Lara piensa unos segundos su respuesta.

—Es muy capaz de hacerlo.

Podría haberlo hecho ya, en realidad. Lara se lo calla, pero hace dos días que ha dejado de recibir mensajes de su ex. ¿Casualidad? ¿Y si la ha estado espionando en la red y se ha enterado de sus conversaciones con Wilde o hasta de su cita? Incluso ha podido interpretar algunos de sus últimos tuits, en los que ella insinuaba novedades en su vida. Lara no sabe si sentir alivio ante la falta de noticias de Jordi o inquietarse por ello.

—Lo que haga ese tío no es responsabilidad tuya, Lara.

—Pero imagina que...

Wilde adivina sus pensamientos:

—No sería por tu culpa —insiste—. Eso es lo que quiere que creas, simplemente. No lo permitas, su vida ya no tiene nada que ver contigo.

Lara entiende ese argumento. Se lo ha repetido muchas veces durante los últimos días, pero la ruptura es demasiado reciente. Jordi todavía está muy presente en su cabeza y no soportaría pensar que ha provocado de algún modo su muerte.

—Eso es justo lo que quiere que sientas —Wilde lee en sus ojos con precisión—. No le sigas el juego.

Capítulo dos

Barranco de Sorts, cercanías de Barcelona.

30 de junio, 19:00 h

— **V**arón blanco, joven, uno ochenta y dos de estatura. Compleción fuerte. La subinspectora Irene Castell asiente sin apartar la mirada del cuerpo. Su figura alta y huesuda se mantiene muy erguida mientras el agente de la policía científica continúa facilitándole los primeros datos. Ya han acordonado la zona a la espera de que el juez autorice el levantamiento.

El cadáver permanece unos metros más allá, tendido bocabajo, con los brazos abiertos como si el impacto contra el suelo hubiera interrumpido un último abrazo. Viste camiseta y vaqueros. Una de sus piernas acaba en un pie descalzo. El otro conserva la zapatilla, talla grande de un modelo de color verde y marca conocida.

Ella se sacude el polvo adherido a su traje de chaqueta, un vestuario favorecedor —incluso para ella, que siempre tiene problemas para llenar cualquier prenda— pero muy poco oportuno, dada la temperatura y el lugar. Hace solo un rato, bajo la protección del aire acondicionado de su comisaría en Barcelona, Irene no imaginaba lo que le iba a molestar esa ropa. Al menos, sus zapatos son de poco tacón y no arriesga los tobillos caminando por ese terreno lleno de piedras.

La subinspectora levanta por fin los ojos, necesita echar un vistazo a las inmediaciones. Ante ella se extiende un paisaje desértico: matorrales, árboles raquíticos, tierra seca hasta donde se pierde la vista. Incluso el aire se le antoja árido, le raspa la garganta. Se respira en ese lugar una soledad que encaja bien con el ánimo de un suicida.

Hay que hacer un esfuerzo para recordar que Barcelona no queda lejos.

Castell avanza unos pasos hasta llegar junto al cuerpo. No necesita ser médico para comprobar de un solo vistazo que ese chico lleva muerto muy pocas horas. Ojalá pudiese retroceder en el tiempo, acudir antes a ese lugar y evitar que materializara su decisión. Pero ya es tarde. Y eso duele. Siempre duele.

Qué muerte tan innecesaria. Irene, a sus cuarenta años, sigue sin comprender qué pensamientos llevan a alguien a hacer algo así. A menudo ha comprobado que el detonante no es una visión desencantada del mundo, sino conflictos que sufren algunas personas dentro de sí mismas.

La subinspectora estudia ese cadáver, tan hermoso en su frescura de juventud. Ni el impacto contra el suelo ha conseguido apagarla. Imagina su energía fluyendo por las venas de esos brazos musculosos y tersos, una energía arruinada para siempre. «Al menos él lo eligió», se consuela débilmente. No como la chica de la semana anterior, a la que encontraron muerta en un garaje subterráneo, junto a su coche, después de haber sido violada.

Antes de inclinarse sobre el cuerpo, la subinspectora alza la cabeza y contempla, a unos quince metros de altura, un puente por el que pasa una carretera comarcal en desuso. El sujeto —procura distanciarse empleando los tecnicismos oportunos— tuvo que tirarse desde ahí, no cabe duda.

—¿Llevaba documentación encima? —pregunta.

—No, jefa. Ni móvil. Solo hemos encontrado esta fotografía en uno de los bolsillos traseros del pantalón.

El agente se la tiende con su mano enguantada. «Qué exótica resulta una foto de papel en estos tiempos», piensa ella con cierta nostalgia, mientras la escanea con su propio móvil. Comprueba que se trata de un *selfie* hecho por una chica muy guapa, de unos dieciocho años, que sonríe con el mar de fondo. En la imagen se llega a distinguir un tramo de costa, imposible de reconocer. Al dorso de la foto, un nombre escrito a mano: «Lara G».

—¿Quién eres, Lara G? —se pregunta en voz alta—. ¿Y por qué es tu foto lo único que guarda un chico de tu edad que ha decidido acabar con su vida?

La subinspectora confía en que ese muchacho no haya hecho alguna barbaridad antes de suicidarse. Últimamente, los casos de violencia machista llevan esa firma y no querría encontrarse con un segundo cuerpo. Bastante tragedia es ya una muerte joven.

—Comprueben si se ha comunicado recientemente la desaparición de alguna mujer llamada «Lara», cuyo apellido comience por «G» —pide al agente que aguarda más cerca—. Por Barcelona y alrededores. También si ha habido alguna denuncia por malos tratos presentada por alguien con ese nombre.

Los maltratadores no suelen distanciarse mucho de la zona en la que cometieron los abusos, al menos si han decidido suicidarse.

—De acuerdo, jefa.

El agente se aleja en dirección al coche patrulla. Su compañero se queda junto a la subinspectora.

—¿Quién ha encontrado el cuerpo?

—Un pastor. Se le está interrogando ahora —el agente señala un segundo vehículo policial, estacionado junto a uno de los pilares del puente.

—El chaval tenía que conocer este lugar tan escondido —ella ha vuelto a centrar su atención en el escenario—. Nadie pasa por un sitio así sin un motivo. Aquí no hay nada más que piedras, polvo y bichos.

A saber la de años que hace que ningún coche circula por la carretera que tienen sobre sus cabezas. Como mucho, algún ciclista en fin de semana.

—Sí —el agente está de acuerdo—, seguro que el sujeto había visitado esta zona con anterioridad.

Lo sorprendente es que haya cobertura. Irene acaba de comprobarlo con su móvil.

—Vino aquí a matarse.

¿Tanta premeditación? Irene Castell no puede saberlo aún. Lo que resulta evidente es que el chico supo elegir bien el escenario. Lo normal hubiera sido que tardaran semanas en encontrar su cuerpo. Solo una casualidad ha permitido ese hallazgo que complica su guardia.

—Estamos lejos de cualquier población —ella sigue dando vueltas a las circunstancias de esa muerte—. ¿No se ha encontrado ningún vehículo?

—No, señora. Barcelona queda a quince kilómetros, pero cuatro hacia el este hay una urbanización de chalés. Tal vez vino de allí.

Es posible. Esa hipótesis cuadra para justificar que llegara caminando. Quizá prefirió dar un último paseo. Irene Castell intuye que un suicida convencido no tiene prisa.

En ese momento se escucha un motor. Llega el médico forense.

* * *

McDonald's de Sants. 30 de junio, 20:50 h

Lara deja de sorber por la pajita y coloca el vaso de refresco sobre la mesa. Apenas ha empezado aún con las patatas del McMenú.

—Y yo, ¿qué te he parecido? —pregunta—. ¿Pierdo al natural?

Wilde, que tampoco ha comenzado a cenar, se lo toma a broma:

—¿Me has visto huir o esconder el libro?

—A lo mejor te has quedado por compasión. A tu lado soy tan bajita...

Como la velada ha empezado bien, el fantasma de la inseguridad hace su aparición y Lara lo nota incordiando en su interior. Es como si dictara sus palabras.

Wilde acaba de soltar una carcajada. Desde la primera vez que vio su foto en Twitter no se ha podido quitar a esa chica de la cabeza. Quizá no sea alta ni especialmente delgada, pero a juicio del chico tiene un cuerpo muy bonito. Y unas facciones preciosas: ojos grandes que brillan cuando sonríe, un largo cabello rubio peinado de forma impecable, labios carnosos y un cuello delicado que le apetece besar.

Le gusta cómo viste, además: esos pantalones cortos oscuros, la blusa blanca, el bolso y esa chaqueta fina que ha dejado en el respaldo de su silla. Lleva una colonia suave y apenas se ha maquillado. De vez en cuando, bajo la mesa, Wilde atisba las sandalias de tacón que calzan los pequeños pies de ella.

—Si en todos los McDonald's hubiera una chica como tú sentada sola —declara—, yo ya habría muerto de sobredosis de hamburguesas. Créeme, no he tenido que hacer ningún sacrificio para quedarme. Ni el colesterol me ha frenado.

—Me... me alegro.

Es agotador fingir una firmeza que no se siente. De ahí su vacilación.

—Yo también me alegro, Lara. De verdad.

«Deja de preocuparte», piensa él. «Confía en mí. Que las dudas no nos hagan perder ni un minuto más de esta noche».

—Tenía miedo de que no fueras como había imaginado, ¿sabes? —Lara necesita justificar su recelo—. Es tan duro hacerse ilusiones y que luego...

Ahora es Wilde quien muestra inquietud.

—¿Ha ocurrido? ¿Te he decepcionado?

—¿Me has visto huir? —imita ella.

Los dos notan cómo cierta complicidad se abre camino. Eso es muy buena señal.

—Te has podido quedar por compasión —contraataca él, con su propia versión de la respuesta de Lara—. Un tío bueno solo, con un libro...

Ella agradece la broma; un poco de humor ayuda a suavizar los nervios.

—Un libro siempre es buena compañía, ya sabes que me gusta mucho leer.

—Ok, ahí me has pillado. Entonces habrías pasado de mí.

Ella lo niega con la cabeza.

—Un chico que lee gana muchos puntos conmigo.

El semblante de Wilde adopta una expresión de picardía:

—Sobre todo si coincide contigo en uno de sus libros favoritos.

—Sobre todo.

—¿Y por qué *Carta de una desconocida* es un libro tan importante para ti?
¿Te van los amores imposibles?

Lara no sabe si los penetrantes ojos de Wilde se limitan a contemplarla o la analizan. ¿Qué buscan en ella?

—Me van los amores auténticos —responde.

Wilde asiente, pensativo. Lara tiene la sensación, casi inconsciente, de haber sorteado una trampa. Le toca devolverle la pregunta:

—¿Y a ti por qué te gusta esa novela?

Wilde contesta sin apartar sus pupilas de ella:

—Porque es muy real. No siempre sabemos lo que provocamos en los demás.

Lara decide que la próxima vez que quede con ese chico, si es que la hay, lo hará acompañada por un intérprete. ¡Todo lo que dice Wilde parece ocultar dobles sentidos y sutiles indirectas! ¿Y si se pierde algún mensaje importante? ¿Y si Wilde se queda esperando una reacción que ella no es capaz de ofrecer por su ingenuidad?

—Dime otro libro que te guste, Lara.

—No voy a ser muy original.

—Me da igual.

—*Bajo la misma estrella*, por ejemplo. *La princesa prometida*. *Las ventajas de ser un marginado*...

Wilde parece satisfecho con esas respuestas.

—Tienes buen gusto.

—¿Y tú?

Él se toma su tiempo antes de contestar.

—*El Principito* es uno de mis libros preferidos, ya te lo dije.

—Sí. Está genial.

Wilde se alegra por esa complicidad con la que no contaba.

—Ya ves que he seguido su modelo y me he puesto a explorar —le guiña un ojo—. He ido de planeta en planeta hasta encontrarte.

Ella recuerda lo suficiente de ese cuento como para ponerle en un aprieto:

—¿Tú también has dejado atrás una rosa con espinas?

Wilde se echa a reír.

—Todos tenemos un pasado, Lara. Pero yo no huyo de nada ni de nadie.

Ella no sabe si habría podido responder con tal contundencia a ese interrogante.

—¿Qué más te gusta leer?—vuelve a preguntar.

—¿Aparte de los títulos que puse en el cuestionario que hicimos? *La canción secreta del mundo*, por ejemplo. Es de José Antonio Cotrina, fantasía oscura de la buena. También me gusta mucho la saga de Geralt de Rivia.

—Te va mucho la fantasía, eso también lo imaginaba.

—Sí, aunque, cuando me da, leo un poco de todo. Hasta relatos y algo de poesía.

—Leer poesía siempre ayuda.

Nuevo silencio.

—¿Entonces soy como te habías imaginado? —retoma él, con más confianza

—. ¿De verdad?

—Bueno —Lara decide mantener su honestidad—; físicamente, no. Pensaba que eras más...

Se detiene, buscando la palabra adecuada. No quiere herir sus sentimientos con una comparación injusta.

—Fuerte —termina Wilde por ella—. Me habías imaginado más fuerte. Ese Jordi está cachas, ¿no? Es eso.

Dobla uno de sus brazos y estira la manga de su camisa para marcar bíceps, con un resultado poco alentador. Salta a la vista que nunca ha sido muy deportista.

—No es eso —responde ella—. Jordi no está tan fuerte como imaginas y tampoco los músculos son algo vital para mí. De verdad, me gusta lo que veo. Mucho.

Wilde asiente.

—Pero aun así no estás cómoda. Lo noto, Lara. Y no es por la amenaza de tu ex.

Ella se pone a la defensiva:

—¿A qué te refieres?

—Siento como si me estuviera enfrentando a un examen. En nuestras charlas nocturnas no eres así.

—Ya sabes lo mucho que miente la gente en la red. No te ofendas, pero

necesito comprobar que no te has inventado un personaje para conseguir quedar conmigo.

Su amiga Berta habría concluido con una sentencia en plan: «Los tíos sois así».

—Está claro que no te andas con rodeos cuando se te pregunta —Wilde lo dice con admiración—. Me parece perfecto, lo entiendo. Tienes que asegurarte. Pero —añade— yo también.

Lara, que iba a comenzar su ración de patatas, detiene el movimiento de sus manos.

—¿Tú?

—No has podido mentirme en cuanto al físico porque tienes fotos tuyas publicadas —explica Wilde—, pero sí en cuanto a tu vida y a tu forma de ser. Uno puede crearse un personaje, aunque utilice su verdadera imagen.

Lara se da cuenta de que el chico tiene razón. Ella es la que más ha arriesgado, pero Wilde también se la juega en esa cita. ¿Cuántas identidades falsas se ocultan en cuerpos verdaderos? Es el camuflaje perfecto.

—O sea, que también me estás examinando —se limita a concluir.

—¿Debería?

—Yo no te he mentido en ninguna de nuestras conversaciones.

—Yo tampoco, Lara. Confía en mí. En el fondo, esta cita no es tan diferente a cualquiera que tengamos con nuestros amigos.

—¿Lo dices en serio?

—Todos somos extraños para los demás, ¿no? Nadie nos conoce realmente. La realidad es un mundo de extraños. Y aquí estamos nosotros.

Lara se queda mirándolo en silencio, sin acertar a decidir si esa afirmación es romántica o inquietante.

—Aquí estamos, sí —termina aceptando—. Para conocernos de verdad.

Las palabras de Wilde han mostrado una soledad que ella no había captado hasta ese momento. Aún son dos desconocidos que navegan en medio de su primera noche real.

Capítulo tres

Barranco de Sorts. 30 de junio, 19:30 h

Ya han encontrado la otra zapatilla, semioculta entre unos matorrales. La marca, el modelo, el color y la talla coinciden con los de la que sí conserva el cadáver en su pie izquierdo. El suicida debió de perderla durante la caída.

—¿Avisamos al juez? —pregunta la subinspectora.

El forense, un médico cincuentón con quien Irene coincide a menudo, permanece en cuclillas junto al cadáver, haciendo fotos y tomando notas en su libreta. Se trata de un tipo cordial, metódico, bajo de estatura y con un sobrepeso que no disimula y que tensa al máximo la tela veraniega de su traje azul. Lleva una corbata roja, cuyo nudo da la impresión de estar a punto de cortar la circulación sanguínea de su cuello rebosante. A pesar de ese vestuario, que parece diseñado para entorpecer su trabajo casi tanto como el que lleva la propia subinspectora, el doctor se mueve con agilidad sobre el terreno.

—No hará falta —responde él, sin interrumpir su tarea—. Una vez más, me tocará a mí redactar el informe del levantamiento.

—Qué ocupadas están sus señorías, ¿no?

—Ya sabes cómo son estas cosas, Irene. No parece una muerte sospechosa, así que...

—¿Y no es triste?

Ahora sí se gira hacia ella el doctor Millán, que ha detenido su inspección con cara de asombro.

—¿A qué te refieres? ¿A que esta muerte no oculte un crimen? No me irás a decir ahora que estás decepcionada...

La subinspectora Castell rechaza esa interpretación:

—No, Carlos. Me refiero a que es una pena que un suicidio se vea como algo casi rutinario, algo que no merece siquiera que un juez se moleste en acudir hasta aquí. Vaya falta de respeto.

El forense se encoge de hombros.

—Se trata de un simple trámite y los jueces tienen muchos asuntos importantes entre manos. Recuerda que el único objetivo de este papeleo es que el cuerpo llegue al depósito lo antes posible.

—Aun así...

El doctor Millán se abanica el sudoroso rostro con una mano. Su tez siempre muestra un tono rojizo, como si estuviera congestionado, y cuando habla sus mejillas generosas tiemblan.

—Sabes bien que un porcentaje significativo de los cuerpos que recogemos son de personas que han decidido acabar voluntariamente con sus vidas —afirma—. Es un hecho.

—¿Un hecho que vuelve irrelevantes esas vidas?

El forense suspira.

—Las vuelve irrelevantes para tu trabajo, Irene. No hay ningún misterio criminal en un suicidio. Eso lo vuelve todo aún más penoso, por lo gratuito. Supongo que necesitamos motivos para aceptar una muerte.

—El móvil de un crimen al menos da sentido al asesinato, por cruel que sea. Pero los suicidios...

—Son errores de personas que no vieron más salida que cometer una equivocación definitiva —concluye Carlos Millán, en un arranque casi filosófico—. Por eso nos cuesta tanto asimilarlos.

La subinspectora aparta la mirada y la dirige hacia el horizonte. Atardece. ¿Cómo podía alguien tan joven tener una visión de la realidad tan distorsionada?

—¿Qué tal vas? —se limita a preguntar.

—Bien, terminando de anotar los fenómenos cadavéricos —el forense, que ha vuelto a su labor, sostiene un brazo del chico y lo flexiona sin problemas—. ¿Ves? Las articulaciones se vencen con facilidad. No hay rigidez y mantiene cierta temperatura. El cuerpo está blando.

—Así que...

—La muerte es muy reciente.

—Lo suponía.

El cuerpo tampoco despide ningún olor. El médico deposita con delicadeza el brazo en el suelo y se entretiene estudiando la cabeza. Como el cadáver continúa bocabajo, debe girarla un poco para enfrentarse a las facciones aplastadas del muchacho.

—De acuerdo con la lividez, la leve deshidratación ocular... —emplea tono

de experto—, este chico no lleva más de dos horas muerto. Calculo que ha debido de saltar del puente sobre las cinco y media.

—Tiene la cara muy deteriorada, y eso que tampoco ha caído desde tan alto...

El doctor Millán descubre bajo la cabeza el relieve de unas piedras que asoman sobre el terreno. Sus aristas se encuentran cubiertas de sangre. «Como dientes», piensa la subinspectora desde su posición. «Es como si el terreno le hubiera mordido la cara, una dentellada brutal al chocar contra el suelo».

—Si el impacto se hubiera producido contra zona blanda, los daños faciales serían menos severos. Es un milagro que estas rocas le hayan respetado los ojos.

Quedaron abiertos tras el choque. Son lo único intacto de ese rostro apenas reconocible, un vestigio que lo humaniza poderosamente. Impresiona enfrentarse a esa última mirada, ahora con el brillo turbio con el que parecen contemplar los muertos la vida que se les escapó.

—Una pena —Irene Castell procura centrarse en cuestiones prácticas—. Ese destrozo dificultará la identificación.

El forense, que nota su camisa empapada, se quita la chaqueta, la deja doblada junto a él y reanuda su examen externo del cadáver. Toca, presiona con sus manos enguantadas, provoca en la piel del cuerpo marcas que desaparecen a los pocos segundos. Incluso eso le permite extraer conclusiones. Busca otras lesiones, restos biológicos, manchas. Analiza la posición de las extremidades. Irene ha sido testigo de ese ceremonial a menudo y sigue admirando la serenidad con que el doctor lleva a cabo su tarea.

—Destrucción del macizo facial con salpicaduras por proyección —murmura Millán—. Típico de las precipitaciones desde alturas medias. Veamos..., fracturas costales y vertebrales confirmadas. Cayó horizontalmente.

Mientras el forense completa sus notas y hace nuevas fotos, Irene dirige su vista hacia los dos coches patrulla donde aguardan sus compañeros. Ya han dejado marchar al pastor, con el compromiso de que permanecerá localizable por si se le necesita para nuevas declaraciones.

—Doctor, ¿subimos al puente?

Llega el momento de estudiar el punto exacto desde el que se tiró el muchacho, de otear el último paisaje que sus ojos vieron antes de entregarse al

vacío para siempre.

* * *

McDonald's de Sants. 30 de junio, 21:10 h

«No ha mirado el móvil ni una sola vez», comprueba Lara con satisfacción. Ese chico sigue mejorando su cotización a cada minuto que pasa. Ella, por su parte, tampoco hace caso del suyo; es mucho más emocionante el pulso que todavía mantienen en forma de conversación, con el riesgo constante de cometer un error que estropee la imagen de cada uno frente al otro.

Cualquier fallo, cualquier mala interpretación, y uno de los dos puede decidir abandonar ese encuentro para no volver a aparecer más. Huir, alejarse a través de la inmensidad de la red. Y entonces, tal vez, se pierdan para siempre. Es muy débil el vínculo virtual que los une, aún resulta demasiado fácil salir de la vida del otro. Por eso deben medir sus palabras.

—¿Por qué me hiciste caso, Lara? —Wilde la mira a los ojos—. Yo tenía muy pocas esperanzas de que quisieras seguir mi juego. No era nadie para ti.

—Bueno —ella se encoge de hombros—, para ti yo tampoco era nadie, ¿no?

—Te equivocas —Wilde sonríe—. Llevaba tiempo viendo tu Twitter, llegué a él de casualidad. Para mí no eras una extraña.

—Nosotros no tenemos ni amigos ni conocidos en común —dice Lara—. Ni uno. Reconozco que intenté *stalkearte*, pero nadie de mi entorno sabe quién está detrás de tu perfil de Twitter.

—Eso es genial para lo que te propuse.

—En realidad, ni siquiera tus *followers* te conocen.

A Wilde le desconcierta esa afirmación.

—¿También eso lo comprobaste?

—Pregunté a varios de ellos. Todos te siguen por lo que publicas, pero no saben nada de ti. Ni quién eres, ni dónde vives, ni la edad que tienes.

—Cierto.

—Eso indica que no has contado a tus amigos que tienes ese perfil.

Wilde le dirige una de sus miradas intensas, aunque no hace ningún comentario. Solo espera; es evidente que ella no ha terminado de hablar. La voz de Lara ha ido ganando firmeza conforme avanza la conversación. Por algún motivo que ni ella sabe, en su interior se va debilitando el temor a estropear la velada con sus suspicacias.

—Vi que abriste ese perfil anónimo un mes antes de que te dirigieras a mí por primera vez —explica.

Wilde hace un gesto de rendición.

—Cierto también. Eres una gran detective.

—He hecho cosas más difíciles que mirar la fecha de tu primer tuit.

—Vale, es verdad —rectifica—. Ese último dato no tiene mucho mérito.

—Ahora quiero hacerte una pregunta.

Wilde se aparta el flequillo de la cara.

—¿Toda nuestra cita será un interrogatorio? Se me van a enfriar las patatas...

—No.

—Pregúntame, Lara. No quiero ocultarte nada que respete las normas del juego.

Ella asiente.

—Ya habías descubierto mi Twitter cuando creaste ese perfil, ¿verdad?

Wilde carraspea.

—Sí, te había localizado unas semanas antes. Te lo he dicho hace un momento.

—Creaste el perfil para este juego. Por eso no lo has compartido con tus amigos.

Se quedan en silencio.

—De hecho —Wilde se inclina hacia ella— el juego se me ocurrió al poco de conocerte. Lo reconozco, vale. Fue entonces cuando lo abrí. ¿Eso tiene para ti alguna importancia? ¿Cambia en algo las cosas?

Lara titubea.

—No lo sé. Simplemente... pensé que todo había sido más... espontáneo.

Wilde se encoge de hombros.

—La idea fue espontánea, pero para llevarla a cabo necesitaba algunos preparativos. ¿Qué esperabas?

—Las estrategias nunca me han parecido románticas.

—No entiendo por qué lo ves así. Todo ese esfuerzo demuestra mi interés, te he dedicado mucho tiempo.

Donde Wilde ve esfuerzo, ella ve cálculo. Y eso es mucho menos sugerente.

Vuelven a quedarse callados.

—Me descubriste desde otro Twitter «oficial» que tienes, ¿no? Ahí es donde están todos tus amigos y conocidos.

—Sí.

—¿Cuántos seguidores tienes en ese?

—Trescientos.

—¿Me lo enseñarás?

—Más adelante. Recuerda las reglas del juego, Lara. Tampoco yo lo sé todo sobre ti, eres discreta con lo que publicas.

Ella se queda pensando.

—Y tú muy cuidadoso, Wilde. En estos dos meses publicando y hablando conmigo no se te ha escapado nada que te haya delatado.

—Soy un buen jugador. Como tú.

Lara vuelve a la carga:

—¿Tienes Instagram?

—A lo mejor.

—O sea que sí.

—Da igual, nunca lo encontrarás si no te doy alguna pista.

—¿Tú has encontrado el mío?

—Has compartido varias fotos de tu perfil en Twitter.

Lara pone cara de mártir.

—No te lo he podido poner más fácil, ¿eh?

—Y yo te estoy muy agradecido por ello.

—Entonces habrás visto a Jordi.

—Sí, tienes dos fotos de hace varios meses donde queda claro quién es.

—Debería borrarlas.

Pero no lo ha hecho todavía, una muestra más de que a ella le cuesta pasar página con ciertos acontecimientos de su vida. Wilde lo interpreta así.

Los dos empiezan a comer las patatas en vez de comenzar con la hamburguesa. Parece que también coinciden en su ritual con ese tipo de comida, aunque ninguno de ellos ha sido nunca tan sumamente lento. Apenas han empezado a cenar y llevan ya un buen rato en el McDonald's.

—No has respondido a mi pregunta —retoma Wilde al cabo de un momento, después de limpiarse la comisura de la boca con su servilleta de papel—. ¿Por qué me hiciste caso?

—Fue el nombre de tu perfil —contesta Lara—: Wilde. No elegiste el nombre de un futbolista, de un actor o de un cantante. Elegiste a un escritor y ni siquiera actual. Supongo que eso llamó mi atención.

—Pero no sabías nada de mí, ni siquiera conocías mi aspecto.

—Por eso te pedí una foto, ¿recuerdas?

—Y yo me negué. Entonces vinieron las explicaciones de que precisamente ese era mi juego: que aceptaras el contacto con un desconocido...

—Porque no querías que el físico influyese en mi interés —termina por él Lara, que se sabe de memoria ese primer cruce de mensajes—. Yo te tenía que conocer por tus palabras, por tus pensamientos, por tus sueños. Por tu música, tus aficiones y tus series preferidas. Y solo más adelante te mostrarías.

—Eso es —Wilde bebe de su refresco—. Mientras, tú debías ofrecerme lo mismo: lo que te define, lo que habla de ti. Sin entrar en datos personales para respetar el misterio.

—Pero tú sí sabías cómo era yo.

—Recuerda: fui yo quien tomó la iniciativa. Y te convencí, ¿no?

Lara se empieza a cansar de ese argumento.

—Al principio, no. Te dije que podías ser un viejo verde.

—Y yo te contesté que los viejos verdes se ponen de perfil fotos de tíos jóvenes para engañar, no paisajes. Y piden *nudes*.

—Es verdad que tú nunca has hecho eso. Solo me has pedido conversación.

—Eso tampoco garantiza nada, ¿sabes? Los depredadores sexuales a veces tienen mucha paciencia mientras atraen a sus víctimas.

—¿Ahora me vas a dar miedo? ¿Esta cita es una trampa?

—Solo digo que, a pesar de todo, hay que tener cuidado.

—Yo lo tengo.

—Conmigo no te hace falta.

Su comentario provoca en ella una sonrisa con sabor a tregua.

—Tienes esta noche para convencerme, Wilde.

—Acepto el reto. ¿A qué hora tienes que estar en casa?

—Mis padres me dejan hasta las doce y media.

—Será suficiente.

—Ya veremos...

Vuelven a dedicarse a las patatas y durante unos segundos solo se escucha el roce que provocan sus dedos al hurgar en las cajas de cartón.

—¿Y por qué «Wilde»? —Lara contraataca, mientras se limpia las manos de sal—. Ese escritor era gay, te arriesgabas a que pensara que tú...

—Te aseguro que no lo soy —aclara él—. Algunos de mis amigos, sí. Yo no tengo problemas con eso, pero a mí me gustan las chicas. Algunas chicas. Bueno —rectifica—: una chica.

Lara no hace caso de la indirecta, se resiste a convertirse en una presa tan fácil.

—¿Entonces? He visto fotos de Oscar Wilde y tú eres más guapo.

—Oscar Wilde era listo, elegante, irónico. Me habría encantado conocer a un tipo así. Además, es autor de algunas obras que me encantan, como *El retrato de Dorian Gray*.

—No has mencionado antes ese título. Tampoco aquella noche, cuando hicimos los cuestionarios sobre nuestros gustos.

—¡Es que hay un montón de libros que me gustan mucho! Me cuesta elegir. ¿Tú lo has leído?

—Sí, para clase —Lara adopta una expresión cauta—. Espero que no seas como su protagonista...

—No, tranquila. No guardo en mi habitación un cuadro de mi alma pudriéndose. Tengo la edad y el aspecto que aparento, te lo prometo.

—Diecinueve años. El único dato personal que me diste. La misma edad que...

—Que tu ex y dos más que tú —completa Wilde—. Tampoco nos llevamos tanto.

—No creo que mis padres opinaran lo mismo.

—Pero si ya salías con alguien mayor que tú...

—Por eso lo digo. Después de todo lo que hemos pasado, si mi padre se entera de que he quedado con alguien de diecinueve... A mí me castigará, pero lo que te puede hacer a ti si te pilla...

—Vaya, Lara. Entre la amenaza de tu ex y la vigilancia de tu padre, relacionarse contigo es más peligroso que pisar un campo de minas.

—Lo siento. No tengo tu libertad.

Wilde admira el valor que le ha hecho falta a ella para acudir a esa cita.

—Menos mal que no saben que has quedado conmigo esta noche. Casi mejor que de momento no les hables de mí.

—¿Y qué iba a contarles? Lo único que les interesaría de ti es justo lo que todavía no sé ni yo. Además, quedamos en mantener esto en secreto hasta que veamos si va a alguna parte, ¿recuerdas?

—Claro. Vayamos poco a poco.

A Lara ese «pacto de confidencialidad» le pareció una buena idea desde el principio. Así elude la vigilancia de su ex y, si el juego acaba mal, ninguno tendrá que sufrir la humillación de tener que comunicar el fracaso a amigos y

familia. No soportaría las miradas de suficiencia que le dirigirían todos, en plan «te lo advertí, ¿a quién se le ocurre quedar con un desconocido?».

Y es que a ella la propuesta de Wilde le parece muy romántica, pero Berta —mucho menos sensible— ve ridículo tanto misterio. Es lo que opinó al enterarse y lo que no tardó en manifestar, con muy poco tacto. Aunque después le brindó su apoyo con la lealtad acostumbrada.

—No he sido tan discreta —confiesa—. Ya has visto que he publicado algunos tuits que insinúan...

Wilde asiente con resignación.

—Los he leído, Lara. Eso de que «hay encuentros que cambian la vida» y «esta noche es la noche»... es muy poco sutil. Por no hablar del tuit que publicaste ayer, ese que decía: «Cruces de caminos: nuevas miradas, nuevas compañías». Tampoco ayuda a mantener nuestro secreto.

—¡Pero no he desvelado nada! Solo he provocado un poco de misterio...

—Eso divertirá a tus amigas, pero en tu situación no es prudente.

El nombre de Jordi aletea en el silencio que ahora guarda Wilde.

—Lo sé —Lara acepta el reproche—, pero no he podido evitarlo. Lo que estamos viviendo es muy importante para mí y no quiero que él me condicione.

Wilde hace un gesto afirmativo.

—Eso lo respeto.

—Además —Lara alza los ojos y sonrío—, tú me has asegurado que no aparecerá, ¿verdad?

—No aparecerá. ¿Sigues pendiente de la puerta?

Lara asiente.

—Pero menos que antes.

—No vendrá, tranquila —Wilde alarga un brazo y le acaricia la mano—. Te lo prometo. Esta noche es nuestra, de nadie más.

Él habla con tal convicción que por un momento Lara siente que de verdad ese chico está en condiciones de garantizarle que Jordi no surgirá de pronto, en medio de la noche. Finge que se lo cree, lo necesita.

—Gracias.

—¿Seguro que te sientes cómoda?

—Contigo, sí. Continuemos la conversación sobre nosotros. Por favor.

Wilde recupera la suavidad en su semblante.

—Estás en segundo de bachillerato —revisa—, itinerario de Ciencias. Quieres estudiar Enfermería.

—Y tú estudias segundo de Derecho. Te alojas en una residencia universitaria, donde compartes habitación con Fran, un compañero que estudia Periodismo. Sois muy amigos.

Wilde estruja su caja de patatas, ya vacía. Acaba de llevarse la última a la boca. Para Lara, ese gesto marca la llegada del segundo asalto: la fase de la hamburguesa. Por el momento, todo sigue evolucionando favorablemente, pero aún puede haber algún giro argumental inesperado.

—Lara —se dirige a ella Wilde—, ¿por qué no me has preguntado lo del *nick* hasta hoy? Has tenido muchas ocasiones para hacerlo.

Tantas ocasiones como madrugadas desde que se conocieron. Lara lo sabe bien.

—Pensé que eso entraba dentro de la prohibición de los datos reales — contesta—. Me gusta cumplir las reglas cuando acepto un juego.

—Qué buena intuición tuve al elegirte.

Lara disimula con una risa breve la inseguridad que de pronto vuelve a experimentar. Se siente cada vez más a gusto con lo que va descubriendo de él, lo único que desea es que Wilde piense lo mismo sobre ella al final de la cena.

Capítulo cuatro

Barranco de Sorts. 30 de junio, 20:00 h

Irene Castell y el forense permanecen en silencio, observando el paisaje que se divisa desde ese punto del puente: parcelas abandonadas, tierra desnuda, algún cobertizo en ruinas y, algo más lejos, una vieja construcción con aspecto de paridera. Bajo sus pies, un asfalto muy deteriorado por cuyas grietas asoman hierbas secas. Las marcas de los dos carriles hace años que desaparecieron y una capa de óxido tapiza el quitamiedos que marca el límite entre el borde de la calzada y la caída.

—Según la posición del cuerpo —señala la subinspectora, asomándose—, el chico ha tenido que saltar desde aquí. Lo tenemos casi debajo.

Carlos Millán asiente.

—Se ha lanzado con poco impulso.

—El impulso suficiente. Ha cumplido su objetivo, ¿no?

Los dos comienzan a buscar efectos personales del muchacho, sin éxito. Eso los desconcierta.

—Qué raro —Irene conoce bien la liturgia del suicida que elige ese método para acabar con su vida—. Antes de saltar suelen dejar el reloj, los zapatos, una carta... Y aquí no hay nada. Ni su móvil.

El doctor Millán vuelve a asentir.

—Este chico no ha perdido el tiempo. Llegó y se tiró.

—¿Alguien que planifica su muerte, que elige meticulosamente el lugar desde donde va a llevar a cabo su suicidio, actúa así? Es raro.

—Cierto —el forense frunce el ceño—. Además, el sujeto es demasiado joven para no tener una familia o amigos a los que dejar un último mensaje. Uno siempre tiene algo que decir en estas circunstancias: un reproche, unas disculpas, una justificación...

—Ese es el privilegio de los suicidas: que nadie puede impedir que tengan la última palabra —Irene revisa el suelo que pisan mientras reflexiona. Sigue detectando aspectos que no la convencen—. ¿Y por qué venir sin su documentación? ¿Acaso tenía algún interés en que no identificaran su cuerpo?

No tiene sentido.

—Estoy de acuerdo. Si ha buscado un lugar tan apartado ha sido para que no lo interrumpieran, no para que no lo descubriesen.

—¿Entonces?

—Ni idea, Irene. Parece que esta tarde ha venido sin su móvil, sin vehículo y sin cartera. A lo mejor ha querido dejar atrás toda su vida pensando que así le resultaría más fácil no arrepentirse de lo que se disponía a hacer.

—Quizá. Eso explicaría que haya acudido aquí sin nada de todo eso. Ya había renunciado al mundo.

«El modo en que alguien decide acudir a una cita con su propia muerte pertenece a su intimidad», piensa ella. No se le ocurre ninguna otra circunstancia en que una persona pueda actuar con mayor libertad.

El forense, ajeno a su reflexión, plantea una nueva alternativa:

—¿Y si el pastor se ha quedado con sus cosas?

—¿Un viejo pastor que ha avisado a la policía de inmediato? —la subinspectora descarta esa hipótesis—. Ese hombre no se ha atrevido a tocar el cuerpo, tenlo por seguro. Hace falta estómago para rebuscar en los bolsillos de un muerto.

—Y mucho menos se le habrá ocurrido subir hasta aquí —rectifica el doctor—. No, no se ha llevado nada.

—¿Y qué hacía por esta zona? —Irene no entiende qué atractivo puede tener esa tierra para nadie—. ¿De verdad hay pastos para ganado cerca?

—El tipo venía sin animales. Por lo visto conoce una ruta que acorta la distancia hasta una granja donde lo contratan por temporadas. En dirección contraria a la urbanización.

—Entonces ya no ejerce de pastor.

—No. Ya no.

Irene Castell se detiene. Sus ojos atienden a un diminuto objeto de color oscuro, cerca de su posición. Se agacha y lo observa con atención.

—Es una pulsera de cuero —anuncia, sin tocarla—. Rota. Parece de chico.

El médico se acerca para fijarse también en el hallazgo.

—Está limpia —comenta—. Lleva poco tiempo ahí.

La subinspectora ya se había percatado de ese detalle. Una pulsera tirada en el suelo, a la intemperie, al cabo de pocas horas estaría cubierta de polvo. El cuero tampoco se ve estropeado.

—¿Se arrancó la pulsera antes de tirarse? —el forense menea la cabeza,

poco convencido—. Eso es todavía más inusual que lo de la falta de documentación.

—¿Y si esta muerte se debe a un simple accidente? El chaval se sube al quitamiedos, empieza a hacer el imbécil y se termina cayendo. Al intentar agarrarse, se engancha la pulsera y la pierde.

—Comportamientos más absurdos se han visto

—Millán recuerda haber leído en un periódico la muerte de una joven que se cayó mientras intentaba hacerse un *selfie* en la azotea de un edificio—. Aunque un chico solo merodeando por aquí sin documentación ni móvil...

—Extraño, pero no podemos descartar la versión del accidente. También puede —añade Irene, contemplando todas las posibilidades— que se trate de un arrebató en el último momento. Quizá la pulsera esté relacionada con la causa que ha llevado al chico a suicidarse, y en ese caso tendría lógica que se la quitara con cierta violencia antes de lanzarse al vacío.

—¿Te planteas esa teoría?

—No es menos factible que la del accidente. A lo mejor se trata del regalo de una novia que le acaba de dejar y...

—En ese caso, él no habría llegado hasta aquí con la pulsera puesta.

—O quizá sí. La otra opción, más improbable...

—Es que la pulsera implique un indicio de forcejeo.

Por la expresión de su rostro, el forense no se toma muy en serio esa posibilidad.

—Eso supondría —la subinspectora también se muestra prudente con esta última explicación— que el chico no estaba solo en el momento de su muerte.

El problema es que ese firme de asfalto cubierto de grietas y vegetación no permite localizar huellas que confirmen esa teoría. Ni de pisadas ni de neumáticos. Por otra parte, si alguien estaba con el suicida en sus últimos minutos de vida, esa persona pudo dejar su vehículo en cualquier punto de las inmediaciones, no necesariamente en aquel tramo del puente.

—Si el muchacho tenía compañía —señala el forense, con solemnidad—, el panorama cambia por completo. Entonces caben todas las posibilidades: desde el accidente... hasta el homicidio.

La subinspectora lo sabe muy bien. ¿Va a terminar su guardia con el descubrimiento de un crimen? ¿Suicidio, accidente o asesinato?

—Creo francamente que estamos llegando demasiado lejos —opina el médico—. No hay suficientes indicios que nos lleven a sospechar...

—Estoy de acuerdo —le interrumpe ella—. A lo mejor ni siquiera es suya la pulsera.

—En eso no tengo dudas. La pulsera pertenece al chico.

Para apoyar su afirmación, el doctor enciende su cámara, busca entre las fotografías guardadas y le muestra la pantalla, en la que se distingue la imagen de uno de los brazos del cadáver. Amplía la foto hasta dejar un primer plano de la zona de la muñeca, en el que se aprecia una línea de piel blanca que contrasta con el ligero tono bronceado del resto del brazo. Es evidente que la franja tiene un grosor muy similar al de la pulsera.

—Llama al juez, doctor —pide Irene—. Es imposible deducir lo sucedido, así que vamos a conceder a este caso la atención que merece.

—¿Seguro? En el fondo sabes que se trata de un suicidio...

La subinspectora se asoma desde el quitamiedos y hace una señal a uno de los agentes, que abandona su coche patrulla y se dirige hacia el puente. Toca localizar al pastor para traerlo de vuelta y someterlo a un interrogatorio más sólido.

—Estoy de acuerdo, pero necesitamos datos —ella fotografía con su teléfono la posición de la pulsera en el suelo y, a continuación, guarda esta en una bolsa de pruebas—. El chico no puede contarnos lo que ha ocurrido aquí. Hasta que lo sepamos, no daremos nada por supuesto.

* * *

McDonald's de Sants. 30 de junio, 21:30 h

—¿Y por qué te gustó *Las ventajas de ser un marginado*?

Lara ha empezado, por fin, la hamburguesa de pollo. Aprovecha para pensar su respuesta mientras traga el primer bocado con una voracidad nada elegante. Los nervios, otra vez.

—Por su *prota*, Charlie —dice, con la boca todavía algo llena, que se cubre con una mano—. Me gustan los personajes poco convencionales, los que no acaban de encajar en el mundo.

Wilde analiza esas palabras antes de formular su siguiente pregunta:

—¿No encajan en el mundo porque son poco convencionales?

—El mundo está diseñado para prototipos. No encajar es buena señal.

—Interesante. O sea, que para encajar en el mundo hay que ser vulgar.

—Oye, ¡ahora eres tú quien interroga!

—Es que tu físico ya lo voy conociendo, por eso quiero asomarme a lo que ocurre ahí dentro.

Wilde señala la cabeza de Lara, aunque por el modo en que la observa queda claro que también está dispuesto a seguir profundizando en su cuerpo.

—¿Te interesa lo que pienso? —Lara retoma el pulso—. ¿Ves? Al decir eso acabas de alejarte del prototipo de tío. Muchos solo se fijan en lo de fuera. A lo mejor porque ni siquiera han descubierto que las chicas también pensamos.

Wilde suelta una carcajada.

—Dios, ¡entonces yo no cumplo el prototipo! ¡Corro el riesgo de dejar de encajar en el mundo!

—¡Idiota! No te quejes, así puedes dedicarte a buscar otros planetas donde quedarte. ¿No te gusta tanto *El Principito*?

—Oye, que ese es un peligro que acepto sin problemas si así te gusto más... —susurra.

«Qué voz».

—No te hace falta ese esfuerzo —acierta ella a decir, a trompicones—. Tú nunca me has parecido un tío típico.

—Pero si apenas sabes aún nada de mí.

—Eso sí lo sé.

—¿Estás segura? ¿Cómo reconoces a alguien que se aparta del... perfil estándar? ¿Lo intuyes cuando un chico aguanta sin hablar de fútbol la primera hora de la cita?

Lara se toma unos instantes para decidirlo.

—Yo creo que es por la mirada. La gente que me interesa tiene una forma distinta de ver el mundo. Eso los hace diferentes, por eso les cuesta más resignarse al rumbo establecido. No se conforman.

Wilde toma nota.

—¿Tú y yo somos unos inadaptados?

Ella dirige sus ojos hacia el exterior, más allá del cristal.

—Quizá.

—La normalidad está sobrevalorada —apoya Wilde.

—La normalidad no existe. Solo es una excusa.

Él sonrío.

—¿De dónde has salido, Lara?

Ella le enfoca con sus pupilas, de una transparencia suave.

—Deberías saberlo. Tú me encontraste.

—Sí —acepta él—, en medio de la inmensidad de la red. Tuvo que ser el destino. ¿Cuántas probabilidades había de que nuestros caminos se cruzaran?

Lara adopta una expresión maliciosa.

—Depende del tiempo que llevaras buscando, Wilde.

—Ni una vida entera bastaría. La red es demasiado grande.

—También depende de a cuántas chicas enviaras un mensaje como el que me enviaste a mí.

—¿Ya empiezas con eso otra vez? No ha habido ninguna más.

—Te creo.

Él vuelve a acariciarle la mano.

—Eres una soñadora. Desconfiada, pero soñadora. La mayor soñadora que he conocido nunca.

—¿Y tú?

Él la mira con una intensidad que le corta la respiración.

—Ya te he dicho que estoy dispuesto a renunciar a ese mundo gris de ahí fuera por ti. ¿Te parece suficiente? ¿Te parezco suficientemente raro?

Lo que no le parece suficiente a Lara es el McMenú de pollo. Va a necesitar pedir algo de postre para prolongar esa cita. Tendría que haber negociado mejor su hora de regreso a casa, aunque sabe que dispone de cierto margen: sus padres van al cine esa noche y siempre se toman algo a la salida.

Capítulo cinco

Residencia universitaria. Dos meses antes

¿Qué opinas?

—Gerard gira el portátil hasta que la pantalla queda a la vista de su compañero de habitación, que permanece tendido en su cama.

—¿Debería parecerme algo especial? —Fran se incorpora—. Es un simple perfil de Twitter, ¿no?

—Es uno nuevo que tengo desde hace un mes.

De pronto, Fran cae en la cuenta de lo que su amigo le está mostrando.

—¡No me habías dicho nada! ¿Eso es lo que creo que es?

Gerard asiente. Fran se levanta y llega hasta él.

—Así que ya tienes otro perfil: «Wilde00» —comprueba—. Me gusta, te pega mucho. ¿Y ese paisaje?

—He puesto una foto de las vacaciones del verano pasado.

Fran revisa cada detalle:

—Ni un solo dato sobre ti.

—Ya te lo dije, quiero anonimato total.

—«El que vive más de una vida debe morir más de una muerte» —lee—.

Oscar Wilde. Bonita cita en tu *bío*, compañero. Te hace interesante.

—No es por eso. Lo pienso realmente.

—Muy oportuno que sea de ese escritor. ¿Y sabes lo que significa?

Gerard suelta una carcajada.

—Eres imbécil.

Fran ignora el insulto y continúa estudiando el perfil con gesto profesional:

—Sigues a veinte personas.

—Ninguna que pueda conducirla hasta mí. Lo tengo todo muy pensado.

Fran se aparta. Ya ha visto todo lo que tenía que ver.

—¿Entonces lo vas a hacer? —se ha quedado de pie con las manos en la cintura, contemplando a su amigo. Su expresión es divertida.

—Sí. Estoy decidido.

—Ella no entrará al juego sin saber nada de ti.

—Eso depende de cómo se lo proponga yo. Estoy convencido de que a esa chica le va a hacer gracia mi idea si se la explico bien. Le va este rollo. Aceptará.

—Lara G —recuerda Fran—. Lara Grávalos. Está buena, sí, pero... ¿tanto te gusta como para organizar este montaje? ¡Qué ganas de complicarte la vida!

Gerard suspira.

—¡No me la quito de la cabeza! Descubrí su Twitter hace muy poco, ya sabes, pero desde entonces no dejo de pensar en ella. Día y noche. ¿Crees que puedes enamorarte de alguien a quien nunca has visto, alguien a quien solo conoces por sus fotos y sus comentarios en la red?

Fran se encoge de hombros.

—Yo lo que te aconsejo es que no te obsesiones. Te estás pillando por una chica de la que apenas sabes nada. Si llegas a conocerla de verdad, te decepcionará. O tú a ella. No quiero verte jodido por algo así. Si quieres un consejo, olvídate de ella antes de que te haga sufrir.

—Dudo que me decepcione. Es una chica increíble.

Fran rechaza de plano esa afirmación:

—No tienes ni idea de cómo es realmente. ¡Todo el mundo miente en internet! Te estás enamorando de un personaje de ficción. Lara, *tu* Lara, no existe. Y la real no podrá competir con lo que has imaginado sobre ella.

Gerard se mantiene firme:

—No sé cómo explicarlo, pero se percibe su autenticidad en cada palabra que publica. Sé que no miente. Lara es así.

—Y encima tan joven..., ¡una cría de bachillerato!

—De segundo. Pronto cumplirá los dieciocho, no es tan pequeña.

—¿De verdad te lo vas a currar tanto con ella? No debería hacerte falta...

—Lo que pasa es que tú nunca te has enamorado. Solo te fijas en el cuerpo, y así te va.

—No te me pongas ahora en plan profundo...

—Es lo que hay. Y a mí no me interesa ninguna otra, Fran. Ya no. Eso es lo que no entiendes. Lara es especial.

—Todos lo somos hasta que se pierde la novedad.

—No, esta vez es diferente.

—Sí, porque va a pasar de ti, te va a bloquear por acosador. Eso sí será novedoso. Y lo mejor es que voy a estar presente para verlo.

—¡Envidioso!

—Me preocupo por ti —se defiende Fran—. Simplemente intento evitar que te hagan daño.

—Si lo preparo bien, eso no ocurrirá —de pronto surge el miedo, en el fondo Gerard no está seguro de nada—. ¿O crees que debería mostrarme desde el principio? ¿Me olvido de todo y le escribo desde mi verdadero Twitter?

Fran se queda en silencio, valorando todas las opciones.

—Si no hay manera de convencerte de que pases de Lara G —dice—, entonces casi es mejor que te aproximes a ella de un modo original. Estará harta de que le escriban mensajes los salidos de turno. Tienes que conseguir llamar su atención.

—Iré poco a poco, no quiero asustarla.

—¿Cuándo vas a empezar?

Esa es la pregunta clave: Gerard lleva días con el Twitter anónimo creado, sin ser capaz de enviar a Lara el mensaje inicial. Ha escrito mil versiones de ese primer saludo, ha imaginado mil reacciones de ella, pero solo en sus sueños ha logrado reunir la audacia necesaria para dar el paso.

Lara es para él casi un ser mitológico, una criatura celestial. La mera posibilidad de un contacto directo con ella, aunque sea virtual, dispara sus pulsaciones.

¿Y si le ignora? Gerard no quiere ni pensar en el dolor que le aguarda si Lara reacciona despreciando su juego. Ese miedo ha frenado su impulso hasta ese instante, pero el apoyo de su amigo lo empuja ahora a lanzarse al vacío:

—Está bien. Voy a presentarme.

Ha llegado el momento.

Fran aplaude. Ya que no ha logrado disuadir a su amigo, se deja llevar por una curiosidad morbosa. ¡Que comience el espectáculo!

—Sigo pensando que el riesgo es muy alto —reconoce—, pero también es verdad que la Historia la escriben los valientes. Si es tu decisión, yo estaré a tu lado.

Gerard asiente; en su mente, una verdad mucho más cercana: quien no arriesga no gana.

—La saludaré desde mi perfil y luego le diré que voy a escribirle a la dirección de correo que aparece en su *bío* —anuncia—. Así le puedo explicar mi propuesta sin que nadie se entrometa.

—Mejor, sí.

—Pues vamos allá.

Gerard contiene el aliento. Sitúa las manos sobre el teclado del portátil, sus dedos a punto de pulsar las letras de un mensaje del que depende su felicidad.

—Puedo conseguirlo.

* * *

Barranco de Sorts. 30 de junio, 20:45 h

—El juez de guardia tardará —comunica el forense al terminar la llamada—. Ahora está con otro asunto. ¡Vaya jornada movidita!

—Bueno —contesta Irene Castell—, todavía tenemos trabajo por hacer.

Los dos han bajado del puente para regresar al punto en el que permanece el cadáver. Contemplan cómo la policía científica precinta sus manos con sobres de papel, una actuación destinada a proteger posibles rastros que se reserva para los casos sospechosos.

—¿Era necesario? —el forense mantiene su teoría del suicidio—. Nos estamos tomando demasiadas molestias para un caso con poco misterio.

—Yo tampoco creo que lo tenga —Irene se muerde el labio inferior en ademán pensativo—, pero prefiero pasarme de prudente. ¿Vienes al coche?

El médico asiente y la sigue. Una vez dentro de uno de los vehículos policiales, la subinspectora conecta su móvil a un portátil para navegar con el ordenador. Efectivamente, la cobertura se mantiene, aunque algo débil. A continuación, recupera de su teléfono la foto de la chica desconocida que guardaba el presunto suicida y la envía a su correo. Cuando comprueba que ha llegado a su bandeja de entrada, la coloca en el escritorio del portátil.

—¿Vas a probar con la búsqueda de imágenes de Google? —pregunta el doctor Millán, al tiempo que se seca el sudor de la frente con un pañuelo.

—No perdemos nada. Y la imagen es muy de perfil de redes sociales, ¿no crees?

—Sí, puede funcionar.

Irene Castell ha entrado en Google. Abre la pestaña de *Imágenes* y clica con el ratón encima del icono de la cámara. Una vez ha seleccionado la foto de la chica, se dispone a hacer doble clic con el ratón cuando llega hasta ellos uno de los agentes:

—Subinspectora, se confirma la denuncia de una joven llamada Lara Grávalos contra su expareja, Jordi Vila, ambos residentes en Barcelona.

Interpuesta hace dos semanas. Entre otros mensajes de acoso —añade el policía, de pie junto a la portezuela abierta del coche patrulla—, su ex ha amenazado con suicidarse si ella sale con otro hombre.

—Gracias, Jaume. Es una información muy prometedora —Irene Castell, que ha atendido al anuncio de su compañero, se gira ahora hacia la pantalla del ordenador, donde el archivo de la foto de la joven desconocida sigue seleccionado—. Entonces, ¿es tuya esta foto, Lara Grávalos? Las siglas coinciden...

La subinspectora está satisfecha. El hecho de que exista denuncia les permite disponer en comisaría de datos de gran utilidad sobre sus protagonistas: domicilios, teléfonos... Si están implicados en esa muerte, se ahorrarán trámites para localizarlos.

Irene pulsa dos veces sobre el *trackpad* y se activa la búsqueda de esa imagen en Google. Apenas unos segundos después, la pantalla del ordenador muestra los resultados. La segunda entrada resulta ya definitiva, pues ubica la foto en el perfil de Twitter «@LaraG», vinculado al nombre de Lara Grávalos.

—Resuelto —señala Irene Castell, triunfal—. La foto que nuestro suicida guardaba en uno de sus bolsillos se corresponde con la de la joven Lara Grávalos.

—¡Bravo! —los felicita el doctor—. A falta de la comprobación forense, eso nos lleva a anticipar la presunta identidad del cadáver: su ex, Jordi Vila.

—Suicidio casi confirmado, entonces.

—Al final ese chico cumplió su amenaza —el agente de policía menea la cabeza—. ¡Qué fuerte!

—Eso parece —Irene Castell se ha puesto a revisar los últimos tuits de la chica, algunos de los cuales lee en voz alta—: «Hay encuentros que cambian la vida»; «cruces de caminos: nuevas miradas, nuevas compañías». El último lo ha escrito a las ocho de la tarde: «La aventura es la aventura». ¿Qué opina, doctor?

—Nuestra Lara Grávalos ha conocido a alguien —contesta Millán.

—Y algo aún más grave bajo la perspectiva de su expareja —señala la subinspectora—: ha llegado a quedar con esa persona. Mirad este tuit: «Esta noche es la noche». Publicado a las cinco de la tarde.

—Un detonante perfecto para que Jordi Vila materialice su amenaza —dice el forense.

—Ella tiene hoy una cita —apoya Irene Castell—. Se trata de una cita

amorosa y su ex se ha enterado leyendo los últimos tuits. Imagino que la espiaba a todas horas desde algún perfil anónimo.

—Al menos esos mensajes indican que ella está a salvo —el doctor Millán hace cálculos—. El último fue publicado hace poco menos de una hora y para entonces el chico ya se había tirado desde el puente.

—Cierto. No quiso hacer daño a su exnovia antes de quitarse la vida.

Todo un detalle, teniendo en cuenta la lista de víctimas de la violencia machista que no habían tenido tanta suerte durante los últimos meses. Irene Castell reflexiona sobre las ironías de la vida: al mismo tiempo que una joven se prepara con ilusión para una cita, otro muchacho con el que compartió quién sabe cuántos buenos momentos decide morir.

—¿Podrá vivir ella con el peso de lo que ha sucedido? —el forense imagina el momento en que la noticia trascienda.

—Eso espero. Es demasiado joven para hundirse en culpabilidades injustas.

La subinspectora no es capaz de intuir si el chico se ha quitado la vida porque no la concebía sin Lara Grávalos o para arruinársela a ella. La respuesta se la ha llevado Jordi Vila a la tumba, aunque el hecho de que acudiera sin móvil a ese lugar la lleva a pensar en lo segundo: un resentimiento patológico. A esas alturas, Jordi no tenía interés en reconciliarse, sino en provocar el mayor daño posible. Ha querido castigar a Lara para siempre.

Capítulo seis

McDonald's de Sants. 30 de junio, 21:50 h

—**H**as vuelto a mirar hacia la puerta —le reprocha Wilde, con delicadeza.

—Lo siento, de pronto no paro de pensar en los últimos tuits que he publicado. Jordi ha tenido que enterarse, soy tonta —Lara se tiraría de los pelos por esa torpeza si no le importara montar un espectáculo delante de él —. Lo bloqueé, pero seguro que se ha abierto otro perfil para poder *stalkearme* a gusto.

—Olvídalo. Lo hecho hecho está. Y además, es imposible que haya adivinado el lugar y la hora a la que hemos quedado. ¿Quién va a imaginar que tienes una cita romántica en un sitio como este?

Wilde comprende tarde que ese argumento no servirá para tranquilizar a la chica.

—Para cumplir su amenaza no le hace falta esa información —confirma Lara —. Lo único que necesita es una prueba de que estoy con alguien. Justo lo que yo le he dado.

Wilde carraspea.

—La noche va muy bien, Lara. ¿A qué viene esto?

Ella deja escapar un largo suspiro.

—Tengo una mala intuición.

—Son los nervios, esta cita nos ha afectado a los dos. Tienes miedo porque la velada está siendo perfecta, eso es todo. Confía en nosotros. Recuerda: la noche es nuestra. De nadie más.

—Ojalá. Pero...

—¿De verdad crees que tu ex va a hacer semejante barbaridad solo por unos tuits que no concretan nada?

Ninguno de los dos se ha atrevido a mencionar durante sus últimas intervenciones la palabra «suicidio».

—Te lo he dicho antes: no lo conoces.

Ahora es Wilde quien resopla.

—De todos modos, antes o después se va a enterar de lo nuestro, si es que decidimos seguir con esto.

—¿Qué quieres decir?

—Si terminara ocurriendo lo peor..., tienes que estar preparada. Sin culpabilidades. Lo que quiere él es destruir tu felicidad. Te lo repito: no lo permitas. Solo tu ex es responsable de lo que haga con su vida. Y él ya no forma parte de la tuya. Olvídalo.

Lara se aparta el pelo de la cara. En su expresión vislumbra él, durante un instante, su cansancio contaminado de miedo.

—Lo intento, Wilde. Lo intento. Aquí estoy, ¿no?

—¡Venga! —Wilde se levanta de la silla y le dedica su impactante sonrisa—. ¿Qué está pasando? ¡Nos estamos poniendo muy serios!

—Es verdad. La culpa es mía...

—¡Qué manía con la culpa! Para animarte, te dejo que me preguntes algo y yo estaré obligado a responder con sinceridad —se sienta de nuevo—. Siempre y cuando respetes las normas del juego, claro. Después pediremos postre, necesitamos algo dulce.

Lara hace un gran esfuerzo por recuperar la ilusión. Intenta ignorar el mal presentimiento, sepultarlo dentro de su mente.

—¿Y la frase de tu perfil de Twitter? —pregunta—. Tampoco hemos hablado nunca sobre eso.

—«El que vive más de una vida debe morir más de una muerte» —recuerda él—. Oscar Wilde.

—¿Por qué elegiste precisamente esa? En internet circulan muchas de ese autor.

Wilde se echa a reír.

—No vamos a dejar la muerte fuera de la conversación.

Lara cae en la cuenta de ello.

—Perdona, ya ves qué oportuna soy. Vas a pensar que soy una fúnebre...

—Elegí esa cita porque es con la que me siento más identificado.

—¿Qué quieres decir? ¿Te gustaría morir varias veces?

—La verdadera muerte es conformarse con vivir una única vida —Wilde se ha puesto solemne—. Hay que atreverse a cambiar de rumbo, Lara. Conocer a otras personas, otros lugares. Hay que explorar. Cuando decidí cruzarme en tu camino me asomé a un destino que no era el mío. No me arrepiento.

Lara se deja seducir por la voz grave del muchacho.

—¿Y a cambio estás dispuesto a pagar el precio que dice Oscar Wilde? —
vuelve a preguntar.

—No se refiere a muertes definitivas. Yo lo entiendo como momentos de la vida que te colocan de nuevo en la casilla de salida, ¿comprendes? Momentos de pérdida, de caída. Mejor sufrir dolor de vez en cuando que una vida neutra, sin pasión. Hay muchos que se arrastran por la vida como auténticos zombis. Se lo pierden todo.

—Eso de vivir otras vidas es fácil de decir. Como si fuera poco complicado jugar con la que te corresponde.

—Oscar Wilde predicó con el ejemplo, ¿sabes? Se negó a renunciar a su amor por el joven Lord Alfred Douglas, a pesar de las amenazas del padre del aristócrata. Por culpa de eso acabó con sus huesos en la cárcel. En cualquier caso, arriesgó una vida cómoda por la promesa de otra más intensa.

—Y perdió. ¿Eso compensa?

—Seguro. El aburrimiento es otra muerte.

—Tal vez se arriesgó por orgullo.

—Probablemente. Nada debió de dolerle más que perder la admiración de la gente. ¿Y tú?

—¿Yo?

—Tú también te has arriesgado al acudir aquí esta noche. ¿Por qué lo has hecho, si tanto te molesta seguir mis reglas?

—Por curiosidad, ya te lo he dicho.

—Yo creo que no. Tú estás buscando otra vida.

* * *

Residencia universitaria. 57 días antes

—¡No me lo puedo creer!

Gerard ha levantado los ojos de su móvil y los dirige ahora hacia su amigo, con un entusiasmo que lo delata.

—¿Qué pasa? —Fran interrumpe su estudio, sentado ante su mesa. Se ha girado hacia él—. ¿Novedades sobre Lara G?

—¡Me sigue en Twitter! —Gerard se pone a bailar por toda la habitación—. ¡Me sigue en Twitter! ¡Me sigue en Twitter!

—Bravo, Gerard. Eso sí es un buen síntoma. Gran avance, en solo tres días desde vuestra primera conversación.

Lo dice sin ironía. Esa chica no parece de las fáciles a la hora de intimar. Gerard deja de bailar y se acerca a su compañero.

—En setenta y dos horas hemos intercambiado ya cinco correos. Esto va bien...

—Me siento orgulloso, incluso te has atrevido a plantearle tu juego.

—Sí, ya lo viste. Ayer.

Fran se encoge de hombros. Retoma su papel de asesor prudente:

—Aun así, calma. Me has enseñado todos esos correos y en ninguna de sus respuestas ha aceptado, ¿recuerdas?

—Vale —Gerard retrocede y se sienta en su silla—. Pero tampoco ha rechazado mi propuesta, lo único que hace es ganar tiempo mientras se lo piensa. Me parece normal, todavía soy un desconocido. Por eso es tan importante este paso que ha dado, ¿no? ¿Tú cómo lo interpretas?

Fran reflexiona antes de contestar.

—El hecho de que Lara G haya decidido seguirte en Twitter indica, por un lado, que tiene interés en lo que publicas —acepta—. Has debido de convencerla con tus correos de que no eres un psicópata ni un violador. O, al menos, está dispuesta a comprobarlo.

—¿Y por otro?

—Por otro, ahora que os seguís mutuamente podréis enviaros mensajes privados por Twitter sin necesidad de estar consultando el correo. Y eso ella lo sabe.

—Así que...

—Así que da la impresión de que Lara G quiere tener contigo una comunicación más... fluida, sin perder la discreción. Signifique eso lo que signifique.

Gerard vuelve a levantarse.

—¡Bien! ¡Son buenas noticias! Creo que está a punto de aceptar. ¡Lo presiento!

A Gerard le brillan los ojos. Fran sigue alucinando con la intensidad de sus sentimientos hacia esa chica, que no deja de ser una extraña todavía. ¿Será verdad que puede nacer el amor en las redes?

—No lo estropees en los próximos mensajes o la perderás —le advierte.

—Voy a tener mucho cuidado, te lo prometo. Y estás tú como asesor, no haré ningún movimiento sin tu aprobación.

Fran asiente.

—Salvo que se trate de una información muy íntima—añade Gerard, tras pensarlo.

—¿A qué te refieres?

—Necesito tu ayuda en esto —reconoce Gerard—, pero también quiero respetarla. Ella no sabe que lees sus mensajes. Si en algún momento me cuenta algo muy personal, eso no lo compartiré contigo.

Fran ahoga una queja. No tendrá más remedio que contener su tendencia innata al cotilleo.

—Está bien —se resigna—. Pero solo si se trata de detalles muy íntimos.

—Eso es.

—Aclarado el asunto. Ahora lo importante es que tengas suerte. Te la mereces.

Fran hace mención de volver a sus libros, pero una nueva llamada de su amigo se lo impide:

—Fran.

—¿Y ahora qué, señor enamorado? ¡Tengo que entregar este trabajo mañana!

—Has leído sus correos y sus tuits.

—Sabes que sí.

Gerard se ha puesto serio.

—¿Qué opinas de ella?

Fran suspira.

—Ya te dije que es imposible conocer a alguien realmente desde las redes. En internet solo hay personajes, no personas.

Gerard no acepta esa evasiva:

—¡Venga, mójate! Sabes lo suficiente de Lara como para tener una primera opinión. Tengo derecho a saberla.

—Te estoy ayudando, ¿no?

—¿Y eso qué significa?

—Como amigo, si considerara que Lara G no es buena gente, jamás habría accedido a echarte una mano en esta locura. Y lo estoy haciendo.

El semblante de Gerard vuelve a brillar.

—¡Lara te gusta, reconócelo!

—Me gusta para ti, sí. Pero sigo viendo demasiado optimismo en tu obsesión por ella. Todavía hay muchas posibilidades de que esto no salga bien.

—Recuerda que el que no arriesga no gana.

—Cierto. Lo que no sé es si siempre compensa.

* * *

Barranco de Sorts. 30 de junio, 21:15 h

Está anocheciendo, pronto deberán moverse con linternas. Irene sale del coche patrulla, seguida por el médico forense. El otro agente ha regresado con sus compañeros, reunidos junto al segundo vehículo, para comunicarles las últimas novedades. No siempre se identifica un cuerpo con tal rapidez. Los policías intuyen que pronto podrán regresar a la ciudad si el juez no tarda en ordenar el levantamiento.

—Ahora solo queda esperar a su señoría —comenta la subinspectora a Millán, deteniéndose frente al cadáver—. Es raro en este trabajo disponer de un rato de tranquilidad.

El médico hace un gesto afirmativo:

—Con el acosador muerto, ya no hay prisa. Nadie corre peligro. Así, al menos, dejaremos que Lara Grávalos termine su cita de esta noche.

—Ya que se va a llevar un disgusto, que disfrute de la velada —coincide Irene—. Unas horas no van a cambiar nada.

Los dos se quedan estudiando el cuerpo del fallecido. El doctor Millán ha colocado el móvil ante su vista y compara ahora la figura tendida con las fotos del muchacho que han encontrado en la red y las que han llegado desde comisaría.

—Sí que es él —opina—. Misma complexión, juventud, color de pelo. No creo que haya sorpresas en la autopsia.

—Estoy de acuerdo.

—¿Cuándo avisaréis a su familia? —pregunta el doctor—. ¿Seguimos el protocolo habitual?

—Sí. Mis compañeros contactarán con los parientes de Jordi Vila cuando tengáis el cuerpo en el Instituto de Medicina Legal.

«El papel más ingrato de la policía», piensa ella. No hay peor trago que comunicar la muerte de una persona a sus seres queridos. Nunca es fácil y de nada sirve haberlo hecho antes; siempre faltan las palabras y los gestos quedan postizos, huecos. Resulta tan evidente que quien transmite la noticia no lo siente en realidad...

—El dolor es una experiencia íntima —murmura.

La subinspectora levanta la mirada y atiende en el horizonte al lento

anochecer, tan propio de esas tardes plomizas de verano. El calor va disminuyendo mientras las sombras del paisaje se alargan. Ella se inclina de nuevo sobre el cadáver, como si no se le ocurriese un modo mejor de aguardar al juez que volver a inspeccionar por enésima vez el cuerpo. Los ojos de Irene repasan el vestuario del muchacho: la camiseta blanca, cubierta de manchas de tierra, salpicaduras de sangre y arrugas; el raído pantalón vaquero, de uno de cuyos bolsillos asoma el forro interior; la zapatilla y, en el pie descalzo, un calcetín a rayas grises y azules.

Irene imagina vivo a aquel joven. Jordi Vila tenía un buen físico. Con el tiempo ha aprendido a mirar a los muertos con naturalidad, casi con la misma indiferencia profesional que percibe en los ojos del forense.

Un leve destello le hace recuperar la atención sobre el bolsillo con el forro visible.

¿Qué ha provocado eso?

Irene alarga una de sus manos enguantadas y extiende la tela por completo. Su mirada descubre varios minúsculos cristales sobre ella.

—Carlos —avisa—, ¿has visto esto?

El forense se agacha junto a ella para estudiar el hallazgo.

—¿Fragmentos de vidrio?

La subinspectora ha colocado uno de ellos sobre la yema de su dedo índice, que aproxima a los ojos.

—Es cristal, sí. Muy fino.

—No entiendo qué pinta ahí. Tus compañeros de la policía no han encontrado nada en los bolsillos...

—La cuestión es si lo había cuando el muchacho cayó.

Los dos cruzan sus miradas, aún agachados junto al cuerpo.

—¿Qué quieres decir, Irene? Esos restos tal vez llevan ahí semanas, si el chico no había lavado los pantalones recientemente.

—Lo dudo.

Esa negativa sorprende al forense:

—¿Ya tienes una teoría para justificar la presencia de esos cristales?

—Sí.

Millán sonríe con admiración.

—Ilumíname.

Ella rebusca presurosa en la zona del terreno que queda junto a la cintura del joven muerto. Aparta briznas de hierba amarillenta y no tarda en encontrar

nuevos pedacitos transparentes.

—Apuesto a que estos fragmentos son de pantalla de móvil —aventura—. Su presencia en la escena de la muerte indica que nuestro presunto suicida llevaba el teléfono en un bolsillo cuando se precipitó desde el puente.

Su afirmación deja petrificado al médico.

—Así que la pantalla del móvil se rompió con el impacto —completa él la nueva versión.

—Exacto.

—Pero entonces... —el forense procura asimilar ese giro—, ¿dónde está el teléfono?

La subinspectora toma aliento antes de soltar su respuesta:

—Supongo que lo tiene el asesino.

Capítulo siete

McDonald's de Sants. 30 de junio, 22:10 h

—**B**uscas otra vida en la que tu ex haya desaparecido definitivamente — sentencia Wilde.

Lara asiente.

—Supongo que tienes razón.

Él ha entrelazado sus dedos con los de ella, desde su lado de la mesa. Otro avance peligroso. Se inclina para que sus rostros queden muy cerca. Baja la voz hasta convertir sus palabras en susurros, que llegan a Lara envueltas en el calor de su aliento:

—Pues esa otra vida que buscas ha empezado esta noche, Lara. Jordi Vila no volverá a cruzarse contigo, te lo he dicho antes. Nunca más. Tienes mi palabra.

Lara siente un escalofrío al oír el nombre completo de su ex, como si pronunciarlo aumentara el riesgo de su aparición. Imagina a su anterior pareja acechando en medio de la noche barcelonesa, oculto bajo la sombra de sus calles; su poderoso físico en tensión, atento a cualquier rastro que lo conduzca hasta ella. Lara recuerda el modo tiránico con que él la controlaba durante sus últimas semanas de relación. «No se conformará», se dice. «Jordi no se conformará».

Wilde, ajeno a su preocupación, ha soltado una de sus manos y ahora sostiene con ella su vaso de refresco, ya medio vacío. Propone un brindis. Lara lo secunda con una sonrisa cauta y ambos beben.

—En el fondo, sabes que no puedes garantizarme eso —dice ella—. Pero gracias.

—Tú confía en mí. Hasta ahora tu intuición no ha fallado conmigo, ¿verdad?

—Verdad.

—Pues disfrutemos. Nada nos lo va a impedir esta noche. Jordi Vila es historia.

Lara todavía se resiste a relajarse; lo intenta, pero no es tan fácil desprenderse de la inseguridad:

—No recordaba haberte dicho el nombre completo de mi ex.

Lara vuelve a ser consciente de la diferencia de información que alberga cada uno sobre el otro. Aún se encuentra en desventaja.

—Lo hiciste —contesta Wilde—. ¿Te arrepientes? ¿He hecho mal mencionándolo?

—No, no. Simplemente me ha sorprendido escucharlo esta noche.

—He metido la pata —Wilde vuelve a erguirse sobre su silla—. Perdona.

—No pasa nada. ¿Sabes? Mi amiga Berta también me animó a que me olvidara de Jordi, a que quedara contigo. «Como tu ex se atreva a molestarte», me dijo hace unos días, «no le va a hacer falta suicidarse. Yo me encargaré de él».

—Con ella estás a salvo. Es Jordi el que debería andarse con cuidado. Esa amiga tuya parece muy capaz de enfrentarse a él.

—¡Te aseguro que lo es! Berta es un huracán. Ya ha tenido varias broncas con Jordi desde que cortamos, y al final siempre retrocede mi ex.

—Así que es muy protectora.

—Se pone como una fiera cada vez que alguien se porta mal conmigo.

Wilde sabe por experiencia lo peligrosa que puede llegar a ser una amiga celosa ante cualquier intromisión. Finge miedo al formular su interrogante:

—¿Es una advertencia?

Lara se echa a reír.

—¿Intentas hacerme daño?

—Por supuesto que no.

—Entonces no tienes nada que temer de ella.

—Me quedo más tranquilo.

Lara bebe de su refresco.

—Berta, Berta... —brinda por ella alzando su vaso—. Ojalá yo tuviera la mitad de su fuerza.

—La tienes. Has sido muy valiente al encontrarte conmigo esta noche. Y lo has hecho sola.

—Gracias.

Wilde carraspea.

—Aunque, por lo visto, le has contado a tu amiga que hemos quedado.

Lara, que de pronto nota un leve tono de decepción en el chico, se da cuenta de que su comentario la ha puesto en evidencia.

—Sí, es verdad.

—Creo que la tengo localizada. Su Twitter es

@Bertice, ¿verdad?

—No se te escapa nada.

—Es que habláis mucho.

—¿Y?

—Me he fijado en las personas con las que más te relacionas y esa tal Berta es una de ellas. Las amistades que tenemos —sentencia Wilde, con gravedad— dicen mucho de nosotros.

—Otra fuente de información a la que yo no he podido recurrir para conocerte.

—Muy pronto responderé a lo que quieras. Lo importante era llegar hasta aquí.

—Y hasta aquí hemos llegado.

—Con eso ya me lo has demostrado todo. Sin embargo...

—¿Qué?

—¿Alguien más lo sabe?

—¿Nuestra cita? Solo Berta, en serio. A mis padres les he dicho que he quedado con mi grupo de amigas —Lara siente ahora cierta culpabilidad por haber desconfiado—. Perdona, sé que habíamos quedado en mantener este encuentro en secreto, pero necesitaba a alguien que acudiera en mi auxilio si la cita era un desastre.

Wilde no parece convencido.

—Y has contado con tu amiga guardaespaldas. Creí que te gustaba cumplir las reglas cuando aceptabas un juego.

—Y es verdad, aunque —Lara mide sus palabras— no tanto como para correr riesgos innecesarios.

—Ya veo.

—¿Tú se lo has contado a alguien?

—A nadie.

Lara se ha quedado preocupada ante la reacción algo rígida de Wilde:

—¿Pero entiendes por qué he actuado así? No me mires como si te hubiera fallado...

Wilde asiente.

—Disculpa, los nervios me vuelven demasiado exigente. Has hecho bien. Otra cosa que me gusta de ti es que no eres ninguna cría, actúas con sentido común. No me quejaré por eso —su gesto se ha suavizado.

Ella vuelve a intervenir, dispuesta a recuperar el buen rollo:

—De todos modos, ya has visto que Berta no nos ha interrumpido. Al menos eso te sirve para saber que has pasado la prueba. No la he avisado.

Ni podría hacerlo ya. A esas alturas, Lara imagina a su amiga bailando como una loca en una de las más recónditas salas de su discoteca favorita. La ventaja de Berta es que es guapa y parece mayor, así que nunca le piden el DNI para entrar a los sitios.

Wilde ha soltado una risa breve.

—Menos mal —dice—. Yo solo quiero seguir aquí, contigo.

Se quedan en silencio.

—Hace rato que no miro hacia la puerta.

Wilde vuelve a asentir.

—Y nada ha ocurrido. Ya ves que mi palabra se va cumpliendo. Esta noche no va a aparecer tu ex. Créetelo.

Lara da un nuevo sorbo a su bebida. Le sigue impresionando la firmeza con la que él se expresa en asuntos que, al fin y al cabo, escapan a su control.

—No estoy aquí para huir de él, ¿sabes? —confiesa—. No te estoy utilizando.

—Me alegra oírlo.

Lara se queda unos instantes observando a la gente que cena a su alrededor, en las mesas vecinas. Después, vuelve a mirar a los ojos al chico.

—Me gustas, Wilde. Seas quien seas, tengas la vida que tengas.

—Tú a mí también, Lara. Has aparecido en mi vida y la has revolucionado. Lo comprobarás.

—Más te vale, porque no pienso conformarme con tus secretos durante más tiempo. Ya te lo he advertido.

—Y yo te he contestado que apenas tendrás que esperar para saberlo todo. ¿Algún otro aviso? Ya que estamos poniendo las cartas sobre la mesa...

Lara se lo piensa.

—No soy de nadie, Wilde. Eso sí me gustaría que lo tuvieras claro.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que estamos empezando..., no estoy cambiando de manos, ¿vale? Ni era de Jordi ni voy a ser tuya. No soy de nadie.

—Perfecto. Te aseguro que, si aquí hay alguien que ha cambiado de dueño —sonríe—, soy yo.

* * *

Barranco de Sorts. 30 de junio, 21:40 h

El doctor Millán resopla ante el cambio de panorama que implica la afirmación de la subinspectora. Continúa agachado junto a ella, en cuclillas. Empiezan a dolerle las rodillas y nota toda la ropa pegada a su piel, húmeda de sudor a pesar de la hora. La temperatura ha dejado de disminuir. A su lado, uno de los agentes ilumina con una linterna el área donde se encuentra el cadáver. Ya se ha hecho casi de noche.

—¿Estás segura que el sujeto no se encontraba solo? —insiste, señalando el pantalón del muchacho con su mano envuelta en látex—. Ignoramos cuánto tiempo llevan esos fragmentos de cristal ahí....

Irene le pide ayuda con un gesto y entre ambos alzan levemente el cadáver por la cintura. Ya empieza a notarse el *rigor mortis*. La subinspectora comprueba el ahuecamiento del bolsillo vacío donde han encontrado los restos de vidrio; sin duda, el chico solía llevar ahí el móvil y la tela ha terminado por adoptar la forma de su relieve. Sin embargo, no es ese detalle en lo que basa su suposición:

—Los cristales sobre la hierba —dice ella, mientras colocan el cuerpo como estaba—. Eso es lo que me ha convencido.

Los dos se han puesto de pie, Millán más trabajosamente. Este reflexiona un momento y termina accediendo con un movimiento de cabeza.

—El sujeto aterrizó bocabajo —revisa en voz alta—, con lo que los bolsillos delanteros del pantalón quedaron bloqueados por el propio peso del cuerpo.

—Exacto. Los fragmentos no habrían salido del bolsillo, salvo...

—Salvo que alguien —concluye el forense— haya sacado de él, después de la caída, algún objeto que vaya dejando ese rastro. Como un teléfono reventado, por ejemplo.

—Lo que nos lleva a defender que Jordi Vila no se encontraba solo cuando se precipitó desde el puente.

El rostro de Irene se ha afilado conforme formulaba la conclusión. Al modo de un sabueso, todos sus sentidos se agudizan al percibir el olor de una presa. El caso que les ocupa va distanciándose de la versión del suicidio para adoptar un tinte mucho más oscuro.

—Pero aun así, no podemos confirmar el asesinato —el médico se muestra cauto ante un diagnóstico tan grave—. Que el chico tuviera compañía no

excluye la posibilidad de un accidente.

—¿Un accidente? —Irene frunce el ceño.

—Quizá quienes estaban en el puente se pusieron a hacer el tonto, a enredar, a hacerse fotos...

—Con tan mala suerte que uno se cayó.

—Eso es. Los demás, si es que eran varios, se asustaron y se largaron. Tal vez incluso llegaron a bajar y, al comprobar que no había nada que hacer, que el chaval estaba muerto... Ocurre con algunos accidentes de tráfico, ¿no? Hay gente que se asusta cuando comete alguna imprudencia y alguien sale herido. Actúan mal, huyen.

—Delito de omisión de socorro, entonces.

—Mi explicación cuadra con la pulsera rota que hemos encontrado ahí arriba. Estaban haciendo el tonto, eran unos críos y la broma les salió mal.

—Según tu planteamiento, en pocas horas el responsable de esta tragedia recapacitará y, más tranquilo, acudirá a la policía a contar lo que ha sucedido.

El doctor Millán capta el escepticismo de ella, pero mantiene su postura:

—Hace falta mucha frialdad para vivir con el remordimiento. Por eso muchos confiesan voluntariamente al cabo de unas horas y aparecen en comisaría. No te cuento nada que tú no sepas.

—Sí, algunos aparecen en comisaría. Con un abogado. Pero no todos lo hacen. Otros duermen muy tranquilos hasta que se los encuentra.

—Irene —añade él—, lo único que te pido es que no descartes la muerte accidental, como yo no descarto el homicidio. Necesitamos más información, más pruebas.

—A veces eres demasiado científico, Carlos.

—Y los policías a veces os movéis por corazonadas y...

Ella niega con la cabeza.

—¿Quieres que te demuestre que no se trata de una corazonada?

—Por favor.

—Aceptaría tu teoría del accidente si no fuera por ese celo que quien acompañaba al presunto suicida ha mostrado en ocultar la identidad de la víctima —explica—. Cuando uno escapa de un accidente, huye, tal como has dicho. No piensa ni calcula, simplemente se aleja lo más rápido posible del lugar de los hechos. Pero aquí solo veo indicios de calma, de preparación. Quien acompañaba al sujeto muerto se tomó la molestia de bajar hasta aquí para vaciarle los bolsillos, porque no sabemos si también llevaba la cartera,

llaves..., e irse. ¿Por qué iba a hacer algo así esa persona, en el caso de un accidente?

—Ya —acepta el forense—, eso no sé cómo argumentarlo.

—Yo sí: homicidio con premeditación y, quizá, alevosía. Es decir, asesinato.

El doctor Millán se afloja el nudo de la corbata. El calor no le ayuda a pensar.

—Tal vez tengas razón.

—La pulsera rota que hemos encontrado encaja mucho mejor como señal de forcejeo —continúa Irene, implacable—. La víctima se resistió, doctor. No quería morir.

Ambos recuerdan la marca coincidente en la muñeca del cadáver. Irene se aparta del cuerpo y, poniéndose de pie, levanta el brazo con el que sostiene su linterna para llamar al resto de los agentes, que reaccionan enseguida.

—Vamos a ampliar la zona acordonada en un radio de quinientos metros — comunica al médico mientras espera a que lleguen sus compañeros—. Hay que efectuar un registro de las inmediaciones.

—Me parece bien —el doctor Millán cede ante las certeras observaciones de Irene—. Quien se llevó los efectos personales del chico no querrá conservar algo tan comprometedor. Quizá los haya tirado cerca.

Irene se ha olvidado del juez que está por llegar. Lo que tienen entre manos ha dejado de ser un simple trámite para convertirse en un crimen que esclarecer. Incluso han perdido la certeza de que no haya alguien en peligro. Por eso cada minuto ha empezado a contar.

¿Deberían avisar a Lara Grávalos?

Capítulo ocho

Residencia universitaria. 40 días antes

Gerard se encuentra solo en la habitación de la residencia, aguardando la puntual conexión de Lara. Fran aún no ha llegado. Sentado ante su escritorio, el chico espera pendiente de la pantalla de su móvil. Por fin, aparece una notificación de mensaje directo en su perfil de Twitter. Es ella.

«Cómo ha ido el día», lee Gerard. «Las clases un coñazo, a punto de empezar el repaso. Menos mal que ya queda poco para el final de curso».

Él teclea su respuesta: «Ánimo. Yo clases y estudiando. Ha sido un día muy largo».

A continuación, decide avanzar en su juego y le propone a Lara un cuestionario mutuo, que ella acepta con la condición de que no incluya preguntas demasiado íntimas. Gerard, que tiene un folio lleno de preguntas que le encantaría formularle a ella, comienza a elegir las menos comprometidas:

- ¿Signo del horóscopo? Piscis.
- ¿Comida favorita? La pasta.
- ¿Lugar favorito del mundo? París.
- ¿Grupo favorito? Ed Sheeran.
- ¿Talla del pie? Treinta y seis.
- ¿Diestra o zurda? Diestra.
- ¿Tatuajes? Ninguno.
- ¿Libro favorito? *Carta de una desconocida*.
- ¿Peli favorita? *Lo mejor de mí*.
- ¿Un sueño por cumplir? Visitar las pirámides de Egipto.
- ¿Un videojuego? Ni idea.
- ¿Tocas algún instrumento? No.
- ¿Color favorito? El verde.
- ¿Aficiones? Viajar, el teatro, salir con mis amigas, la lectura, pasear, la ropa, la naturaleza...
- ¿Algo que odies? El pesimismo.

«Te toca a ti responder», escribe Lara.

¿Signo del horóscopo? Acuario.

¿Comida favorita? Lasaña.

¿Lugar favorito del mundo? Cualquiera contigo :-p Jaja, vale: Londres.

¿Grupo favorito? Muse, Arcade Fire...

¿Talla del pie? Cuarenta y cuatro.

¿Diestro o zurdo? Diestro.

¿Tatuajes? Ninguno, aunque me gustaría tatuarme en el antebrazo «B-612».

«Eso me suena», comenta Lara. Él responde que se trata del asteroide del que procede el Principito.

¿Libro favorito? *El Principito*. Y luego muchos, por ejemplo: *El hobbit*, la saga de Harry Potter...

¿Peli favorita? Las de Harry Potter y *El señor de los anillos*.

¿Un sueño por cumplir? Conocer Hollywood.

¿Un videojuego? Persona 5.

¿Tocas algún instrumento? No.

¿Color favorito? El rojo.

¿Aficiones? Cine, dormir, música, la lectura, el manga, viajar, videojuegos, estar con los amigos...

¿Algo que odies? Madrugar.

«Coincidimos en varias cosas», teclea Wilde, «y *Carta de una desconocida* también es uno de mis libros favoritos». Lara responde que no se lo cree, que eso lo dice él para parecer más interesante. Wilde insiste: «Pregúntame lo que quieras de esa novela, te responderé muy rápido para que veas que no he mirado la Wikipedia».

«¿Cómo se llama el autor?».

«Stefan Zweig», contesta él de inmediato.

«¿En qué época está ambientada?».

Wilde se toma unos segundos antes de teclear:

«Principios del siglo xx».

«¿Cómo está escrita?».

«Como una carta. Toda la novela es una carta».

Wilde añade: «¿Convencida?».

«Sí. Es increíble que hayamos coincidido en eso».

«Es el destino».

«También es increíble que no esté el fútbol entre tus aficiones».

«Juego de vez en cuando, pero no me apasiona».

«¿Sigues a algún *youtuber*?».

Ambos se recomiendan los canales de varios *booktubers*. La lectura es otro cauce que los vuelve cómplices.

Se hace tarde. Lara G le envía varios *emojis* sonrientes antes de despedirse.

«Tengo que irme. Suerte con los exámenes».

Wilde se despide también. Titubea antes de enviar un aséptico «buenas noches». Justo después, entra en la habitación su compañero Fran, con su habitual aspecto pijo: pantalones Dockers, camisa Tommy, zapatillas Vans. Su ropa es un muestrario de marcas, y no precisamente baratas.

—¡Tienes cara de éxtasis! —exclama el recién llegado, dejando una carpeta y varios libros sobre su cama—. Ya has estado hablando con Lara G.

Gerard asiente.

—Tranquilo, no he entrado en situación de riesgo. Simplemente seguimos intercambiando mensajes inofensivos. Ha sido todo muy breve, tenía que irse.

—¿Adónde?

—No me lo ha dicho.

Fran alza los brazos hacia el techo, exagerando una mueca de disgusto.

—¡Tendrías que habérselo preguntado! ¿No ves que puede interpretarlo como falta de interés por tu parte?

—Creo que te pasas un poco. Lo único que ha ocurrido es que ella tenía prisa y yo no quería entretenerla.

Fran adopta su expresión de experto en la materia.

—¿Cómo se ha despedido? —pregunta.

—¿A qué te refieres?

—Ya habíais terminado el intercambio de mensajes, ¿no?

—Sí.

—Pues eso, que cómo se ha despedido.

—Me ha deseado suerte para los exámenes.

—¿Nada más?

Gerard comprende al fin adónde quiere ir a parar su amigo:

—Si lo que quieres saber es si se ha despedido con un beso, la respuesta es no.

—Se trata de un indicador muy fiable para valorar tus avances —Fran no pierde su acento profesional—. La cosa va bien, pero lenta.

—Normal.

Fran acaba de descalzarse y se quita los pantalones para ponerse unos de chándal más cómodos.

—La despedida de la señorita Lara G ha sido cordial, aunque no cariñosa — todavía en calzoncillos, Fran llega hasta la ventana de la habitación y la abre —. Aún no la has conquistado, amigo mío.

—¡Eso ya lo sé! —a Gerard le molesta la visión tan analítica de su compañero, que rompe todo el encanto de esa aventura—. ¡Apenas llevamos tres semanas con el rollo de los mensajes! ¿Qué esperabas?

—¿Y te parece poco? Habláis todos los días.

—Sí, y creo que eso es bueno.

—Lo es —Fran se tumba en su cama—. Puede que Lara G no se muestre cariñosa, pero sí interesada. Es muy prometedor. La primera barrera se ha superado, cada vez será más vulnerable a tus encantos.

—No tengo prisa. Es demasiado importante lo que quiero conseguir con ella.

—Tampoco la mates de aburrimiento, ¿eh? No debes perder tu principal ventaja: la curiosidad que has logrado despertar en esa chica.

—Lo sé, lo sé.

—¿Y de qué habéis hablado?

Los ojos de Gerard adquieren un brillo travieso.

—Pues he conseguido información muy útil.

—¿Por ejemplo?

—Sé que es piscis.

Fran se echa a reír.

—Bueno, eso te ayudará a calcular el mes de su cumpleaños.

—También he averiguado la comida que le gusta, su libro favorito, la música que escucha...

—Concreta, concreta —Fran se incorpora—. Necesito todos esos datos para completar la radiografía de esa chica. Recuerda que solo quiero lo mejor para ti. Como no le guste *Harry Potter* y *Star Wars* vamos a tener un problema...

Ahora es Gerard quien ríe.

—¿De verdad voy a necesitar tu aprobación final?

—¡Por supuesto! Y para ti seré muy exigente, quedas avisado. No te voy a entregar a cualquiera.

* * *

McDonald's de Sants. 30 de junio, 22:30 h

—Creo que está siendo la cena más lenta de toda mi vida —Wilde acaba de consultar su reloj—. Quizá la más lenta de la Historia. ¡Son las diez y media! Llevamos dos horas para terminar un McMenú. Saboreamos bien cada bocado, ¿eh?

A Lara le gusta el toque irónico que imprime Wilde a muchos de sus comentarios.

—Pues a mí se me ha pasado este rato muy rápido.

—Eh, que yo no he dicho que se me esté haciendo larga la cena, ¿eh? —matiza él—. Todo lo contrario, me parece mentira que sea tan tarde.

Lara prefiere esa lentitud. Ahora que ha conseguido olvidarse un poco de Jordi no tiene ninguna prisa en que esa cita termine y tenga que volver a casa. Suspira.

—Ojalá tuviera tu libertad de horarios, pero ni soy aún universitaria ni vivo en una residencia. Mis padres son bastante controladores. Y eso que esta noche iban al cine, así que a lo mejor llego yo antes que ellos.

Wilde se encoge de hombros.

—De momento alarguemos esto todo lo que podamos. Con el postre batiremos un récord de duración. Nunca me han echado de un McDonald's por lento, pero seguro que somos capaces de conseguirlo.

Lara suelta una carcajada.

—Seguro.

—En un templo de la comida rápida como este, nuestra calma es un insulto. Lo peor —confiesa Wilde— es que tampoco me he enterado aún de a qué sabe esta hamburguesa. No consigo concentrarme en la comida.

A Lara le sucede lo mismo:

—La cena es lo de menos.

—Como todo lo demás —añade Wilde—, salvo nosotros y la puerta que, al fin, has dejado de vigilar. Nada más nos interesa. La gente ha ido sentándose y levantándose a nuestro alrededor desde que nos hemos encontrado aquí. Pero no hemos visto a nadie.

Ellos perciben esas presencias accidentales como figuras sin rostro que se mueven entre murmullos, *atrezzo* en una escena que solo protagonizan ellos.

Lo único que falta es una banda sonora acorde con el momento.

—Junto a nosotros habrán cenado en este rato cien personas y no hemos visto a ninguna —calcula Lara.

—Eso también es romántico —dice él—. ¿Quién me iba a decir que una cena en el McDonald's podía ser tan íntima? Es como si estuviéramos solos...

—Será porque no dejamos de mirarnos.

—No hay espacio para nadie más.

Wilde se humedece los labios. Su semblante ha adoptado de pronto un gesto de profunda concentración.

—¿Puedo seguir?

Ella no entiende esa pregunta.

—¿A qué te refieres?

—A que si puedo seguir observándote. Sin disimulos. Descaradamente.

Lara siente que se ruboriza.

—No vas a descubrir nada que no hayas visto en estas dos horas.

—Lo dudo.

Wilde mantiene su expresión atenta. Ni pestañea. Lara siente como si toda ella cupiera en las ávidas pupilas del chico, como si él se asomara a su interior a través de esa mirada cuya intensidad la desarma.

—¿Seremos tan invisibles como ellos lo son para nosotros? —Lara procura desterrar la timidez. Ha señalado hacia las mesas vecinas sin girar la cabeza.

—Seguro. Todo el mundo es invisible en un sitio como este.

—Es curioso.

—Y trágico.

A Lara le desconcierta la elección de ese adjetivo.

—¿Qué tiene de trágico que cada uno esté a lo suyo, sin prestar atención a los demás?

—Aquí, entre nosotros, está ocurriendo algo importante —Wilde vuelve a parpadear—. Algo definitivo. Y nadie es capaz de verlo. Nadie nos recordará cuando nos hayamos ido de este sitio y aquí solo queden nuestras bandejas vacías. Lo que se está perdiendo toda esta gente mientras devora su comida es una auténtica tragedia. Sobre todo —concluye— porque esto no pasa todos los días. Hay gente que no lo experimentará jamás.

A Lara la hipnotiza el modo que tiene Wilde de expresar sus sentimientos. No se atreve a calcular el alcance de esas palabras, ni siquiera a interpretarlas. Sin embargo, formula su siguiente pregunta porque necesita oír

más:

—¿Qué quieres decir?

Busca escuchar de sus labios que él también siente esa complicidad que Lara ha notado en su interior desde el primer minuto del encuentro.

—Me refiero a nuestra sintonía —dice Wilde—. A la sensación de que podría estar hablando contigo mil horas más, porque todo lo que pueda averiguar de ti me va a parecer poco.

A Lara no se le ocurre qué añadir. Ha sido una reflexión hermosa, que ella comparte. ¿Debería manifestarlo como ha hecho él, a pesar de no tener su facilidad de palabra? Está siendo una cita especial, no cabe duda. Ha nacido algo entre ellos, algo que empezó a gestarse semanas atrás, gracias a una iniciativa de Wilde que muchas chicas habrían rechazado.

Lara tiene cada vez más ganas de besar a ese misterioso chico.

—Yo también siento eso —confiesa.

En un lateral de la mesa, los móviles de los dos acumulan notificaciones y llamadas que han ignorado sin esfuerzo. La vibración que a veces provocan sobre la mesa no ha sido suficiente para hacerles regresar al mundo real. Haría falta un terremoto de nueve grados en la escala de Richter para despertarlos del hechizo que ha provocado ese encuentro. En efecto, para ellos solo existen ellos. Un nuevo destello procedente de uno de los teléfonos, sin embargo, recuerda a Lara el último mensaje que envió a Wilde.

—Antes de salir de casa te he escrito —le dice—. No me has respondido.

Wilde pone cara de sorpresa.

—No me he enterado, perdona. Supongo que me habrás pillado conduciendo...

—¿Has venido en coche?

—Sí. Lo he dejado en un garaje, aquí cerca. Es un *parking* inmenso, de cuatro plantas. Por eso nunca está lleno y es barato, aunque para maniobrar...

Lara no sabía que él conduce. Tampoco se le ha ocurrido preguntárselo en ninguna de las conversaciones de madrugada que han salpicado sus noches de las últimas semanas.

Durante un minuto se dedican a terminar sus respectivos menús, ya fríos. La conversación requiere una tregua.

—¿No vas a mirar mi mensaje pendiente? —Lara adorna sus palabras con un cautivador tono de intriga—. A lo mejor tienes ahí más datos sobre mí...

Wilde deja de masticar.

—¿En serio? —se ha tapado la boca mientras preguntaba.

Alarga un brazo hacia su móvil, pero se detiene justo antes de rozarlo.

—Resistiré —dice—. Me he jurado olvidarme del teléfono durante toda la cena. No quiero perder ni un minuto de los que tengo contigo. Sea lo que sea, lo leeré cuando nos separemos —se queda pensando unos momentos—. ¿O tu invitación era una trampa para ver si soy un adicto al móvil?

—No, no lo era. Aunque con tu respuesta acabas de fastidiarme un juego que pensaba proponerte.

Wilde deja su servilleta sobre la mesa.

—¿Un juego? Creo que de nuevo te intentas adueñar de esta cita... ¿En qué momento he perdido el control? —ríe—. Dime qué tramas, Lara. ¿A qué juego te refieres?

En realidad, lo que pretende ella con la idea que se le ha ocurrido es descansar un poco de la presión que le provoca la charla y, al mismo tiempo, lograr más información sobre Wilde.

—Cada uno elige un número del uno al diez —explica— y el otro tiene que enviarle la foto que corresponda con ese número empezando a contar desde la última de las que tiene guardadas en el móvil —ella toma su teléfono—. ¿Me dices un número?

Wilde ha clavado sus ojos en los dedos de Lara, que ya se deslizan sobre la pantalla de su móvil.

Capítulo nueve

Barranco de Sorts. 30 de junio, 22:00 h

—Si no nos encontramos ante el suicidio del ex de Lara Grávalos —avisa el forense, los dos de pie en el área iluminada por el resplandor de las luces del coche patrulla—, si se trata de su asesinato, hay que empezar ya a buscar sospechosos.

Irene es muy consciente de ello. El término «asesinato», en efecto, impone un ritmo mucho más frenético que el de las muertes accidentales o los suicidios. Los crímenes implican siempre una cuenta atrás. La subinspectora lleva un rato pensando al respecto, mientras observa el baile de haces de luz en medio de la noche que, con sus linternas, provocan sus compañeros al acordonar a mayor distancia la zona de terreno que rodea el cadáver. En realidad, el giro que ha dado ese caso la lleva a otro interrogante igual de importante:

—Aceptando la hipótesis del asesinato —responde—, lo primero que debemos averiguar es el móvil del crimen. Localizar sospechosos nos resultará más fácil si logramos entender por qué alguien ha querido acabar con la vida de este muchacho.

La teoría del suicidio arrojaba una motivación muy evidente: Jordi Vila decide materializar su amenaza para castigar a Lara Grávalos y el detonante es la cita que ella ha concertado esa noche. Sin embargo, si el ex no se ha tirado voluntariamente del puente, nada cuadra.

—El robo hay que descartarlo —señala Carlos Millán—. Entre los efectos personales que se han recogido de la víctima hay una cadena de oro que llevaba colgada del cuello.

—Cadena que nadie se ha llevado. Estoy de acuerdo, no se trata de un robo. Además, ¿qué ladrón se quedaría con un móvil roto? Pero, entonces...

Irene se pregunta qué pintaba Jordi Vila esa tarde en un lugar tan solitario como aquel. ¿Lo sorprendieron en el puente sus agresores (si es que eran varios), habían ido todos como grupo de amigos o lo llevaron hasta allí para acabar con él, en plan ejecución? La ausencia de vehículos en la escena del crimen le hace pensar que no acudió solo, aunque esa posibilidad tampoco

implica que lo llevaran a la fuerza.

Un agente llega entonces hasta ellos. Desde la comisaría han facilitado información sobre Jordi Vila: aparte de la reciente denuncia por acoso, no tiene antecedentes penales. Nada turbio en su pasado que haya dejado rastro. Ni una multa. Hasta su ruptura con Lara Grávalos no consta ningún episodio oscuro en su vida.

—¿Sabemos a qué se dedicaba? —Irene necesita más datos.

—Según consta en la información recogida tras la denuncia —responde su compañero—, trabajaba como mecánico en un taller.

Esa información no arroja ninguna luz.

—¿Drogas? —se plantea Irene ahora, en voz alta—. Eso justificaría una cita en un lugar como este... y el final que ha tenido.

A menudo el narcotráfico suele derivar en ajustes de cuentas.

—No creo que viniera aquí a comprar sustancias ilegales —opina el forense—. Parece un chaval sano. El examen físico que le he realizado me lleva a pensar que no era consumidor habitual de drogas, aunque para afirmarlo con seguridad tendría que hacerle los análisis pertinentes. Desde luego no se pinchaba, eso sí te lo garantizo. No tiene marcas de jeringuillas en la piel.

—Según tu opinión no era consumidor y según la mía no era un camello.

La subinspectora se ha quedado observando una de las manos del cadáver. Sucia de sangre y tierra, cubierta de rasguños. Imagina las uñas de esos dedos en un día cualquiera, manchadas de la grasa negra de los motores.

—Sabemos que este muchacho trabajaba —revisa en voz alta—. Por tanto, viendo la edad que tiene, había dejado ya de estudiar. Es un currante, sin más. Ropa normal, ejercicio físico. Sin embargo, los jóvenes que trafican suelen hacer ostentación de dinero: ropa de marca, zapatillas caras, móviles de última generación. Y pasan de trabajar.

Los otros agentes también les han facilitado el domicilio habitual del chico: vivía con sus padres en una zona humilde de Barcelona, en la periferia.

—Su casa está muy lejos —susurra Irene—. ¿Cómo y por qué vino hasta aquí? Qué mal me sienta que los muertos no hablen.

El forense traduce esos interrogantes de acuerdo con la versión de la subinspectora:

—¿Por qué matarlo aquí y, sobre todo, por qué esta tarde?

Irene se muerde un labio, como acostumbra a hacer cuando reflexiona.

—No puede ser casualidad que esto haya ocurrido justo horas antes de la

primera cita de su expareja.

El doctor Millán apoya esa sospecha:

—Un joven que nunca ha tenido ningún problema con la ley hasta la ruptura con su novia, que se mueve lejos de esta zona... ¿y justo el día en que su expareja decide quedar por primera vez con otro chico aparece muerto?

—Hoy es viernes. Esta tarde tendría que haber estado trabajando en el taller —Irene no encuentra ninguna lógica—. ¿Qué hacía aquí, a quince kilómetros de Barcelona? No hay nada que ver, ninguna razón por la que venir.

«Vino a morir», piensa ella. «Aunque no lo supiera».

* * *

Residencia universitaria. 25 días antes

—Ha pasado más de un mes desde que contactaste con Lara G —dice Fran, mientras caminan en dirección a la residencia— y ya nos sabemos de memoria cada foto de su Instagram. ¡Necesitamos un avance! ¿Te sientes preparado para intentar una cita presencial con ella?

Gerard niega con un movimiento tan brusco que parece que se le va a desencajar la cabeza.

—¿Estás loco? ¡Es muy pronto para eso!

—Hombre, muy pronto, lo que se dice muy pronto...

—Recuerda que hace treinta y cinco días ni siquiera nos conocíamos.

—Qué precisión.

—Es lo que hay.

—Vale, ¡pero desde entonces habéis hablado casi todas las noches! Mira la cara de sueño que tienes, Gerard... Al final van a empeorar tus notas, ya nunca te acuestas antes de la una o las dos.

—Y tú tampoco.

Fran acepta esa acusación:

—Cuando me comprometo a algo, me lo tomo muy en serio. Soy tu aliado —exagera el tono dramático—, estaré a tu lado hasta el final.

—Te lo agradezco, ya lo sabes. Aunque —Gerard lo señala con un dedo acusador— creo que tú lo haces por morbo, no por amistad. A mí no me engañas, ¡estás disfrutando!

Fran pone cara traviesa.

—Es que este lío tuyo mola. ¡Te prefiero a cualquier serie de Netflix! Y

conste que es todo un cumplido.

—No sé cómo te aguanto —Gerard le da un puñetazo suave en el hombro—. Mi tragedia es que te necesito en esto, no tengo más remedio que recurrir a un mal amigo como tú. Sin ti no me habría atrevido a hablar tanto con ella.

Fran se le queda mirando.

—Flipo contigo, Gerard. Te cuidas, estás bien, seguro que tendrías éxito con las tías si le echaras un poco de cara al asunto. ¿Cómo es posible que seas tan tímido?

Wilde se encoge de hombros.

—Me pongo muy nervioso. Si no fuera por tus sugerencias, mis mensajes darían pena. Lara ya habría pasado de mi juego, seguro. Nunca he sabido venderme y la gente tiene demasiada prisa.

Fran suspira.

—Me siento como una especie de Cyrano de Bergerac, aunque en vez de versos lo que te preparo para que logres conquistar a tu amada —vuelve al tono dramático— son tuits más o menos ingeniosos con un toque de romanticismo. La receta perfecta.

—Pero la información que ella tiene sobre mí es verdadera —se apresura a aclarar Gerard—. No le hemos mentado en nada. Lara me está conociendo tal y como soy.

—Al menos la parte que estás dispuesto a contarle sobre ti.

—Vale —acepta él—, es verdad. Le faltan muchos datos, pero conoce de mí lo esencial: mis sueños, mi forma de ser, mi edad. Y en eso tú no has intervenido.

Fran entiende que esa cuestión es importante para su amigo: la convicción de que no la están engañando. Si Lara G continúa hablando con Wilde es porque le ha interesado su personalidad auténtica. El papel de Fran consiste en que los mensajes reflejen cómo es su amigo en realidad. Solo así, si llega a producirse el encuentro presencial, se evitarán las decepciones. Y solo así, si ella termina enamorándose, lo habrá hecho del genuino Gerard. Pero para ello es imprescindible que la intermediación de Fran sea neutra.

—Cierto —dice él—. Solo soy un mediador, pero tampoco debes eternizarte en esta fase de intercambio de mensajes.

Gerard se cansa de la insistencia de su amigo:

—¡No me agobies! No soy como tú, asúmelo. Necesito ir a mi ritmo.

—Y yo, ¿cómo soy?

—Para ti mis conversaciones con Lara forman parte únicamente de la estrategia.

Ahora Fran sí se queda sorprendido.

—¿Y para ti no? Al final va a resultar que lo único que pretendes con ella es hablar...

—Para mí no —Gerard ha respondido sin titubeos—. Yo ya estoy disfrutando, Fran. Cada nueva charla con ella me hace feliz. Cada palabra que me dirige, cada pensamiento que me dedica...

Fran se lleva las manos a la cabeza.

—Estás pilladísimo, tío. Nunca te había visto así.

—No te haces idea. A estas alturas, creo que, si no me hablara alguna noche, no lograría dormir. Necesito sus palabras, su atención. Necesito convencerme de que Lara piensa en mí durante el día como me ocurre a mí con ella. La veo hasta en cada página de los libros de la carrera cuando me pongo a estudiar.

Fran mantiene su perplejidad.

—Cuando recuerdo que aún no os conocéis en persona...

—Yo tampoco imaginaba que de las redes pudiera nacer un sentimiento tan fuerte, pero es así. Te lo juro, estoy completamente enganchado a ella. Por eso no quiero cagarla, Fran. Paso de correr.

—De acuerdo, de acuerdo —su amigo se rinde a la evidencia—. ¿Y cuánto tiempo va a durar esta fase de charlas nocturnas?

Gerard se encoge de hombros.

—No sé. Lo que tenga que durar.

Fran gruñe.

—¿Y cómo adivinaré si lo que te frena para dar el siguiente paso es el miedo escénico, si debo empujarte un poco o respetar tu ritmo?

Gerard no sabe qué responder a eso.

—Me conformo con ir avanzando poco a poco. Ya veremos.

Capítulo diez

McDonald's de Sants. 30 de junio, 22:45 h

Lara ha alcanzado a percibir una reacción excesivamente cauta en Wilde. ¿Acaso él teme desvelar demasiada información con sus fotos? ¿O es que guarda en el teléfono imágenes que no quiere mostrar ni siquiera a cambio de las suyas?

—¿Qué pasa? —ella ha detenido sus dedos sobre la pantalla del móvil—. ¿Tan difícil es elegir un número del uno al diez? Estoy esperando.

Wilde vacila:

—No es eso, es que...

—No te convence mi juego.

—Mataría por conseguir fotos tuyas.

—Pero si tienes mi Instagram...

Wilde esboza una sonrisa de tiburón.

—Las fotos que no te atreves a publicar son las que más me interesan, Lara.

Ella se echa a reír.

—¡Qué peligro tienes!

—Es parte de mi encanto.

Lara decide seguirle la broma:

—¡Entonces ánimo a jugar! Basta con que me digas un número. A lo mejor te toca una de esas fotos que no he compartido con nadie. Pienso enviártela, sea la que sea.

Y, a continuación, tendrá que hacerlo él. Wilde recupera la firmeza:

—No. Ya te he dicho que durante esta cena no quiero nada que no sea real. Paso de mirar el móvil hasta que nos echen de aquí. Esta noche, no.

—¿Seguro? —Lara orienta su teléfono hacia él, tentadora. En su pantalla se distingue una cuadrícula de imágenes diminutas.

—Seguro. Jugaremos a eso cualquier otra noche, quiero hacerlo.

Lara meneaba la cabeza.

—No sirve, Wilde. Tiene que ser presencial para que ninguno elija su foto. Hay que enviar la que corresponda con el número. Sin trampas.

—Perfecto, me acabas de ofrecer la excusa perfecta para volver a quedar contigo.

Lara se echa a reír.

—¿Cómo le das la vuelta a todo! ¿Entonces nada? ¿En serio?

—Prefiero seguir hablando, Lara. Si no te importa.

¿Cómo negar algo a esa voz suave que susurra, a esos ojos que te observan como si no existiera nada más en el universo? Lara cede:

—Vale, vale. De acuerdo. Sigamos hablando. ¿Qué nuevo tema de conversación te apetece sacar?

Wilde lo piensa.

—Te veo muy lanzada —señala—, así que propongo la fase de la pregunta incómoda. Después, pedimos algo de postre para recuperarnos. ¿Te atreves?

«La pregunta incómoda» implica entrar en temas delicados. Wilde ha subido la apuesta.

—Adelante —accede ella, con menos seguridad de la que aparenta—. Empieza tú.

Prefiere dejar a Wilde la iniciativa, una maniobra que le permite preparar mejor sus intervenciones.

Ambos se sostienen la mirada durante unos segundos de silencio, como si mantuvieran un pulso. No hay límites en esa prueba, salvo los que impone el juego que los ha llevado hasta allí.

—¿Por qué has estado saliendo con un tipo como Jordi Vila? —suelta Wilde—. No lo entiendo.

A Lara se le corta la respiración. No esperaba que él escogiera un asunto tan espinoso, pero ahora es tarde para arrepentirse.

—Yo... Hemos estado un año juntos —busca unas palabras que se resisten a salir de su boca—. Al principio, él no era así. Fue cambiando. Nos conocimos una noche, yo estaba con unas amigas celebrando un cumpleaños. Se acercó y se puso a hablar conmigo. Era guapo, gracioso. No lo vi tan crío como los chicos que suelen interesarse por mí. Pero luego cambió.

—Lo siento, Lara.

—Me enamoré de alguien diferente. Te lo aseguro.

—¿Alguien que no existía?

Lara baja la mirada.

—Yo creía que sí, que era auténtico. Pero, por lo visto, se trataba solo de una pose para conseguir salir conmigo. Cuando lo logró, empezó a mostrarse

tal como era de verdad.

Wilde se ha puesto muy serio.

—Y lo que viste no te gustó.

Lara recupera recuerdos poco agradables.

—Al principio no quise darme cuenta, yo misma justificaba ciertos detalles que me hubieran debido advertir de algo. Todo fue a peor. Supongo que estaba demasiado emocionada con él.

—Eso dice mucho de ti.

—¿Que soy tonta?

—No, que eres honesta cuando te entregas a alguien. Que confías, que eres generosa.

—Pues sale caro.

—Nunca hay que aguantar ese tipo de cosas —Wilde le acaricia una mano sobre la mesa— pero espero que esa experiencia no te cambie, que no pierdas tu visión amable de la gente. Eso sí sería una lástima. Lara, te mereces mucho más.

—No quiero que me vuelvan a hacer daño.

—Quien no te respeta no te merece. Yo quiero tratarte bien, de otra manera. No todos somos como ese imbécil y tú no tienes por qué soportar eso de nadie. De nadie.

Ella calla unos segundos.

—Eres todavía un extraño para mí —Lara camufla sus verdaderos sentimientos. Prefiere ocultar su punto débil y fingir una repentina frialdad que, sin embargo, ya no resulta creíble—. No voy a ponértelo tan fácil.

—Deja que me acerque a ti como está ocurriendo esta noche. Te demostraré que yo soy diferente.

Ella ha dejado de escucharle, inmersa en episodios tristes que alberga su memoria.

—Al final no reconocía a Jordi, ¿sabes? —confiesa, impresionada—. ¡Nos habíamos convertido en dos desconocidos! ¿Cómo es posible?

Wilde la toma ahora de las manos.

—Terminasteis como extraños —dice—. Nosotros hemos empezado al revés: primero como extraños y poco a poco vamos a ir conociéndonos. El final será mucho mejor, Lara. Te lo prometo.

—Quiero creerte, Wilde. Pero es tan reciente la ruptura con Jordi...

—Estoy dispuesto a ir poco a poco. Esperaré.

—Gracias.

—Prueba superada —anuncia entonces él, con una voz mucho más enérgica, mientras ella se recupera de la confidencia—. Te toca preguntar.

Lara quiere cambiar de tema, así que no tarda ni un segundo en formular su pregunta:

—Me parece raro que un chico como tú no tenga novia. ¿Necesitabas montar este juego para encontrar a alguien? O es que hay algo de ti que no es tan perfecto...

El semblante de Wilde adopta una expresión maliciosa.

—Veo que sigues buscando mi retrato de Dorian Gray.

* * *

Barranco de Sorts. 30 de junio, 22:20 h

La subinspectora ha conseguido relacionar un detalle importante del caso:

—Quien ha acabado con Jordi Vila pretende que creamos que se trata de un suicidio, luego es alguien que estaba al tanto de su amenaza.

El doctor Millán abre mucho los ojos:

—¡Es cierto! Esa persona tenía que saber que el ex había amenazado con suicidarse y seguramente se ha aprovechado para matarlo sin levantar sospechas.

Irene asiente.

—Contaba con que no se investigaría mucho, dados los antecedentes.

—Cómo se ve que no te conoce.

Ella continúa hilvanando cabos sueltos:

—¿Y a quién contaría Lara Grávalos el acoso que estaba sufriendo? ¿Quién está al corriente de la advertencia de Jordi Vila?

—Tienen que saberlo las personas de su entorno: amigos, familia...

—Y esa persona con la que quizá está empezando una relación.

El forense asiente:

—Cierto. Es muy probable que también se lo haya dicho.

Irene se toma una pausa antes de reanudar sus observaciones.

—Hay algo más.

—¿El qué?

—Si el asesino ha decidido matar a Jordi Vila precisamente hoy, es que

también sabía que esta noche Lara tiene su primera cita. Al fin y al cabo, para que funcione la teoría del suicidio debe llevarlo a cabo: en este caso, que Lara haya quedado con alguien.

El doctor Millán se seca la frente con su pañuelo. Su camisa muestra unos amplios cercos de sudor a la altura de las axilas.

—¿Y los últimos tuits? —objeta—. Recuerda que ya insinúan algo... Los ha podido leer cualquiera de los seguidores de Lara Grávalos.

—No sé si comunican lo suficiente para provocar algo tan brutal como esto —Irene se muerde el labio otra vez—. La persona que ha acabado con Jordi Vila tenía que disponer de datos muy concretos, este no parece un crimen donde alguien se haya dejado llevar por la intuición. Fíjate en que incluso cabía la posibilidad de que esos tuits fuesen un farol. Los jóvenes emplean a menudo las redes para construir vidas paralelas que poco tienen que ver con su realidad.

—Pero tú sí das credibilidad a la cita que ella insinúa en sus mensajes.

—La muerte de Jordi Vila constituye un buen argumento.

El doctor se rasca la cabeza, pensativo.

—Si descartamos los tuits como detonante, todavía se reduce más el círculo de sospechosos.

—De hecho, si su cita era tan secreta, el filtro nos lleva únicamente a la persona con la que ha quedado.

Carlos Millán sigue cuestionando las suposiciones de Irene:

—Los adolescentes suelen contar sus confidencias a amigos íntimos. Un amor secreto es demasiado jugoso como para no compartirlo con nadie.

—Quizá ella sí se lo haya contado a alguien de su círculo de amistades, pero el nivel de obsesión que requiere este homicidio solo lo sufren los protagonistas directos. La complicidad de los amigos no suele llegar tan lejos.

El forense se ha quedado blanco.

—¿Insinúas que Lara Grávalos ha quedado con el asesino de su ex?

Una teoría que, por increíble que parezca, encaja a la perfección con los hechos. Y Jordi es una víctima fácil: a alguien tan posesivo es fácil tenderle una trampa.

—Matar al exacosador es un modo muy eficaz de lograr una velada sin interrupciones —señala la subinspectora.

—¿Una cena tranquila como móvil para un crimen?

—La realidad supera a la ficción, doctor. La cuestión ahora es por qué tiene

tanto interés esa persona en que nadie estropee su cita con Lara Grávalos.
Hay que localizar a esa chica. Ya.

Capítulo once

Residencia universitaria. 15 días antes

—Otro asalto superado —Fran bosteza mientras se dirige al baño de la habitación—. Ya te queda menos para ganar el combate, querido. Felicidades.

Es la una de la mañana. Nada se oye en el edificio de la residencia, salvo el zumbido tenue de las luces de emergencia que iluminan los pasillos del edificio. Gerard acaba de despedirse de Lara con un último mensaje directo en Twitter, tras casi una hora de intercambio de textos que Fran ha ido diseñando con su habitual puntería. Cada nueva conversación aumenta la puntuación de Wilde ante Lara.

—Me manda besos cuando se despide —comenta Gerard—. Eso es muy bueno, ¿no? Se nota la evolución. Hoy estaba muy cariñosa...

Fran se asoma desde la puerta del baño:

—Ahora lo que hace falta es que esos besos dejen de ser virtuales. ¿Cuarenta y cinco días solo para conseguir emoticonos de beso con corazoncito? ¡Esta vez sí, toca un nuevo avance! Ya queda muy poco para que nos vayamos de vacaciones, el curso se acaba. Esto es una contrarreloj.

Gerard acepta, por fin, esa reivindicación que su amigo no se ha cansado de exigir desde que la chica comenzó a participar en el juego:

—Creo que pronto le lanzaré alguna indirecta para quedar en persona —tiene claro que Lara no va a tomar esa iniciativa, aunque a esas alturas seguro que se muere de curiosidad por conocerlo—. Ha llegado el momento. ¿Satisfecho?

—¿Me lo prometes? —Fran ha vuelto a meterse en el baño.

A Gerard le sigue dando pavor imaginar ese primer encuentro, perder el resguardo de su anonimato, pero es un precio que ahora sí está dispuesto a pagar a cambio de conocerla en persona.

—Sí.

Se escucha el ruido de la cisterna y, a continuación, el del grifo del lavabo. Poco después, Fran cruza de nuevo la habitación y se lanza sobre su cama.

—Me alegro, enhorabuena —lo felicita—. Aunque, a este paso, para cuando quedes con ella habrás cumplido noventa años y, créeme, ninguno de los dos estaréis muy apetecibles. Lo bueno es que podrías intentar que «Viagra» patrocinara el encuentro...

Gerard le tira una almohada a la cara.

—¡Qué idiota eres! No sé cómo te soporto.

—Porque me necesitas.

Los dos se encuentran ya tendidos en sus respectivas camas. Gerard apaga la luz de la habitación y ambos quedan bajo la penumbra que provoca el resplandor de las pantallas de sus móviles. Durante unos minutos, se dedican a consultar sus redes sociales en silencio.

—Fran.

—¿Qué?

Gerard ha dejado su teléfono en la mesilla.

—¿Y si me dice que no? ¿Y si pasa de quedar conmigo?

—Ni de coña. A estas alturas, con ese rollete romántico que has dado a tu juego, Lara G quedaría hasta con el Carnicero de Milwaukee si creyera que es su Wilde.

—¿Seguro?

—¡Duérmete ya! —Fran activa la alarma de su móvil y coloca el teléfono en un estante junto al cabecero de su cama—. Mañana tenemos clase los dos...

—¿Te puedo hacer una última pregunta?

—¡La última!

Gerard tiene los ojos clavados en el techo. Sueña despierto, recrea su futura primera cita con Lara.

—Si llegamos a quedar..., ¿cómo venceré mi timidez cuando aparezca ella? Vale que lo que sabe sobre mí es cierto, pero... ¿y si soy incapaz de pronunciar una palabra delante de Lara? Pareceré imbécil.

—Pues espabila —responde Fran—, porque cuando llegue ese momento yo no podré ayudarte.

—Se dice fácil...

—¿Es que también vas a pedirme que esté presente en vuestra primera cita? Te tomas una tila y adelante.

—Madre mía —Gerard se siente poco convencido—. No me creo que ese día esté a punto de llegar.

—Tranquilo —Fran lo mira en la oscuridad—. Saldrá bien. Lara G te hace

mejor, ¿tendrías que verte cuando hablas de ella! Es tu inspiración, ¿no? En cuanto la veas, se te irá todo el miedo y brillarás. Quedará impresionada.

—¿Tú crees? ¿En serio?

El tono de Gerard tiene más de súplica que de pregunta.

—Sí. Estarás a la altura. La inseguridad solo dura el rato de antes, pero cuando Lara G aparezca... Además, lo más seguro es que ella esté tan nerviosa como tú. Qué escena tan bonita, los dos pareciendo idiotas. Eso une mucho.

—Cuando todo esto acabe, recuérdame que te dé una paliza.

—Lo haré —Fran cierra los ojos y se vuelve hacia la ventana del dormitorio —. Mira, Gerard: siendo honesto, pensé que tu plan no funcionaría, que no llegarías tan lejos, pero reconozco que la chica ha respondido bien hasta ahora. Si consigues que ella acuda a una cita presencial, es que está verdaderamente interesada. Tendrás el partido a tu favor.

* * *

Barranco de Sorts. 30 de junio, 22:40 h

—Para confirmar al cien por cien la identidad del cadáver necesito unas horas —se lamenta el doctor Millán mientras esperan, apoyados en su coche —. Al menos ya he comunicado al juez las últimas novedades, así que muy pronto estará aquí. Podremos llevarnos el cuerpo al Instituto de Medicina Legal.

Irene descarta la utilidad de ese procedimiento con un movimiento de cabeza.

—No disponemos de tiempo si existe la posibilidad de que la chica esté con el asesino de su ex. Cada minuto juega en su contra.

Lara Grávalos podría correr peligro. La imagen de la joven violada y asesinada que encontraron la semana anterior brota con nitidez en la memoria de Irene. Alguien capaz de matar es capaz de muchas otras cosas. ¿Qué pretenderá el autor de ese crimen? ¿Quién es? ¿Qué perfil tiene? ¿Ve en Lara una conquista o una nueva presa?

—¿Entonces? —Carlos Millán aguarda nuevos movimientos—. Lo siento, yo no puedo hacer nada más desde aquí.

Eso ya lo sabe la subinspectora, que analiza su siguiente paso. Cualquier error los apartará de Lara Grávalos, dejará a la chica a merced de la persona

que ha acabado presuntamente con la vida de Jordi Vila. Irene duda, es mucha responsabilidad. Imagina a la joven en ese preciso instante: ilusionada, llena de confianza, disfrutando de la velada con alguien sin sospechar que quien la acompaña quizá tenga las manos manchadas de sangre.

¿Y si esa persona no ha tenido suficiente con la ejecución de Jordi Vila?

¿Y si su verdadero objetivo es la chica?

Por fin, llega uno de los agentes hasta ellos y entrega a Irene Castell un papel con el móvil de Lara Grávalos.

—Ten cuidado con tu llamada —observa el forense—. Si realmente está con el asesino, en cuanto ese tipo note algo raro en su reacción...

La subinspectora ha tenido en cuenta esa circunstancia:

—Simularé que no la oigo bien —explica, mientras pulsa las teclas del teléfono—, que hay mala cobertura. Le pediré que salga a la calle para hablar. Tenemos que separarla del desconocido hasta que lleguemos, pero sin ahuyentarlo.

Dos agentes aguardan cerca, en uno de los coches patrulla, atentos a la comunicación por radio. Avisarán de inmediato a comisaría para que envíen efectivos al lugar donde se encuentre la joven.

—Confíemos en que tenga cobertura y no haya apagado el móvil —el doctor cruza los dedos—. Si no conseguimos localizarla...

Irene se ha llevado el teléfono a la oreja y aguarda. A los pocos segundos escucha, con alivio, cómo suena su llamada al otro lado. Una, dos, tres veces.

Empieza a preocuparse. ¿Por qué no responde?

—¡Contesta, maldita sea! —grita al escuchar el quinto tono—. ¡Por tu bien!

Seis, siete, ocho. Nada.

La subinspectora cuelga y vuelve a llamar. A su alrededor se ha impuesto un silencio tenso. Nadie habla.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco. Nada. Lara Grávalos sigue sin responder. Salta el contestador.

—¡Mierda! —Irene se dirige a sus compañeros—: ¡Pasadme el teléfono de la familia!

Al ser la chica menor en el momento de interponer la denuncia, los padres también tuvieron que dejar sus datos en comisaría. Cuentan con el fijo de casa y un número de móvil. La subinspectora llama al segundo y espera con la mirada clavada en un horizonte que ha ido oscureciéndose casi tanto como el panorama que se cierne sobre la muerte de Jordi Vila.

—No me lo puedo creer —susurra, al cabo de unos segundos—. Lo tienen desconectado.

Prueba ahora con el fijo, que sí da señal. Sin embargo, nadie contesta tampoco.

Irene maldice los viernes noche.

En el fondo, era una maniobra desesperada. Tanto ella como el forense son conscientes de que hay muy pocas posibilidades de que los padres estén al tanto de los detalles de la cita de Lara. No obstante, al menos ellos habrían podido dirigirlos hacia las amistades de su hija.

—Hay que actuar ya —murmura la subinspectora—, pero necesitamos más información.

Irene se esfuerza por mantener la frialdad mientras atiende, desde su posición, a la llegada del segundo coche patrulla: acaban de traer al pastor, tras encontrarlo en la granja a la que se dirigía cuando descubrió el cadáver.

Las sirenas encendidas de los vehículos policiales, con el sonido desactivado, derraman un resplandor azul sobre la noche que los rodea.

—Olvídate de ese interrogatorio —dice el forense—. No aportará nada.

—Lo sé. Es una formalidad —Irene extrae su móvil del bolsillo—. No dedicaré mi atención a eso. No, sabiendo que cada minuto que pasa acerca el final de la cita de Lara. Ojalá hayan quedado tarde, eso nos daría más margen.

Un deseo poco realista, teniendo en cuenta la juventud de la chica.

—Debo reconocer que el momento de esta muerte cuadra con tu hipótesis —Carlos Millán, que como buen científico no ha perdido su capacidad analítica en ningún momento, reanuda sus propias deducciones—: se ha producido con la suficiente antelación como para que el asesino acuda después al encuentro. Incluso con tiempo de sobra para borrar rastros.

—Eso es lo que me preocupa.

Irene ha accedido a Twitter desde su propio móvil. Comprueba que Lara Grávalos no ha vuelto a publicar ningún tuit desde el último que ya leyeron y que la chica escribió a las ocho de la tarde. ¿Consultará su teléfono durante la cena? ¿Llegará a ver las dos llamadas perdidas? Ni siquiera entonces tendrían garantías de que las devolviera a tiempo, pues el número entrante es desconocido para ella.

La subinspectora graba el teléfono de Lara Grávalos en la agenda de su móvil y le envía un mensaje a través de WhatsApp: «Lara, hemos intentado contactar contigo. Llámame en cuanto leas este mensaje. Es MUY urgente». Se

trata de una forma de comunicarse con ella más discreta, que reduce el riesgo de alertar a su acompañante. Lo último que tienen que hacer es poner nervioso al sospechoso, despertar su suspicacia. Por eso Irene no se ha identificado como policía en el texto, aunque sí ha mencionado el nombre de la chica para personalizarlo.

—¿Y por qué no intentamos localizar su móvil vía GPS? —propone el forense.

Irene consulta su reloj.

—Son casi las once y ni siquiera sabemos si ella tendrá activado ese dispositivo en su teléfono. No hay tiempo. Además, nos hace falta una clave que no sabemos cómo conseguir.

—Cierto.

La subinspectora comienza a pasear en círculos.

—¿Dónde habrán quedado para cenar? —su pregunta suena a reproche—. En Barcelona hay más de dos mil restaurantes.

Porque tiene que ser una cena. A Irene no se le ocurre otro plan para un encuentro nocturno de esa índole.

—Si lo ha elegido el asesino, no será ningún restaurante especial —Carlos Millán se afloja aún más el nudo de la corbata—. Nuestro sujeto necesita un lugar donde pasen desapercibidos si tiene otras intenciones aparte de disfrutar de la velada con ella.

—Lo que daría por saber si Lara Grávalos ha acudido a una trampa —concluye Irene—. Por averiguarlo a tiempo.

Capítulo doce

McDonald's de Sants. 30 de junio, 23:05 h

Wilde se sienta después de traer los dos *sundaes* de fresa que ha pedido para ellos como postre. Lara se sigue dejando invitar; ya pagará si hay segunda cita.

—He tenido un par de historias, ¿vale? —confiesa él, visiblemente incómodo—. Pero ninguna ha funcionado. Mi récord de duración es de seis meses, con Virginia, mi segunda novia. Lo dejamos hace casi un año. No he vuelto a salir con nadie más.

Lara asiente.

—¿Por qué? ¿Qué ha fallado en esas dos relaciones? Das la impresión de ser la pareja perfecta... Eso es lo que me hace desconfiar.

Wilde pone cara de disgusto.

—Tienes que seguir entrenando para que tus cumplidos suenen bien.

—Perdona, ya sabes que quiero ser sincera contigo.

—No necesito que lo seas tanto, de verdad.

Lara, que tampoco quiere estropear el buen ambiente de la cena, accede a suavizar su actitud:

—De acuerdo, a mí también me traicionan los nervios. Procuraré ser más... diplomática.

Wilde se lo agradece. Y acto seguido, comienza a responder:

—Empecé a salir con ellas solo porque nos gustábamos, pura atracción física. Y además...

Se ha interrumpido, como si le diera vergüenza continuar.

—¿Qué? —Lara lo anima a seguir—. Te escucho.

—Me cuesta mucho tomar la iniciativa —reconoce él—, soy muy tímido con las chicas. Las dos veces han sido ellas las que han dado el primer paso.

—¿Y eso es un problema? —Lara no da crédito—. ¡Estamos en el siglo XXI! Vale, soy una romántica y me encanta que el chico tenga gestos conmigo, pero de ahí a que siempre tengáis que ser vosotros los que empecéis...

Ella no reconocerá lo bien que le viene esa tradición. Que sean ellos los que

se la jueguen es muy útil.

—Me alegro de que lo veas así —dice Wilde.

—De todos modos —Lara analiza el rato que llevan juntos—, ni por Twitter ni ahora das la impresión de ser tímido. ¡Al contrario! Te manejas muy bien en la conversación y en el cara a cara.

—Es que contigo... no sé, es como si me inspiraras. Lo he pasado fatal esta tarde, mientras esperaba a que llegara la hora a la que hemos quedado. Pero en cuanto te he visto... Tal como dice mi amigo Fran, me haces mejor. De verdad. Yo mismo no me reconozco en tu compañía. Para bien.

Lara se queda sin aliento.

—A ti sí que se te dan bien los cumplidos.

—Es la verdad.

Ella decide aprovechar ese instante de emociones compartidas:

—Contigo yo también me siento mejor, Wilde. ¡Has logrado que durante este último rato me olvide completamente de Jordi!

—También nos hemos olvidado de los móviles —él echa una ojeada a los dos teléfonos, que siguen acumulando notificaciones en un lateral de la mesa—. Si no contamos tu propuesta de las fotos, claro.

—Claro.

Se ríen.

—Así que relaciones basadas en el físico... —retoma Lara, decidida a completar el interrogatorio.

—¿No ha terminado ya la fase de la pregunta incómoda?

—Necesito un poco más de información.

Wilde cede con gesto de mártir:

—Nos gustábamos y punto. Así fue con las dos. Empezamos a tontear y... lo de siempre. Pero eso no basta si buscas algo serio, me he dado cuenta de que tiene que haber más para que la cosa funcione. Por eso he montado el juego, ¿sabes? Me prometí que la próxima vez sería distinto, que lo último que mostraría sería mi imagen. Y si alguna chica estaba dispuesta a arriesgarse...

—Ahora lo entiendo —Lara experimenta una agradable sensación de seguridad. Ese chico no oculta secretos inconfesables—. Al final va a ser cierto que no hay retrato de Dorian Gray.

—Te lo he dicho antes. Soy el que ves.

—Sí, aunque conmigo no fuiste a ciegas. Pides un trato hacia ti que tú no seguiste al elegirme.

—Bueno...

—No quieres que influya tu físico a la hora de que alguien se interese en ti, y lo comprendo, aunque para elegirme supongo que sí te dejaste llevar por mi foto de Twitter.

—Es verdad.

—No me parece justo.

Lara no contaba con volver de nuevo a ese tema, pero es incapaz de controlarse: cuanto más le gusta Wilde, más impulsos hostiles burbujan en su interior, como si no se atreviese a creer que ha tenido tanta suerte. Tal vez su subconsciente, temeroso, quiere arruinar la cita.

—Ví perfiles de Twitter con fotos de chicas que están muy buenas —se defiende él— y pasé de ellas. ¿Quieres que hablemos claro? Las había más altas que tú, más... espectaculares, sí. Pero te lo repito: no me interesaron. A ti te elegí no solo por la foto, sino después de haber leído muchos de tus tuits, de hacerme una idea de tu forma de ser. Eso fue lo que me convenció, porque eso es lo que buscaba.

«Esto me pasa por preguntar», piensa Lara, a quien la comparación con otras chicas más «espectaculares» la ha alcanzado en la línea de flotación.

—Vale —acepta a regañadientes—. Y eso es lo que tú me ofreciste para que aceptara el juego: tu personalidad.

—Exacto. También puedes encontrar en Twitter perfiles con fotos de tíos mucho más buenos que yo y aquí estás. Con esta cita todo ha quedado más equilibrado. Ahora sí.

Lara admite que Wilde argumenta bien. Otra de sus habilidades. Lo tiene todo muy pensado. Muy... calculado. Decide formular una última cuestión:

—¿Y consideras, después de estos dos meses y de nuestro primer encuentro real, que has acertado con tu experimento?

—¡Sí! —la respuesta de Wilde, que ha recuperado su entusiasmo, ha sido tajante y rápida; no ha tenido que pensarlo—. Sin apenas conocerte, ya sentía por ti más que lo que sentí saliendo durante meses con Virginia. Y esta cena está siendo... —resopla— una pasada.

Lara comprende sus palabras demasiado bien. Ganas le dan de agradecerle que la eligiera, que se atreviese a dirigirse a ella con una propuesta tan especial, pero se contiene.

—Enhorabuena —le felicita—, tú también has superado la fase de la pregunta incómoda.

El semblante de Wilde se ilumina.

—A por la siguiente prueba, entonces.

Por la hora que es, ambos saben que se aproximan a la recta final de esa cita «inaugural».

Los dos empiezan a comer el postre. Lara aprovecha para fijarse en los exquisitos modales que muestra Wilde y que contrastan con la sencillez de un escenario como el McDonald's. Observa la elegancia con que su mano izquierda sostiene y eleva la cucharilla al tomar el helado. Se aprecia cierta distinción incluso en la forma que tiene el chico de llevarse a la boca la servilleta, como si en vez de un trozo de papel fuera una tela bordada y ellos estuvieran en un banquete.

Lara también se pregunta de dónde ha salido un tipo así... y por qué ha tardado tanto en aparecer en su vida.

* * *

Residencia universitaria. 10 días antes

—Así que tiene un ex...

Gerard acaba de terminar la comunicación con Lara. Se ha girado hacia su amigo con cara lúgubre.

—No te preocupes, eso es positivo —valora Fran—. Las chicas son más vulnerables cuando se encuentran en fase «posruptura sentimental».

Fran. Siempre tan pragmático.

—Todo lo conviertes en parte del plan —Gerard sale de la aplicación de Twitter—. Serías un gran director de campaña para algún político, ¿sabes?

—Gracias —Fran interrumpe la partida que está iniciando en la consola—. ¿Qué inconveniente ves tú en que haya un ex? Peor sería que no lo hubiese porque ella siguiera saliendo con ese tal Jordi. ¡Ahora, en cambio, está libre para ti!

—Pero es que el ex tiene pinta de ser un tipo de esos que no aceptan el final de la relación —Gerard se ha quedado muy inquieto—. Recuerda lo que Lara me ha contado: no hace más que recibir llamadas y mensajes suyos para que vuelva. ¡Ha tenido que denunciarlo por acoso!

—Y él ha reaccionado bien, por lo visto. Se han reducido sus intentos de contactar con la chica, ¿no?

—Vaya consuelo.

Fran insiste en restar importancia a esa novedad:

—Además, no se trata de mensajes agresivos contra ella. Parece inofensivo, no ha llegado más lejos. Según ha dicho tu señorita G, su ex simplemente la está agobiando con lloriqueos en plan que no puede vivir sin ella y ese tipo de cosas. Qué falta de deportividad.

—¿Simplemente? ¡Hace ya varios meses que cortaron! —Gerard se niega a menospreciar el riesgo—. Seguro que muchos maltratadores han empezado así. ¿Dónde está el límite?

Fran suspira.

—Eso no es algo relevante ahora, compañero. A ti lo único que debe importarte es que esta situación te coloca muy oportunamente como el héroe que va a rescatarla de su soledad.

A Gerard no le entusiasma esa perspectiva:

—Solo me interesa que Lara participe en el juego si su decisión es libre.

—¡Venga, no seas tan exigente! No tiene nada de malo que las circunstancias te echen una mano. Es el destino, ¿no? Si ella accede a quedar contigo, será mérito tuyo porque tú lo has provocado. Nadie queda con un desconocido para huir de un conocido.

—¿Seguro?

—Seguro.

Gerard se queda callado, aunque su silencio no implica calma. Sigue dando vueltas a las últimas noticias sobre Lara. Hay mucho en juego, no va a conformarse con la visión optimista de su amigo.

—Ahora que hemos avanzado tanto —se queja—, me encuentro con esto. Será mejor que ese tío no se interponga en mi camino...

Fran lo observa con curiosidad.

—Casi ha sonado amenazador, Gerard. No conocía esa faceta tuya... y no me gusta.

El semblante del chico se ha afilado y su expresión transmite una fiereza extraña en alguien de carácter tan sosegado.

—No pienso renunciar a Lara si me quiere junto a ella. Haré lo que sea, pero no me apartarán de su lado.

—Creo que estás llegando demasiado lejos —procura serenarle Fran—. Tranquilidad, camarada. Nadie pretende eso y Lara está por ti. No tienes nada que temer.

—Jordi Vila sí lo intentará cuando se entere de lo nuestro —Gerard se pone

en pie de un salto—. Voy a buscarlo en las redes, quiero tenerlo controlado.

Llega hasta su ordenador portátil y lo enciende. Fran, mientras tanto, prueba un giro en la conversación:

—Me está pareciendo que tú lo que quieres es encontrar una excusa para no dar el paso al que te comprometiste hace unos días...

Gerard se vuelve hacia él.

—¡No! Ya te dije que había llegado el momento y cumpliré mi palabra.

—Pues va pasando el tiempo y no he visto ningún movimiento por tu parte.

—¡Estoy preparándome! Incluso tengo varios «bocetos» de mensajes donde le lanzo la invitación. He utilizado poesías de Luis García Montero. Le diré que no son mías, claro. Solo falta que piense que soy poeta y me pida unos versos...

—¡Bravo! —Fran aplaude, deseoso de alejar el asunto problemático—. Te veo con iniciativa. Y sí, siempre hay que citar la fuente si empleas textos ajenos. Incluso en el *ligoteo* hay una ética. ¿Me enseñas esos mensajes?

Gerard vacila, debatiéndose aún entre hacerle caso o rastrear a su adversario en las redes. Finalmente, se aparta de su ordenador y le tiende el móvil con la aplicación de «Notas» abierta.

—¿Cuál te parece mejor?

Fran estudia cada uno de ellos.

—Madre mía, con el tercero hasta yo me acostaría contigo —responde, antes de leerlo en voz alta—:

*«Pero existen lugares intermedios,
pasados y presentes con luz de porvenir,
ciudades de frontera,
barcos anclados en las estanterías
y resplandor de puertos en la noche
y nombres en los mapas.
Lugares intermedios,
madrugadas de junio a veces compartidas
en primera persona del plural.*

¿Nos vemos en un lugar intermedio, Lara? Tal como dice el poema, me gustaría compartir contigo alguna noche de junio, vivirla junto a ti en primera persona del plural. ;-))».

Capítulo trece

Barranco de Sorts. 30 de junio, 23:00 h

El mensaje de WhatsApp tampoco ha funcionado, no consta que Lara Grávalos lo haya leído. Mientras, los demás agentes de policía rastrean internet desde sus vehículos en busca de alguna huella que pueda conducirlos hasta el paradero de la chica. Irene y el forense han vuelto al tramo del puente desde el que presuntamente se precipitó Jordi Vila.

—¿Para qué hemos subido? —pregunta la subinspectora—. No hay tiempo para más trabajo de campo.

Carlos Millán, que ha repasado todas las fotos de su cámara, le pide paciencia con un gesto.

—Deja que tus compañeros se ocupen de la búsqueda. Quiero enseñarte algo que no hemos visto antes y que confirma tu teoría.

El doctor se inclina ante el herrumbroso quitamiedos y orienta su linterna hacia dos leves marcas en su superficie metálica.

—¿Observas que la tonalidad es más clara en esos puntos? —pregunta—. Se nota el contraste.

Irene aproxima su rostro para fijarse mejor.

—Sí, lo veo —la subinspectora empieza a entender—. Ahí el quitamiedos está menos sucio —ella se aparta ahora para asomarse y distinguir, metros más abajo, la silueta oscura del cadáver y, junto a él, la figura del juez que acaba de llegar—. Justo este es el lugar del puente desde el que cayó el chico.

—Exacto. Lo único que explica las marcas en un sitio tan expuesto como este es un impacto contra esa superficie.

—Un impacto doble.

—Eso es: algo chocó con el quitamiedos en esos dos puntos, limpiando de polvo y tierra la zona de contacto. En escenarios exteriores como este todo vuelve a ensuciarse enseguida, así que se trata de un golpe muy reciente.

—Pero no violento —ella estudia de nuevo esos indicios—, porque el metal está intacto. No se ha deformado. El impacto solo ha barrido la suciedad.

—Un impacto doble, no muy fuerte, justo en el lugar desde el que cayó

nuestra víctima...

—Sus piernas —concluye Irene—. Las piernas del chico chocaron contra el quitamiedos.

El forense hace un gesto afirmativo.

—Jordi Vila no saltó. Lo empujaron. Y en ese forcejeo perdió la pulsera.

—Lo que ha ocurrido aquí parece tener firma masculina —deduce la subinspectora—. Buscamos entonces a uno o varios hombres.

—Tú solo piensas en uno, ¿verdad?

Irene asiente tras meditarlo.

—Tiene que ser la persona con la que ha quedado Lara Grávalos. ¿Quién más va a tener motivos para acabar con su ex, precisamente el día en que ella tiene su primera cita?

—¿Su padre o un hermano, para protegerla? Tal vez quedaron con Jordi solo para convencerlo de que no se interpusiera en la nueva relación. Discutieron, llegaron a las manos... No había intención de matar, pero sucedió.

—Reconozco que es una teoría factible. Una familia protectora puede llegar muy lejos a la hora de defender a los hijos. Sobre todo si hay antecedentes de acoso...

El doctor Millán se queda callado unos segundos. Su mente continúa recopilando los indicios que acumulan hasta el momento para, después, jugar con todas las combinaciones que ofrece ese puzle.

—Pues yo no me atrevo a descartar la autoría femenina —anuncia, misterioso.

Irene lo observa, valorando si ese comentario es una broma. El tono profesional con que ha hablado el médico la obliga a tomarlo en serio.

—¿Una mujer empujó a un chico tan atlético como Jordi Vila?

—El quitamiedos está muy bajo y desde él a la caída no hay distancia —analiza el médico, señalando la zona a su lado—. Cualquier leve impulso puede hacer perder el equilibrio a alguien que no esté sobre aviso. Por otra parte, la alta estatura del muchacho lo facilita aún más.

—Ya veo —la subinspectora procura reconstruir los hechos conforme al nuevo planteamiento—. Aun así...

—Una persona de poco peso —continúa el forense—, si actúa por sorpresa, está en condiciones de provocar una caída como esta. Solo tienes que sorprender a la víctima con un empujón firme en el momento oportuno, y el choque con el quitamiedos hace el resto. Una vez has perdido el equilibrio, no

hay asidero posible. Caes.

—¿Pero qué chica estaría dispuesta a...?

El médico, orientando hacia ella su mirada sagaz, la interrumpe:

—¿Por qué has descartado desde un principio a Lara Grávalos como sospechosa?

Esa cuestión logra que la subinspectora pierda la calma:

—¿Pero de qué estás hablando? ¡Ella es otra víctima!

Carlos Millán no se deja llevar por una visión tan indulgente:

—Lara Grávalos es la primera interesada en que Jordi no estropee su cita. Y la denuncia no le ha servido para controlar sus movimientos.

—Veo muy poco probable que una joven de diecisiete años se tome la justicia por su mano de ese modo.

—Piénsalo: ella sí estaba al tanto de que Jordi Vila había amenazado con suicidarse. Podía aprovecharse de esa coartada. Y, sobre todo: ¿quién mejor que Lara Grávalos para conseguir que el chico acuda a un lugar como este? Su condición de exnovia suya la convierte en la única persona capaz de atraerlo hasta aquí.

—¿Insinúas que Lara quedó con su ex horas antes de su cita?

—No se me ocurre un método más eficaz para quitárselo de en medio. Necesita la garantía de que todo va a salir perfecto esta noche... a cualquier precio.

«A cualquier precio».

¿Qué está dispuesta a hacer una joven enamorada para proteger su nuevo amor?

—Nadie le va a arruinar el plan después de todo lo que ha sufrido. Es eso, ¿no?

Irene ha visto ya la cara oscura de ese egoísmo en algunos adolescentes y universitarios.

—Eso es —apoya el forense—. Lara Grávalos no pondrá en riesgo el amor de su vida, si es que considera que lo ha encontrado después de su fracaso con Jordi Vila. Escúchame, Irene: no me parece tan descabellado que ella esté detrás de esta muerte. Piénsalo.

La subinspectora se dispone a reanudar sus objeciones, pero acaba cerrando la boca sin pronunciar palabra. Debe reconocer que, tras esa hipótesis inverosímil, empiezan a encajar algunas piezas: por ejemplo, los tuits indiscretos que ella ha publicado. ¿Qué sentido tiene que haya hecho algo así

con un exnovio denunciado por acoso rondando cerca? Nadie cometería esa estupidez. En cambio, asumiendo su implicación en esa muerte, su actividad en redes sí guarda coherencia: Lara Grávalos debe justificar que su ex estaba al tanto de la cita para que su suicidio encaje. Al mismo tiempo que se delata intencionadamente con ese objetivo, crea un motivo para que él acepte un último encuentro con ella.

—Según tu versión, Jordi se agarra a la última posibilidad de recuperarla —concluye la subinspectora—. Por eso accede a venir hasta aquí, el sitio que le ha propuesto Lara Grávalos para mantener una charla íntima.

—A lo mejor este lugar tiene alguna significación especial para ellos, no sé. En cualquier caso, una vez aquí —la rechoncha figura de Carlos Millán, en mangas de camisa, se desplaza con sorprendente ligereza recreando los movimientos de los protagonistas—, Lara espera el momento perfecto. Jordi se deja llevar por ella hasta este punto, junto al quitamiedos. Quizá Lara le habla del horizonte que se divisa desde aquí arriba...

—Es entonces cuando, aprovechando la distracción, da un empujón a su ex —Irene casi se hace sangre al morderse el labio, así de intenso es el ritmo al que trabajan sus neuronas—. Eso pilló a Jordi fuera de juego. No logra reaccionar a tiempo.

—Y se acabó Jordi. Ya nada se interpone entre ella y su cita de esta noche. Misión cumplida. Lara Grávalos es libre para siempre.

Irene sigue atando cabos:

—Ella no quiere que ni siquiera la policía interrumpa su cita perfecta para comunicarle la tragedia, no vaya a ser que su nuevo amor se asuste. Por eso oculta todo lo que permite la identificación del cuerpo.

—Exacto. Como ves, con mi teoría también tiene lógica que no hayamos encontrado ni el móvil ni la documentación del presunto suicida.

Irene sigue viendo esa reconstrucción demasiado... forzada, aunque empieza a dudar. Su rechazo ha perdido fuerza, se ha convertido en simples reticencias.

—¿De verdad crees que una estudiante tan joven tiene la suficiente frialdad para acabar con su ex y luego ir a cenar tranquilamente? —cuestiona—. Lo que describes es un comportamiento de psicópata.

—¿Qué no se ha hecho a lo largo de la historia por amor? —el forense defiende su postura—. Porque es un crimen por amor. Ya habíamos acordado que el encuentro que mantiene Lara esta noche tiene toda la pinta de ser una cita romántica.

—Eso no te lo discuto.

—Los crímenes más atroces a menudo ocultan motivos de naturaleza sentimental. Y los adolescentes viven con tal intensidad sus emociones...

No es la primera vez que se enfrentan a homicidios de corte juvenil por causas muy similares. El médico sabe dónde atacar.

—Hoy estás muy hablador, Carlos. Y muy creativo.

—No olvides que hace un rato —el forense dispara su último cartucho— has sido tú la que ha dicho que el nivel de obsesión que requiere este homicidio solo lo sufre un protagonista directo. Lara lo es.

Irene carraspea. El doctor ha vuelto en su contra esas palabras. Ahora ya desconfía incluso del hecho de que la chica no haya respondido a sus llamadas ni al mensaje de WhatsApp. ¿No ha podido o no ha querido? Todo es posible.

—De acuerdo —se rinde—, incorporamos tu hipótesis a las otras. Lara Grávalos pasa a ser sospechosa junto con la persona que ha quedado con ella esta noche.

De vez en cuando, Irene dirige ojeadas impacientes a sus compañeros, a la espera de unas novedades sobre la localización de la chica que no llegan. Desde su posición tras el quitamiedos se perfilan bien los coches patrulla con la iluminación fija de sus sirenas, que los recorta contra la oscuridad del paisaje. También se distinguen los movimientos parsimoniosos del juez y de otra silueta que adivina como la del secretario que lo acompaña. Sus linternas los delatan.

—Si resulta que tienes razón y Lara Grávalos es la mala —termina la subinspectora—, no se mostrará tranquila esta noche. Simular miedo es un arma excelente para la seducción. Se hará la víctima, se fingirá vulnerable, aunque en el fondo sepa que es imposible que su ex aparezca. Así, además, prepara un testigo fiable.

—¿Un testigo fiable?

—Llegado el caso, el testimonio de su acompañante de esta noche la descartará ante la policía como sospechosa del crimen, por el miedo que habrá manifestado ella durante la velada a que su ex apareciera.

—Es muy buena jugada. Milimétricamente calculada. Eso —añade Carlos Millán— sí lleva firma femenina.

—Tal vez.

La subinspectora se aparta el cabello del cuello. Su melena corta le da mucho calor y quiere sentir en la nuca el soplo de aire que se ha levantado con

la llegada de la noche.

—Resumiendo —concluye—, tenemos una cena que se está celebrando ahora mismo, en un sitio desconocido, donde cualquiera de los dos comensales puede ser un asesino.

El forense sonríe levemente.

—Y tú que habías empezado quejándote de este caso...

Capítulo catorce

McDonald's de Sants. 30 de junio, 23:20 h

—La red no basta —afirma Wilde—. Siempre pierde frente a la realidad. Lo que se ve no puede competir con lo que... puede acariciarse. Llega un momento en que no es suficiente.

Un momento en que nada es suficiente, salvo el contacto con la piel. Él acompaña sus palabras con un movimiento más comprometido: ha alargado un brazo de nuevo y ahora coloca su mano sobre la de ella. Lara no aparta la suya, como tampoco lo ha hecho en las ocasiones anteriores. Se limita a guardar silencio, aunque es evidente que Wilde espera una respuesta.

—A mí solo..., solo me interesa lo real —murmura ella, por fin—. Wilde, ¿qué quieres de mí?

Lara no sabe a qué velocidad desea ir con él, pero le ha quedado claro que el chico acaba de dar un paso más en la conversación. Ella misma nota un creciente clima de excitación entre ellos que antes no percibía, y sus ganas de besarlo también van en aumento. Se acerca su límite de hora y cae en la cuenta de que no ha decidido todavía cómo quiere que termine esa velada. Ha ido todo demasiado rápido en su lentitud, una impresión absurda que para ella tiene todo el sentido del mundo.

Wilde no ha respondido aún.

—¿Todavía consideras que somos dos desconocidos? —pregunta él.

Lara se dedica a rebañar su vaso del postre para ganar tiempo. Por desgracia, los restos de helado que arrastra su cucharilla no dan para mucho margen. Alza los ojos.

—No lo sé.

Lara ignora dónde está esa frontera. ¿Cuánto hay que saber de alguien para dejar de considerarlo un extraño? ¿Cuánto debe exigir ella para confiar?

«Para entregarle mi corazón», ha estado a punto de pensar. Su inevitable tendencia al romanticismo.

—¿Y si yo te hubiera mentado en algo durante estas semanas? —pregunta Wilde—. ¿Qué habría ocurrido?

Lara se pone en guardia:
—¿Es que lo has hecho?
—No, pero quiero saberlo.
—He aceptado venir esta noche porque has propuesto un sitio muy público. No habría llegado tan lejos si hubiera sospechado que me mentías.
—¿Ni siquiera por curiosidad?
—La gente que miente no me interesa.
—Y te has arriesgado. Por mí.
—A lo mejor he hecho mal, pero tras estos dos meses, lo poco que he conocido de ti me ha hecho querer arriesgarme.
—No has hecho mal, Lara. En la vida también hay que dejarse llevar por la intuición. La vida es aventura.
—Tu cita de Oscar Wilde habla de que hay que vivir otras vidas. ¿Yo soy, entonces, una aventura más para ti?
Él esboza su blanquísima sonrisa.
—Tú eres la aventura definitiva, Lara.

* * *

Residencia universitaria. 5 días antes

—¡Ha dicho..., ha dicho que sí! —comunica con voz temblorosa Gerard, desde su cama—. Estoy flipando. Lara ha aceptado. ¡Quiere conocerme en persona! Esto es un sueño, Fran. ¿De verdad me está pasando a mí?
—¡Pues claro que te está pasando a ti! —su compañero aplaude—. Enhorabuena, lo has logrado... contra todo pronóstico.
—Gracias. En serio. Sin tu ayuda no lo habría conseguido.
Fran se quita importancia con un gesto.
—Te lo mereces, nunca te había visto esforzarte tanto por algo. Reconozco que yo no habría apostado por ti al principio, pero...
—Ha tardado en responder —confiesa su compañero—. Se lo ha pensado.
—Ponte en su lugar. Tú al menos conoces su aspecto, pero ella ha tenido que aceptar fiándose únicamente de vuestras conversaciones. Además —Fran le guiña un ojo—, no habrá querido parecer desesperada por conocerte. Seguro que hubiera respondido en décimas de segundo, pero ha preferido hacerse la interesante. La difícil.
—Lo dudo.

Gerard permanece mirando la pantalla de su móvil sin pestañear, como si el teléfono fuera un ídolo sagrado al que rindiera culto. Para él, en ese momento, no existe nada más en toda la habitación, el mundo se ha desintegrado y solo flotan en el vacío las palabras que acaba de enviarle como respuesta Lara G: «Vale, Wilde. Busquemos un lugar intermedio para vernos».

Las ha leído veinte veces. No se cansa de hacerlo. Su imaginación ya ha empezado a soñar, a recrear ese encuentro en el que ella surge más hermosa que nunca.

De todos modos, Fran esperaba de su amigo una reacción mucho más efusiva ante una noticia de tal calibre. Gerard, sin embargo, se mantiene quieto, casi rígido. No se ha puesto a bailar, ni a gritar, ni a saltar sobre la cama. Su actitud es solemne: procura asimilar lo que está a punto de suceder.

—Esto es muy fuerte —murmura—. Todavía no me lo creo, Fran. Voy a estar con ella.

—Créetelo porque hay que empezar a preparar esa cita. No puedes fallar en el último asalto.

Gerard se lleva las manos a la cara.

—¿Y si la decepciono?

Fran suspira.

—No vamos a empezar con eso otra vez. Me niego. Olvídate de problemas de autoestima. Quedamos en que no le has mentido en ningún momento, ¿verdad? La persona a la que quiere conocer eres tú. No hay nada que temer. Es imposible que falles si te comportas ante ella tal como eres.

—Eso espero...

—Repíteme conmigo: «Estoy muy bueno, soy muy listo, Lara G se va a quedar muy pillada por mí».

Gerard no obedece. Sus pupilas vuelven a recorrer el último mensaje de ella, que le provoca una sonrisa.

Fran, por su parte, ya ha empezado a dar vueltas a los detalles del primer encuentro.

—¿Dónde vas a quedar con ella?

Ese interrogante arranca a Gerard de su ensoñación.

—Tengo que pensarlo. Ni siquiera sé si para comer, o por la tarde, o...

—Cena. Es lo más romántico. Queda con ella por la noche.

—De acuerdo. ¿Conoces algún restaurante chulo?

Fran reflexiona unos instantes.

—Un restaurante caro podría agobiarla —opina—. No elijas un escenario que la distraiga de ti. Lo importante en vuestra primera cita sois vosotros. La sencillez es un punto a favor y además ella tiene que sentirse cómoda, segura. Recuerda que es una estudiante de bachillerato.

—¿Entonces?

—No me mates, pero creo que lo más oportuno sería un sitio tipo McDonald's.

Gerard se queda con la boca abierta.

—¿Un McDonald's? ¿Estás de coña?

—Piensa en quién es ella. Calma. Si todo va bien, ya habrá tiempo de que la lleves a sitios más impresionantes.

Gerard gruñe, poco convencido.

—No era esa la idea que llevaba...

—Me lo imagino, pero debes contenerte —Fran insiste—. Después de lo cauteloso que has sido hasta ahora, no lo estropees llegando demasiado lejos. Además... —hace una pausa dramática— hay una última ventaja que te va a convencer.

—¿Y cuál es?

—Tu archienemigo, Jordi Vila, jamás imaginará que la has llevado allí. Así te evitas el enfrentamiento directo. Al menos de momento.

A Gerard le ha cambiado el rostro. Otra vez su expresión desafiante.

—Ya sabes que lo tengo controlado en Instagram y Twitter. ¡Ese desgraciado no se esconde!

—Tampoco me extraña. Tiene pinta de estar fuerte.

—Yo también. Y si hace falta...

—¡No hará falta siempre que Lara G y tú seáis discretos! —Fran se ha incorporado—. Por favor, escúchame. Si lo tuyo con ella va para adelante, ya solucionarás lo de su ex.

—No pienso correr riesgos —advierde Gerard—. Nadie va a estropear lo nuestro.

—¿Cómo se va a enterar? No seas paranoico. Ahora lo importante es que te muestres como eres: un tío educado y tranquilo. Y en un entorno neutro: el McDonald's de Sants, por ejemplo.

—Vale, vale —Gerard cede a regañadientes—. El objetivo de esta cita es conocernos, simplemente. Supongo que a Lara le dará igual dónde.

«Solo conocernos en persona», se repite para sus adentros. Necesita

recordárselo a sí mismo para frenar la ilusión. No debe quemar etapas. Poco a poco.

—De eso se trata —dice Fran—. ¿Y qué día vas a proponerle?

—¿Mañana?

Fran rechaza la idea.

—Muy pronto. Tú quedas como demasiado impaciente y, además, tienes que dejar tiempo para que ella también se prepare. El viernes.

—¡Pero para el viernes quedan cinco días!

Fran se muestra inflexible:

—Lo superarás. El treinta de junio es una fecha perfecta. Y, al ser viernes, seguro que a tu chica la dejan volver más tarde a casa. ¿Este argumento no te convence?

Gerard se resigna:

—Visto así...

—Y ahora ven —Fran se ha levantado de la cama y llega hasta la de su compañero—. Dame un abrazo. Enhorabuena, campeón. Vas a triunfar.

—Ese capullo de su ex no me lo impedirá.

Fran lo estrecha entre sus brazos, sin percatarse de la expresión severa que muestra el rostro de Gerard.

Capítulo quince

Barranco de Sorts. 30 de junio, 23:15 h

—**H**ay que encontrarla, doctor —avisa Irene—. Rápido. Sea cual sea su papel en esta historia.

Hay que localizarla, sí. Antes de que sea demasiado tarde para alguno de los dos protagonistas de esa cita secreta. La subinspectora no logra desprenderse de una corazonada inquietante: la de que el peligro no ha terminado con la muerte de Jordi Vila.

El mal acecha esa noche.

—¿Por qué el final de este chico no me calma? —refunfuña, mientras bajan del puente ayudándose de la luz de sus linternas—. Claro que quiero detener al culpable, pero eliminado el elemento problemático de la ecuación, que es el acosador, solo debería quedar una velada tranquila que estarán disfrutando el asesino o asesina y su acompañante, ¿no?

El forense hace un gesto afirmativo.

—Por una vez, estoy de acuerdo con algo tan poco científico como tu intuición —acepta—. A mí me pasa lo mismo. Todo es demasiado raro. Si el móvil del crimen consiste en proteger un nuevo amor del acoso del ex, los amantes no corren ningún riesgo ya, al margen de cuál de los dos esté implicado. Jordi está muerto. Punto. Sin embargo...

Sin embargo, no desaparece en ellos esa sensación ominosa de que algo se les está escapando, de que la sombra de la tragedia no ha terminado de derramarse esa noche.

—Va a haber más sangre —susurra Irene—. Esto no ha acabado. Y nosotros aquí, debatiendo... ¡Quiero entender lo que sucede! ¿Nos encontramos ante un acompañante psicópata? ¿Ante una auténtica mantis religiosa, que después de acabar con su ex también tiene previsto borrar del mapa a su nuevo ligue? ¿O, por el contrario, uno de los dos se ha limitado a dejar vía libre al romance que protagonizan y entonces ya no hay peligro?

—Cuarta opción —añade el médico—: conspiración entre los dos amantes, que ahora estarán brindando a la salud de su víctima.

Las dos últimas versiones tendrían que tranquilizarlos. Y tampoco.

Acaban de llegar hasta los coches patrulla. Ambos saludan al juez y al secretario, que casi han terminado de elaborar el informe con los datos facilitados por los otros agentes. Después, Irene se separa unos pasos para dirigirse a sus compañeros:

—¿Alguna novedad? ¿Habéis revisado con quién se comunica Lara Grávalos en las redes? Seguro que su misterioso acompañante de esta noche ha tenido que contactar con ella a través de internet.

—Lo hemos hecho, jefa —responde el policía más próximo—. Hay tres perfiles femeninos que interactúan mucho con ella: @carolingiabis, @isavezzz y @Bertice. Luego, con menos comunicación pero por delante del resto, un perfil reciente que parece masculino: @Wilde00. Este no facilita ninguna información personal, pero se nota complicidad entre ellos dos.

El forense, que lo ha escuchado todo, se aproxima:

—No publicuéis un aviso general de búsqueda para que cualquiera de esos perfiles responda —opina—. Eso delataría vuestros movimientos.

—Cierto —coincide Irene—, a lo mejor quien ha acabado con Jordi Vila sí controla las redes durante la cena. Y nos interesa que mantenga la tranquilidad, que no acelere el ritmo de la velada.

—Pues...

El doctor Millán comprueba la hora que es. No hace comentarios, aunque su semblante lo dice todo. Se acaba el tiempo.

Irene sabe que se lo van a jugar todo en los próximos minutos. Hay que tomar decisiones con el menor margen de error.

—Que envíen un tuit a las tres chicas desde el perfil oficial de la policía —ordena a sus compañeros—. Nos tienen que pasar sus móviles y no los facilitarán a un desconocido. De momento vamos a esquivar a ese Wilde en esta maniobra, es demasiado arriesgado. Crucemos los dedos para que ninguno de los implicados descubra nuestros mensajes.

—¿Sus amigas no son sospechosas, pero @Wilde00 sí? —pregunta el agente que ha detectado esos perfiles.

—Si Lara estuvo saliendo con Jordi Vila —explica la subinspectora— hemos de presuponer que es una chica heterosexual, así que doy por hecho que su compañía de esta noche es un hombre. Por eso de momento prefiero no alertar a @Wilde00.

Una hipotética bisexualidad de ella, que podría conducirlos por derroteros

diferentes, queda descartada: el tono romántico de los mensajes que Lara publica está muy enfocado al género masculino.

—¿Y cuando tengamos esos números? —pregunta otra agente, pendiente de la radio del segundo coche patrulla.

—Hay que hablar con esas chicas —Irene recuerda las palabras del médico—. Esté o no Lara Grávalos implicada en esta muerte, no nos queda más remedio que trabajar con la suposición de que ella ha tenido que confiar en alguien. Por muy en secreto que haya querido llevar el encuentro, como buena adolescente habrá compartido la emoción de la cita. Alguien cercano tiene que saber dónde han quedado.

—Hay mayor probabilidad de que se trate de una chica —apoya Carlos Millán—: una amiga o una hermana.

—Por eso hemos empezado con sus contactos femeninos más próximos en Twitter —dice la subinspectora—. Seguimos sin lograr comunicarnos con la familia en los números de teléfono que constan en la denuncia, así que nos queda el cauce de las amistades. ¡Alguien tiene que saber dónde está Lara!

—Así que consideras que @Wilde00 puede ser su ligue de esta noche —interpreta el forense.

—Un perfil reciente, completamente anónimo, pero que mantiene una repentina intimidad con Lara... Dadas las circunstancias, no me sorprendería —Irene se gira hacia otro de sus compañeros—: por favor, Jaume, habla con la comisaría. Pide que averigüen con la máxima prioridad los datos de la conexión del perfil @Wilde00. Necesitamos saber quién se oculta detrás de ese *nick*.

—A la orden, jefa.

—Señoría —ahora Irene avanza unos pasos hasta situarse delante del juez—. La situación es crítica. ¿Puedo pedirle algo?

—Dígame, subinspectora. Nosotros hemos terminado el informe.

—Tenemos que localizar a Lara Grávalos, una chica que parece estar implicada, pero solo contamos con su número de móvil. Tal vez esté a punto de producirse otra muerte. Hay que actuar ya.

—¿Tan segura está de que esa joven guarda relación con esta muerte?

—El fallecido tenía una foto suya en un bolsillo del pantalón —interviene el forense—. Su identificación está confirmada y hay fundamento suficiente para considerar que su vida corre peligro.

El juez asiente.

—¿Qué necesitan de mí?

—Que llame a su juzgado —pide la subinspectora— para que envíen un mandamiento a la compañía telefónica con la que tiene contrato de móvil Lara Grávalos. Necesitamos que nos faciliten sus últimos movimientos a partir del rastro de su teléfono en los repetidores de Barcelona. Eso nos dará una ubicación aproximada que puede ser vital.

—Cuenta con ello —accede el juez—. Llamaré de inmediato. Haré constar en el documento que la titular del número de teléfono corre peligro para que la gestión sea de máxima prioridad.

—Muchas gracias, señorita. Cada minuto cuenta.

La subinspectora emite un suspiro de alivio. La calma, no obstante, termina en cuanto vuelve a consultar la hora en su reloj.

—Ya estarán con el postre —calcula el forense—. Mal asunto.

Irene echa a correr hasta su coche patrulla y, tras identificarse por radio, solicita que envíen un par de coches camuflados a la zona del domicilio de los padres de Lara Grávalos. Ella tiene diecisiete años, lo lógico es pensar que no se habrá alejado mucho de casa para quedar con su acompañante.

* * *

McDonald's de Sants. 30 de junio, 23:35 h

—Ya queda poco de nuestro tiempo —dice Wilde con pesadumbre—. La cita está llegando a su fin. Demasiado pronto.

Lara asiente. A su alrededor cada vez queda menos gente y fuera, en el corredor de la estación, apenas se distinguen algunas siluetas. Una marea de silencio y penumbra va poco a poco adueñándose del edificio. Es el anuncio de la madrugada.

—Vamos a ser los últimos —ella vuelve a sentir esa inseguridad que la ha ido atormentando de forma intermitente durante toda la cena. Es consciente de lo vacías que han sonado sus palabras después de la observación del chico. Seguro que él esperaba otra respuesta.

—No apuraremos tanto —Wilde mantiene su tono suave, mientras sigue con la mirada a una pareja que se ha levantado y se dirige hacia la salida del local—. Cuando los espectadores comienzan a irse, es que el espectáculo ha terminado. Al menos por hoy —añade—. Hay que saber cuándo retirarse.

—Yo tampoco quiero que nuestro encuentro termine ya —Lara lo reconoce

empujada por ese aviso—. Todo ha pasado tan rápido... La noche entera me hubiera parecido poco.

El semblante de Wilde se ilumina.

—A mí me hubiese parecido poco incluso la noche polar —dice él—. ¡Y creo que dura varios meses!

Los dos ríen.

—Te hartarías de mí —advierde Lara—. No tengo armas para intentar impresionarte todo ese tiempo.

—Yo creo que sí —sus ojos se deslizan sobre ella—. Por dentro y por fuera. Tienes todo un arsenal a tu disposición.

Vuelven a reírse. Lara imagina el eco de sus risas perdiéndose por los pasillos de la estación. ¿Se puede sufrir un ataque de melancolía antes de que termine aquello que se va a añorar?

—Hace ya un rato que he empezado a sentirme como Cenicienta —reconoce—. Me agobia cómo se acerca la medianoche. Pronto tendré que huir.

Wilde aún le sostiene la mano. Encima de la mesa, sobre la bandeja que comparten, descansan los vasos vacíos del postre y las cucharillas de plástico. A un lado, continúan los móviles. Ninguno de los dos teléfonos los molesta con sus vibraciones y resplandores desde una última llamada que ha recibido ella, minutos atrás. Han sido capaces de resistir, de rebelarse contra el universo que aguarda en el exterior.

—Así que eres una cenicienta —repite Wilde.

—Me temo que sí.

—Medianoche. ¿A esa hora se acabará el hechizo? —pregunta él—. Pensaba que la magia que sentimos juntos no caducaba.

Su voz profunda, su mirada hipnótica, sus palabras. Lara ya contaba con que la despedida no sería fácil. Wilde tiene una personalidad... envolvente. El embrujo es suyo. Ella se ha sentido atraída por su magnetismo desde el primer momento, pero la realidad espera fuera. Escucha su rumor amortiguado, como si Barcelona quedara a miles de kilómetros de distancia.

—No quiero que nos separemos —Lara baja los ojos—. Pero debo volver a casa. No tengo tu libertad. Eso ya lo sabías.

—Lo que no sabía era lo mucho que me iba a costar ver cómo te alejas de nuevo hacia tu mundo.

Lara suspira.

—Tú tienes el tuyo, Wilde. Ese que tanto proteges.

Ahora es el chico quien desvía la vista.

—No queda nada en él después de tu aparición.

—¿Tanto secreto para eso?

Wilde acusa el golpe. Ella se arrepiente del comentario, pero es tarde. ¿A qué ha venido? Quizá debido a lo poco que ha conseguido averiguar de él durante ese encuentro. Necesita saber mucho más, aunque ahora, justo cuando está a punto de lograrlo, se ve obligada a distanciarse. Y eso la molesta, le da rabia. Wilde, con una asombrosa habilidad, ha logrado mantener la inmunidad de su historia personal. Como ha hecho en esas conversaciones de madrugada que han conducido a Lara hasta allí. Un señuelo. Ella ha vuelto a entregarse mucho más. El juego, en el fondo, no ha cambiado.

—Todo lo sabrás sobre mí en nuestra próxima cita —se compromete Wilde—. No quiero fronteras entre tú y yo. Ya no.

La recriminación de Lara es puro teatro, como lo ha sido su actitud cada vez que han surgido reproches a lo largo de la velada. No se engaña; está enganchada a ese chico, no renunciaría a Wilde aunque considerara que lo merece. Aunque él se empeñara en mantener sus secretos. Es una princesa cautiva.

—Perderé un zapato de vuelta a casa —avisa—. Como buena cenicienta, debo dejar un rastro para que me encuentres. Yo no iré a buscarte.

Los dos se quedan callados. Cuando apenas disponen de unos pocos minutos más, ese silencio supone un tremendo sacrificio.

—¿Con qué sueñas, Lara? —Wilde quema su cartucho final—. Te lo ruego: dime eso de ti y te dejaré marchar. Tienes mi palabra.

—¿Mis sueños?

Ella habla. Le cuenta que fantasea con un futuro lleno de viajes a lugares remotos, ejerciendo como enfermera en catástrofes y guerras. Se describe salvando vidas y arriesgando la suya, escuchando palabras de moribundos, ayudando a médicos que operan a corazón abierto en quirófanos de campaña.

—Madre mía —dice Wilde—. Eres una romántica incurable.

—Lo sé. ¿Y tú? ¿Con qué sueña alguien tan enigmático como tú, Wilde?

Él sonríe.

—Yo, para mi futuro, me conformaría con agonizar en un campo de batalla si fueses tú quien escuchara mis últimas palabras —la toma de las dos manos—. O con enfrentarme a la muerte en un quirófano de campaña si fueran tus dedos los que rozaran mis heridas —Wilde toma aliento—. Querría que arriesgaras

tu vida por mí. Ese es mi sueño: que llegue un día en que estés dispuesta a hacerlo.

Capítulo dieciséis

Residencia universitaria. 2 días antes

—**C**uarenta y ocho horas —susurra Gerard, sentado junto a Fran en una de las mesas de la cafetería de la residencia—. Dos días me separan de Lara. ¡Dos!

Casi nota el transcurso regular de esos segundos que lo aproximan a la cita. Ha cerrado los ojos para recrear en su cabeza el tictac de un péndulo imaginario, cuyo compás se confunde con el ritmo de sus propios latidos.

Su vida gira en torno a Lara, se precipita hacia ese punto sin retorno en que sus miradas se crucen.

—Es verdad, no queda nada —su amigo y confidente ha asentido—. Ahora sí que tienes que mantener el tipo. Es la recta final, compañero.

Gerard suspira. La espera está siendo mucho más dura de lo que suponía. No hay peor tortura que una cuenta atrás.

—Esta noche me ha sido imposible dormir, Fran. No sé cómo me han salido los últimos exámenes y ni siquiera me importa. No me importa nada, salvo ella.

El amor lo está consumiendo. Sus ojos estudian cada arista de los cubitos de hielo que bailan en su vaso de refresco. Incluso ahí descubre perfiles que le recuerdan la silueta de Lara.

—¿Queda algo de ti? —Fran apura su bebida de un trago—. A este paso, no te van a reconocer tus padres cuando vuelvas a casa.

—¿A qué te refieres?

Fran ha conseguido llamar su atención, recuperar a su amigo del ensimismamiento que lo tiene prisionero desde hace días.

—¡A que el Gerard que yo conocía está desapareciendo! —al chico le inquieta la evolución que ha detectado en él durante las últimas semanas—. A eso me refiero. ¿Es que no te das cuenta? Te esfuerzas en que Lara G sepa cómo eres, pero, al mismo tiempo, absorbes cada nuevo dato de ella y lo haces tuyo. ¡No va a quedar nada del Gerard original! Te estás... diluyendo.

Gerard rechaza esa acusación:

—Eso no es verdad, sigo siendo el de siempre.

—Venga, ¿te oyes hablar estos días? ¡Te has «larificado»! Si hasta te has puesto a escuchar canciones de Ed Sheeran, cuando jamás te había gustado...

Los dos se quedan callados. En la mente de ambos un mismo interrogante: ¿cuál es el precio que se paga en el amor?

—Volvamos a un tema más pacífico —propone Fran, con su habitual gesto malicioso—. Dime cómo imaginas esa primera cita con ella.

Para Gerard es una petición fácil. Ha soñado tantas veces con ese momento... Incluso ha fantaseado con la forma de andar de Lara, con el modo en que llegue hasta él cuando los dos queden a la vista. Ha diseñado cada segundo del encuentro con todo lujo de detalles. Lo único que no ha conseguido es recrear el sabor de sus labios y su piel.

La imaginación también tiene límites.

—Lara es una chica romántica, pero segura de sí misma —comienza—. Me verá desde lejos, intuirá que soy yo, me reconocerá sin conocerme por el modo en que nuestras pupilas se encuentren. Sabrá al instante que soy su cómplice de las madrugadas.

«Porque hay lenguajes que van más allá de los sentidos».

—Dios mío —se queja Fran—. Voy a vomitar. Sois tal para cual, en serio. Unos jovencitos del siglo XIX. Yo esperaba una crónica más sexual...

Gerard no le escucha. Su expresión ausente lo delata muy lejos de allí.

—Lara sonreirá y seguirá caminando con pasos firmes —prosigue—: hermosa, brillante. Llegará hasta mí. Me dirá que soy justo como ella había imaginado, se sentará a mi lado. Y empezaremos a hablar.

—Supongo que no te cortarás.

—No, en mi versión hablo sin problemas. Y lo más importante: en esa escena a Lara le interesa lo que le cuento. Y a mí lo que ella me cuenta. Nos escucharemos, me abrirá las puertas de su vida, me invitará a entrar a su mundo y yo a ella al mío.

—¿Te invitará a entrar? Espero que, al menos, eso sea una metáfora guarra.

—No tienes arreglo.

Fran no pierde su expresión perversa.

—¿Y qué viene ahora? ¿La petición de mano en casa de sus padres? ¿Tú, de rodillas, entregando un anillo? ¡Por favor! Tampoco estoy pidiendo una orgía, pero de ahí a que...

—Sigues sin entender lo que está sucediendo entre nosotros, Fran. No he

conseguido explicártelo en dos meses.

—Te lo advierto —señala Fran—: no contrates a un violinista para que amenice vuestra cena en el McDonald's. Bajo ningún concepto. Semejante contraste provocaría el apocalipsis. Seguro. Hay límites que no deben cruzarse, Gerard. Un violín en un McDonald's, no. Prohibido.

—¿Vas a empezar ahora con tu sarcasmo?

Fran meneaba la cabeza.

—Menos mal que tendremos una sesión especial en nuestro refugio secreto para preparar la cita —murmura—. Todavía no estás preparado para un encuentro real.

* * *

Barranco de Sorts. 30 de junio, 23:35 h

—¿A qué viene esa cara? —Irene ha detenido sus movimientos ante la llegada del forense, cuyo gesto no presagia nada bueno—. El juez ha autorizado el levantamiento del cadáver, ¿no?

—Sí. Se acaban de ir.

Los dos se miran. La subinspectora sabe que cualquier novedad a esas alturas resulta peligrosa. Por un segundo su mente se pone en lo peor: ¿va a comunicarle el forense que han encontrado el cuerpo sin vida de Lara Grávalos?

—¿Entonces? —ella está a punto de meterse en su coche patrulla. Ahora permanece de pie, apoyada en la portezuela abierta del vehículo. Otro agente espera al volante—. Ya tenemos la dirección de los padres de Lara Grávalos, nosotros vamos para allá hasta que llegue el rastreo de la compañía telefónica. ¿Tienes algo nuevo?

Carlos Millán no responde. Se limita a tenderle el móvil, que Irene recoge para comprobar lo que muestra su pantalla. En ella se ve, ampliado, un torso masculino desnudo con un tatuaje en forma de dragón que cubre uno de sus hombros.

—¿Qué es esto? Doctor, no hay tiempo para adivinanzas.

—Es una foto reciente de Jordi Vila.

—¿De Jordi Vila?

La subinspectora reduce la imagen con los dedos hasta que el rostro de ese cuerpo queda a la vista. Sí, no hay duda. Es Jordi Vila, presumiendo de

abdominales en una piscina municipal.

—He seguido buscando fotos del chico en Google y he llegado a esa — señala el forense—. El problema es que el cuerpo que tenemos aquí... no tiene ningún tatuaje.

Irene pone los ojos en blanco.

—¿Me estás diciendo..., me estás diciendo que ese cuerpo no es el de Jordi Vila?

Carlos Millán se encoge de hombros.

—No puede serlo. Un tatuaje así habría dejado alguna marca, aunque él hubiera querido quitárselo. Nos hemos precipitado al sacar conclusiones: no es él.

—Pero...

—Es un cuerpo de complexión atlética —insiste el forense—, alto, típico de muchos jóvenes. No presenta *piercings* ni otro tipo de marcas. Hasta el color del cabello es muy frecuente. Podría tratarse del cuerpo de cualquier chaval que va a menudo al gimnasio. Si el rostro hubiera quedado menos desfigurado...

La subinspectora maldice por lo bajo. Ahora las manos del cadáver, sucias por el impacto contra el suelo pero limpias de grasa de motor en un día laborable, constituyen una incoherencia que no ha sabido valorar.

—Veamos de cuándo es la foto.

Irene no le ha devuelto el teléfono todavía. Aprovecha para buscar en él la fuente que figura en esa entrada de Imágenes de Google, que la lleva hasta un perfil de Twitter: @vilajrd. La foto fue publicada seis días atrás en Instagram y compartida en la otra red. Así que Jordi Vila también tiene perfil de Twitter, algo que ya habían supuesto cuando dieron por hecho que los comentarios de Lara en la red habrían despertado su ánimo suicida. Probablemente no lo han detectado al rastrear las interacciones en el Twitter de la chica porque ella lo habrá bloqueado, aunque eso no impide que él haya abierto otro perfil desde el que dar rienda suelta a su obsesión.

—Es una foto muy reciente —confirma el médico.

—Mierda.

Tan pendientes de la protagonista de la foto hallada en la ropa del cadáver, han descuidado durante esas horas la investigación sobre la víctima. ¿Quién se pone a indagar sobre un presunto suicida? ¡La prioridad siempre son los vivos! Ahora, por culpa de ese fallo, todas las hipótesis se tambalean.

Irene entrega el teléfono al forense sin dejar de dar vueltas al caso.

¿Quién es entonces el muerto y por qué llevaba una foto de Lara Grávalos? ¿Acaso se trata de un elemento añadido intencionadamente por el autor del crimen, para despistar? La subinspectora lo descarta: la presencia de esa foto no se nota en la ropa y además se encontraba en un bolsillo trasero del pantalón. Quien acabó con la vida del chico no llegó a descubrirla porque no la buscó; ignoraba que estuviera. Por eso se quedó ahí, convertida en una pista accidental.

Irene vuelve a repasar toda la información: si el cuerpo perteneciera a la persona con quien Lara ha quedado esa noche, ella ya habría vuelto a casa tras sufrir un rotundo plantón. También habría respondido a su mensaje de WhatsApp o a las llamadas perdidas. Sin embargo, parece que algo tiene a la chica tan ocupada que va a llegar la medianoche y sigue sin dar señales de vida. ¿Eso qué quiere decir? ¿Que el cadáver tampoco es el del desconocido de la cita y que por tanto Lara sigue disfrutando de su cena, ajena a esa muerte y a las notificaciones de su propio móvil? ¿O, por el contrario, que sí que lo es y entonces ella no ha llegado a encontrarse con su cita, pero algo le impide comunicarse? Algo que también le ha imposibilitado volver a casa. Esta última alternativa suena mucho peor.

Incluso cabría pensar que, tal como ha barajado el forense, Lara sea la autora del crimen y no responda porque haya huido. Su silencio sería incriminatorio. Todo es posible. En cualquier caso, si la identidad de la víctima se corresponde con la cita de Lara y ella no aparece, todo apunta con mayor probabilidad a un doble caso de violencia machista cuya autoría no ofrecería ningún género de duda: Jordi Vila, que habría matado a su ex y a la nueva pareja de ella.

—Increíble —Irene no da crédito mientras avanza en el Twitter del muchacho hasta alcanzar las últimas publicaciones—. Confirmado que el ex de Lara Grávalos sigue con vida, desde luego. Hace cuatro horas ha colgado otra foto suya... en la Gran Vía de Madrid.

Ahora sí que nada tiene sentido. El forense se rasca la cabeza, tan perplejo como ella.

—Entonces Jordi Vila no solo no es el muerto, sino que además tiene coartada —susurra.

—Siempre y cuando no se trate de una publicación programada —recuerda Irene—. Comprobaremos si ese chico está realmente en Madrid o ha empleado

una foto vieja. No voy a dar nada por supuesto, me basta con una metedura de pata por caso. ¡Jaume! —llama a su compañero—. ¡Dejad eso y ocupaos de localizar a Jordi Vila, es nuestro principal sospechoso mientras no tengamos nada más!

Principal sospechoso de esa muerte... y a lo mejor de la desaparición de Lara Grávalos. Irene se contiene. En realidad, no puede afirmar nada de eso: ni tiene pruebas de que el ex haya estado en Barcelona esa tarde (al contrario, según los indicios), ni se ha cursado ninguna denuncia por la desaparición de la chica. De momento, siendo rigurosa, Lara solo se encuentra ilocalizable. A pesar de ello, la subinspectora no piensa perder ni un minuto hasta encontrarla. A ser posible, con vida.

—¿Qué vas a hacer ahora? —Carlos Millán aún aguarda junto al coche patrulla—. Yo comenzaré la autopsia en cuanto lleguemos al Instituto de Medicina Legal.

La identificación del cuerpo, sin embargo, ha pasado a un segundo plano para Irene.

—Localizar a Lara Grávalos se acaba de convertir en la prioridad — responde, metiéndose en el vehículo—. Ahora nos vamos al distrito de Gracia, permaneceremos en las proximidades del domicilio de la familia de la chica hasta que la compañía telefónica nos facilite los últimos movimientos de Lara.

—De acuerdo. Te tendré al tanto si descubrimos algo.

—Gracias.

El médico se aparta e Irene Castell sube el cristal de su ventanilla. El coche arranca y comienza a alejarse hacia la carretera. La subinspectora echa un último vistazo al puente, que va quedando atrás. De momento no la ha llamado su jefe de la brigada de investigación criminal, pero más le vale tener algo concreto que explicar para cuando se ponga en contacto con ella. Resulta muy difícil defender que han dedicado varias horas a manejar teorías equivocadas.

«Increíble, en el fondo aún no sabemos nada».

La muerte de ese muchacho es un enigma que alimenta la mala intuición de Irene. Aunque no entienda qué está sucediendo, su corazonada de que Lara Grávalos corre un serio peligro sigue ganando fuerza en su interior. Hay que encontrarla. A toda costa. Antes de que nuevos hechos confirmen su premonición.

Capítulo diecisiete

McDonald's de Sants. 30 de junio, 23:50 h

—¿Nos vamos? —Wilde se pone de pie—. Van a cerrar.

— Lara, todavía emocionada por las palabras de él, mira a su alrededor. Le extraña esa repentina prisa; todavía quedan algunas mesas ocupadas. Nunca ha odiado tanto la realidad.

—Pensaba que querrías apurar más —comenta mientras se levanta. Recoge su bolso y su chaqueta. Los dos han recuperado sus móviles, aunque sin prestarles atención. Los llevan en la mano, pero se niegan a comprobar las notificaciones en sus pantallas.

—Pienso aprovechar hasta el último minuto de los que me quedan contigo — responde Wilde—, pero no aquí. Salgamos a la calle, hace buena noche.

Ella se dispone a retirar la bandeja con los restos, pero Wilde no lo permite.

—Déjame a mí —dice.

Él regresa enseguida, después de vaciar la bandeja en el hueco de un mueble para la basura y dejarla apilada.

—Ahora sí.

—Gracias por la cena, misterioso cómplice de las madrugadas —susurra ella.

—Gracias a ti por tu compañía —responde Wilde—. Y por arriesgarte esta noche.

Los dos sortean varias sillas vacías hasta llegar al pasillo de la estación. Lara se gira hacia la izquierda, en dirección a la salida principal del edificio, pero Wilde la detiene.

—Mejor salgamos por esta —señala el acceso de la derecha.

Lara cae en la cuenta de que el camino que iba a tomar ella, además de más largo, los lleva mucho más cerca del mostrador donde todavía están trabajando los empleados del McDonald's.

—¿Por qué prefieres salir por ahí? ¿Te da vergüenza que nos vean irnos tan tarde? ¿Que descubran que pertenecemos a ese tipo de clientes que los obligará a retrasar su final de jornada?

—Vale, me has pillado —Wilde hace un gesto de rendición—. Estoy seguro de que saben que nos hemos pegado ahí dentro cuatro horas para tomarnos un McMenú. Lo que quiero es escapar...

Lara se echa a reír.

—Cómo eres... De acuerdo —cede—. Me has convencido.

—Es que, además, el garaje donde he dejado el coche queda más cerca desde aquí.

—A mí tampoco me va mal, no te preocupes.

Enseguida abandonan el edificio y comienzan a caminar por la acera. Lara contiene sus ganas de agarrarle de la mano, de sentir que el vínculo que los une tiene más consistencia que el eco de unas conversaciones nocturnas. Observa de refilón la erguida figura del chico, la convicción de sus pasos, el modo en que sus ojos analizan cada rincón que queda ante su vista. Sí, los pantalones le quedan muy bien. Lara nota cómo un nuevo nerviosismo, mucho más apremiante, se instala dentro de ella. El momento de la separación es inminente y aún no ha decidido cómo debe terminar la velada: si es conveniente que lleguen más lejos —¿un primer beso real de despedida?— antes de que Wilde le ofrezca toda la información pendiente, o si lo mejor es hacerse la dura, mantener una distancia que ahora duele.

Entonces la voz de Wilde interrumpe sus pensamientos:

—¿Puedo llevarte a casa?

Una invitación previsible. Lara, a pesar de su caos interior, logra resistir la tentación:

—¿Para que averigües dónde vivo? —responde—. No voy a entregarte más datos sobre mí hasta que tú cumplas tu parte.

Qué arduo resulta comportarse de una forma tan racional. A ella lo que le pide el cuerpo es dejarse llevar por esa noche tan especial, por el hechizo de su voz. En el fondo, Lara se iría en el coche de Wilde hasta el fin del mundo y más allá.

—No iba con esa intención —dice él con suavidad, deteniéndose—. Es tarde y tengo el coche aquí al lado. No me digas dónde vives si no quieres. Solo la zona y te acerco. Nada más. Te prometo que ahí acabará todo. Al menos esta noche.

Permanecen los dos quietos, en medio de la calle. La convicción de Lara se debilita a cada minuto. Busca en su interior algo que le permita mantener su negativa, cada vez menos sólida.

—No sé..., no hace falta, tampoco vivo tan lejos...

—Por favor —insiste Wilde—. Necesito hasta el último segundo contigo. No me hagas despedirme ya de ti.

La voz del chico llega hasta ella con su cadencia seductora, un leve oleaje que la roza una y otra vez. El naufragio en esas aguas es inevitable.

—De acuerdo —a Lara también le vendrán bien unos minutos más de magia antes de regresar a su rutina familiar—. Pero solo te voy a decir el barrio.

Los labios de Wilde dibujan una enorme sonrisa.

—Muchas gracias, Lara. ¿Cuál es?

—Gracia.

—Suficiente.

Wilde la conduce por varias calles estrechas a un ritmo tranquilo, como si estuvieran de paseo. No se cruzan con casi nadie por esa zona. De vez en cuando sus brazos se tocan y ellos sonríen con complicidad. Se dirigen miradas de refilón mientras caminan, en silencio. Parece que quieran comprobar a cada paso que su acompañante permanece a su lado, que no se ha perdido en medio de la noche. Por fin, llegan al acceso para peatones de un viejo *parking* público.

—Es por aquí —indica Wilde, cediéndole el paso.

Lara entra en un vestíbulo bastante sucio y poco iluminado. Se trata de un espacio rectangular que tiene a un lado el ascensor y al fondo unas escaleras que descienden hacia los pisos inferiores. Un fluorescente de luz blanca parpadea en el techo, a punto de fundirse. Wilde se acerca hasta la máquina de cobro y mete su tique de aparcamiento.

—¿Cuánto hace que no limpian esto? —pregunta Lara, que se ha detenido algo más atrás—. Estoy viendo una cucaracha.

—Este garaje ha conocido tiempos mejores —responde Wilde—. Nos iremos enseguida. Por si acaso no toques nada, a ver si te vas a infectar.

Lara se echa a reír. Aprovecha para observar al chico sin disimulos desde su posición: la nuca, su espalda estrecha, sus prometedoras piernas. Atiende a la postura con la que él aguarda a que la pantalla que tiene delante le indique el importe. Wilde se ha inclinado y apoya una de sus manos, la que sostiene el móvil y la cartera, sobre el lateral metálico de la máquina. Lara alcanza a ver el cristal oscuro del teléfono entre sus dedos. Entonces se le ocurre una idea: ¿y si le sorprende mandándole un beso por WhatsApp? Desbloquea su móvil, ignora las notificaciones pendientes, que desaparecen al abrir la aplicación, y

entra en el chat que comparte con él. Sus ojos leen el último mensaje que le envió, unos versos que Wilde todavía no ha visto. Lara selecciona el emoticono del beso con corazón y se lo manda.

La mano de Wilde todavía está a la vista. Ella, tapándose la boca como si estuviera cometiendo una travesura, espera a que se encienda su pantalla al recibir el mensaje. Le encantará ver la reacción del chico. Esta vez no podrá evitar mirar su teléfono, aunque solo sea por acto reflejo.

Sin embargo, no ocurre nada. El móvil de Wilde permanece mudo, apagado.

Lara comprueba en el suyo que hay buena cobertura y la aplicación señala que el mensaje ha llegado. ¿Entonces? No entiende qué sucede. Odia la tecnología, que siempre falla en el peor momento. La gracia está en que él descubra su beso mientras están allí.

Wilde cambia de postura para abrir su cartera y extraer un billete. Lara ya no ve sus manos, pero como él sigue sujetando su teléfono se tendrá que dar cuenta en cuanto reciba la notificación vía WhatsApp. Lo único que espera Lara es que ocurra antes de que entren en el ascensor.

Wilde termina de pagar, recupera el tique y se gira hacia ella.

—Ya está —anuncia, sin detectar la decepción de la chica—. Vamos.

Los dos llegan hasta la puerta del ascensor y Lara pulsa el botón de llamada. Aún espera que surja su beso virtual, perdido en la inmensidad de las ondas. No obstante, a los pocos segundos llega el ascensor, acceden a la cabina y su broma sigue sin producirse.

Wilde extiende un brazo y marca el – 4.

—Bienvenida a las profundidades, Lara.

Su sonrisa es extraña. Conforme descienden, Lara piensa en la medianoche que reina en el exterior y en su mensaje perdido.

Ya no hay cobertura.

* * *

Barrio de Gracia. 1 de julio, 00:10 h

Irene contempla el cielo oscuro que se recorta contra los edificios, apoyada en el coche patrulla. Medianoche. Su impaciencia es tal que está a punto de morderse las uñas o romper algo. ¿Cómo es posible que aún no haya surtido efecto el mandamiento judicial? ¿A qué espera la compañía telefónica para facilitarles el rastro del móvil de Lara Grávalos? Esos minutos de espera la

están matando.

Junto a ella aguarda Jaume, el mosso d'esquadra con el que siempre ha trabajado bien. Hay otras dos unidades repartidas por Gracia para garantizar una actuación rápida en cuanto tengan datos sobre la ubicación de la chica. Mucho más no se puede hacer. Solo permanecer quietos y atentos.

Al menos se encuentran inmersos en una operación autorizada por sus superiores.

—Anna y Roger solo han logrado contactar con dos de los tres perfiles de Twitter más próximos a Lara Grávalos —Jaume alude a otros compañeros del cuerpo, tras atender a la radio del coche—: @carolingiabis y @isavezzz. Son dos amigas tuyas, pero no saben nada de su cita de esta noche.

—Vaya por Dios. ¿Y la tercera?

—@Bertice tiene el móvil desconectado o fuera de cobertura.

Irene meneaba la cabeza.

—No nos libramos de la maldición de los viernes noche.

—Las otras chicas confirman que ese es el Twitter de la mejor amiga de Lara, Berta Palau. ¿Seguimos dejando al margen a @Wilde00?

—Buena pregunta —la subinspectora medita su respuesta—. No me atrevo a poner sobre aviso a ese perfil tan misterioso. Lo dejamos fuera hasta que tengamos nuevos datos. ¿Sabemos algo de su conexión?

—Todavía no.

—¿Y de la familia de Lara?

—Han vuelto a llamar a sus números. Nada.

—Así que Lara continúa en paradero desconocido...

Irene contempla la *tablet* que ha dejado encendida sobre su asiento del coche, con el plano de Barcelona en la pantalla. Cuando piensa que, quizá, cerca de allí, puede haber alguien en peligro... La subinspectora suelta un taco y golpea el cristal de la ventanilla con el puño.

—Calma, jefa —dice su compañero—. Seguro que nos llegará pronto el aviso.

—Pronto tal vez sea demasiado tarde —responde ella—. ¿Has visto qué hora es?

El agente asiente. Eso no juega a su favor.

Irene, para hacer tiempo, comprueba el estado de su arma reglamentaria.

—¿Cree que le hará falta esta noche?

Jaume es joven, más inexperto. Sus ojos brillan, en el fondo disfruta con la

emoción de ese operativo. El hecho de ver a la subinspectora manipular su pistola le ha permitido intuir que se enfrentan a un caso grave.

—Esta noche puede pasar de todo —contesta ella—. Y vamos a tener que reaccionar muy rápido.

En ese momento, la radio del coche recibe un nuevo aviso.

Capítulo dieciocho

Barranco de Sorts. 30 de junio, 17:30 h

—**H**a llegado el día, Gerard —Fran habla con gravedad—. Quedan menos de tres horas para el encuentro. Lo has conseguido.

Los dos contemplan la aridez del paisaje que se divisa desde ese punto. Gerard se coloca una mano a modo de visera para proteger sus ojos del sol, que cae a plomo. Le gusta enfrentarse a la quietud de ese horizonte desértico. Más allá del quitamiedos, quince metros más abajo, se extiende una planicie seca y pedregosa que conduce a la urbanización donde los padres de Oriol, un amigo suyo del instituto que Fran también conoce, tienen un chalé con piscina. Recuerdan muchas noches allí, desde el curso pasado, los tres bebiendo cerveza hasta altas horas de la madrugada y hablando del bien y del mal.

—Gracias por traerme —dice Gerard—, has tenido una buena idea. Me viene bien la calma que se respira aquí. Ya no soporto la espera.

Lo único que sobra es el calor. Pega fuerte ahí arriba y no hay ninguna sombra bajo la que refugiarse. El coche de Fran, que han dejado aparcado a cien metros, se alcanza a ver desde allí.

—Un acontecimiento tan importante merece esta visita —explica su compañero—. A fin de cuentas es nuestro santuario, ¿no?

—Cierto. Nuestro antídoto para las crisis.

Desde que descubrieron ese rincón han acudido a él cada vez que necesitaban escapar del ritmo universitario. Allí ninguna persona los va a molestar. Es una especie de oasis que nadie de su entorno conoce, ni siquiera Oriol. Ha sido escenario de promesas mutuas, de confidencias, de reproches y reconciliaciones entre ellos. Dos años de vida universitaria dan para mucho. Su amistad ha crecido allí, se ha hecho sólida.

—Tenía que ser en este lugar donde recibieras las últimas instrucciones para la cita de esta tarde —anuncia Fran—. Todos nuestros grandes momentos han pasado por aquí.

—¿Todavía te queda algo que decirme, después de estas semanas? —Gerard sonrío—. Me has dado un curso acelerado de estrategia.

—Siempre queda algo.

Gerard se alegra de que, al menos, el componente de improvisación — inevitable en una cita presencial— sea solo suyo.

—Repasemos los detalles del encuentro —sugiere Fran—: tienes que llevar un ejemplar de *Carta de una desconocida*, ¿verdad?

—Eso es. Ella llevará otro.

—¿Y qué más? ¿Algún tipo de ropa, alguna señal?

Gerard niega con la cabeza.

—Con lo del libro bastará. ¿Cuánta gente crees que acudirá al McDonald's esta tarde con esa novela?

—Razonamiento irrefutable —Fran comienza a caminar a lo largo del puente, siguiendo el quitamiedos—. ¿Has vuelto a hablar con ella sin estar yo presente? ¿Alguna otra novedad?

—No. Como me dijiste que no la agobiara...

—Buen alumno. Ahora solo falta que ella haya guardado el secreto tan bien como lo has hecho tú. Ya habrá momento de que hagáis pública vuestra relación si la cosa funciona.

—Seguro que Lara ha cumplido su parte del trato. Y eso que algunos de sus últimos tuits...

—Lo sé. Se está animando.

—Eso es porque le gusta.

Fran se gira y le señala:

—Cuidado con ese entusiasmo: recuerda que no te ha visto nunca. Porque tú no te has descrito...

—¡Por supuesto que no! Esa es la regla más sagrada del juego.

—Pues eso: falta la prueba de fuego, así que calma. La cosa pinta bien, pero no conviene que te confíes.

—Estoy demasiado nervioso para confiarme.

—Y yo, orgulloso de lo que te has esforzado por ella. Ven, Gerard.

Fran hace un gesto a su amigo para que se acerque. Este obedece hasta situarse frente a él.

—Esto parece un ritual —a Gerard le divierte la solemnidad con que está procediendo Fran—. ¿Algún último truco que quieras compartir?

Fran no responde. Se limita a cambiarle de posición hasta que Gerard queda de espaldas al paisaje. Luego, muy serio, le coloca las manos sobre sus hombros mientras le sostiene la mirada.

—Repite conmigo: «Va a salir bien».

—Va a salir bien.

—Gerard.

—¿Qué?

—¿Tú crees que la mereces?

—¿A qué viene eso?

Fran se queda en silencio unos segundos.

—Olvídalo.

—Lo último que necesito ahora es que me hagas dudar.

—Perdona, me he dejado contagiar por tus nervios.

Gerard se ha molestado.

—¿Nos vamos? —pregunta, incómodo—. Pronto tendré que empezar a prepararme...

Fran no contesta. Continúa con su pose de camarada, agarrando por los hombros a Gerard y clavando sus ojos en los suyos.

—¿Tú recuerdas por qué mi perfil de Twitter es @Dorian666?

Gerard tarda en responder, confuso:

—Por *El retrato de Dorian Gray*, la obra de Oscar Wilde. Tío, ¿qué te pasa? Estás muy raro...

La mirada de Fran aumenta de intensidad, como si quisiera grabar en su memoria cada detalle del semblante de su amigo.

—Todos tenemos otro rostro —murmura—. Algún secreto inconfesable.

—Pero qué...

Fran empuja con firmeza. Un golpe brusco, súbito, que sorprende a Gerard. Este no alcanza a oponer resistencia. Sus piernas chocan contra el quitamiedos y pierde el equilibrio. Los brazos del chico bailan en el aire mientras su cuerpo se vence hacia atrás y se precipita al vacío. Uno de ellos llega a golpear contra la barrera de metal en un intento inútil de agarrarse, de impedir la caída. El grito de Gerard se pierde pronto en la llanura, hasta que el golpe seco del impacto contra el suelo lo corta de raíz. Abajo queda su figura tendida, bocabajo, con los brazos extendidos y el rostro hundido en la tierra. Inmóvil para siempre.

—Adiós, Gerard. Gracias por todo.

Fran disfruta del nuevo silencio que se ha impuesto. Repasa la escena, calculador. Aún no ha terminado allí. Sus ojos, sin embargo, no descubren la

pulsera de su amigo junto al quitamiedos.

* * *

Barrio de Gracia. 1 de julio, 00:20 h

Se ha confirmado que Jordi Vila lleva dos días en Madrid. Está muy vivo, por lo visto. Un sospechoso menos. Por otra parte, ha llegado el aviso que esperaban: la compañía telefónica ha acatado, por fin, el mandamiento judicial y los Mossos d'Esquadra ya disponen de la información que necesitan para seguir el rastro de Lara Grávalos. ¿Dónde ha estado la chica durante las últimas horas? ¿Dónde se encuentra en ese momento? La subinspectora, atenta al plano de Barcelona que muestra su *tablet*, atiende ahora a las indicaciones que le facilita su compañero para reconstruir la ruta que ha seguido Lara esa tarde.

—Por lo visto, hay un repetidor muy cerca de la estación de Sants que ha registrado la entrada del terminal de la chica a las ocho menos cuarto de la tarde —dice Jaume—. Durante varias horas no ha salido de su área de cobertura.

—Así que la cita se ha desarrollado en el entorno de Sants —interpreta Irene—. Nos queda relativamente cerca. ¿Lara sigue allí?

Es una zona que la subinspectora conoce bien; estuvo destinada en una comisaría de ese distrito hace varios años.

—No —responde el agente—, ya no. Según los datos que nos está facilitando la compañía telefónica, hace un rato la señal de su móvil ha abandonado la zona que cubre ese repetidor y ha entrado en otra que queda bajo el servicio del siguiente, localizado en la calle Alcolea.

—Su cena ha acabado —la subinspectora se está poniendo aún más tensa—. ¿Y ahora?

Jaume carraspea. No había terminado de compartir las novedades:

—El móvil de Lara Grávalos ha dejado de dar señal poco después de acceder al nuevo sector. Ha desaparecido, jefa. Ya no lo capta ningún repetidor.

—¿Ha desaparecido? ¿Así, de golpe?

—Sí.

—No ha podido alejarse mucho de la estación. Sigue ahí, aunque no la detectemos.

Irene juega con el plano, amplía desde diferentes perspectivas cada calle de esa zona y recupera su conocimiento sobre los edificios. Recuerda locales, bares, restaurantes, portales de fincas, solares vacíos. ¿Qué puede haber en el entorno de la calle Alcolea que provoque una pérdida de cobertura tan repentina?

—Arranca —ordena Irene a su compañero— y pide por radio que vayan las unidades camufladas a esa zona.

—De acuerdo, jefa.

—¿Algún otro dato de la compañía telefónica?

—De momento confirman que ningún repetidor ha recuperado la señal del móvil de Lara Grávalos. Nos avisarán en cuanto suceda.

Jaume conduce ya el coche patrulla rumbo a Sants. Pisa a fondo el acelerador y ha encendido la sirena, pero sin activar el sonido. Cuando se encuentren en las proximidades también quitará la señal luminosa.

Irene continúa reflexionando, atenta a su *tablet* mientras procura sujetarse bien al asiento. El escaso tráfico los ayuda a avanzar con rapidez, pero las maniobras son bruscas a esa velocidad.

La subinspectora se muerde el labio. Piensa. No tiene lógica que Lara Grávalos haya desconectado su teléfono, así que por fuerza lo que tiene que haber ocurrido para que pierda la cobertura —si es que el móvil de la chica no se ha quedado sin batería— es que haya accedido a una zona subterránea. ¿Un bar con bodega, por ejemplo? Los ascensores también provocan desconexiones momentáneas.....

La primera opción la lleva a pensar que quizá Lara y su acompañante se disponen a tomar una última copa.

Los ojos de Irene se clavan entonces en un punto de la pantalla de su *tablet*, donde un letrero luminoso brilla en medio de la imagen de una calle que ofrece Google Maps. Su memoria se activa ante esa «P» blanca sobre fondo azul.

—¡Un *parking*! —murmura, antes de corregir sus palabras—: *Ese parking*.

Se trata de un garaje público gigantesco, uno de los más grandes de la ciudad. Demasiado viejo para contar con un adecuado sistema de videovigilancia que cubra más allá de las entradas principales. Lo recuerda bien: cuatro plantas de gran superficie y poco tránsito donde resulta fácil perderse... o desaparecer. Hace tiempo incluso se descubrió que varios indigentes vivían allí.

Se trata del sitio ideal para evitar testigos, lo que inclina a Irene a apostar por la inocencia de la chica, que ni siquiera cuenta con edad para tener carné de conducir.

—Ya sé dónde la ha llevado su misterioso acompañante, Jaume —afirma la subinspectora—. ¡Acelera!

Capítulo diecinueve

Parking. 1 de julio, 00:15 h

La cabina desciende atravesando con lentitud cada planta, entre gemidos que proceden del viejo cableado. No se detiene en ninguna de ellas. Lara, sin saber muy bien por qué, habría preferido que lo hiciera, que el ascensor se parase en cada nuevo sótano y una puerta quedara a su alcance, ante su vista. Su subconsciente busca la serenidad que transmite la visión de una salida.

¿A qué viene ese súbito ataque de ansiedad? Lara tiene la impresión de que el hechizo romántico se ha quedado en la superficie y, ahora, bajo las calles, está descubriendo un ambiente muy distinto. La atmósfera entre los dos se ha enrarecido, por mucho que quiera disimularlo.

Ella se siente inquieta. No puede evitarlo. Ni siquiera entiende el motivo por el que le ha afectado tanto que su mensaje no llegara al móvil de Wilde. En realidad, no es enfado lo que experimenta sino preocupación.

«Estoy asustada».

«¿Qué me pasa?».

La cabina continúa adentrándose en ese inframundo de plazas de garaje. El único sonido que les llega es el chirrido que provoca la carcasa al descender. Ya quedan dos plantas por encima de ellos. Avanza la noche hacia la madrugada, avanza la profundidad de su descenso. Parece que no termine nunca ese trayecto vertical.

Ellos se han contagiado de la atmósfera que se respira allí. Han dejado de hablar, aunque se dirigen miradas de reojo. Sus manos no se buscan, evitan un roce que en esas circunstancias no resulta tan estimulante. A veces la proximidad que impone un habitáculo de ascensor genera climas incómodos, procura tranquilizarse Lara, como si la cercanía resultara demasiado brusca.

«Será eso». La falta de confianza que aún los separa se acentúa allí.

—¿Nos ponemos a hablar del tiempo? —Wilde bromea, sin mucho éxito—. Este sitio nos ha cortado el rollo.

Lara se encoge de hombros mientras esboza una débil sonrisa. Si aún estuvieran esperando el ascensor, le habría dicho que prefería volver sola. A

esas alturas no se atreve, avergonzada por un nerviosismo cuya causa se le escapa.

«Venga», se anima, «que muy pronto estarás en casa».

El ascensor aminora su velocidad hasta detenerse. Cuarto sótano. Las puertas se abren y queda ante ellos un largo pasillo con decenas de vehículos estacionados a ambos lados. Un resplandor procedente de varias luces de emergencia ilumina esa planta con tonalidades pálidas. No se ve a nadie, no se percibe ningún movimiento.

—Da un poco de miedo, ¿no? —dice Lara, saliendo de la cabina.

—Por el día hay más movimiento —Wilde le ha cedido el paso y ahora la sigue—. Tranquila, estoy contigo. Es por aquí.

Le indica un nuevo corredor que se abre a su izquierda y que comunica con otro sector repleto de coches vacíos. Lara no distingue el fondo de ese espacio de techos bajos y rampas, nunca ha estado en un garaje tan inmenso. Caminan esquivando columnas con números desdibujados. El sonido de sus pasos resuena hasta perderse.

—Este es mi coche —Wilde se ha detenido ante un Volkswagen Golf negro mientras abre sus puertas pulsando un botón de su llave. Las luces del vehículo parpadean un instante.

En ese momento, Lara obedece a un impulso y le tiende su ejemplar de *Carta de una desconocida*.

—¿Me lo dedicas?

Wilde no ha llegado a entrar en el vehículo. Se ha detenido mientras lo rodeaba, sorprendido.

—¿Y eso?

—Quiero un recuerdo especial de esta cita.

Wilde sonríe.

—Habrá más, ¿no?

—Sí, pero esta es la primera. La más especial.

Él accede:

—De acuerdo, aunque tú tendrás que firmarme el mío.

—Me parece justo.

Lara aguarda, apoyada en la puerta del copiloto. Wilde llega hasta ella y se intercambian los ejemplares en silencio. Lara le ofrece un boli que ha sacado de su bolso.

—Tú primero —le dice.

Wilde se queda mirándola unos segundos. Después, toma el boli, se gira, coloca el libro abierto sobre la parte trasera del techo del Golf y se dispone a escribir.

Sujeta el bolígrafo con su mano izquierda, a punto de empezar.

Lara se da cuenta de ello antes de que trace en el papel la primera letra. *La izquierda*. ¡Es la mano izquierda! Ese detalle actúa de detonante y otras imágenes empiezan a brotar en su mente: ha sido esa misma mano la que ha empleado Wilde durante la cena para tomar el helado, para quitar el sonido de su móvil, para apartarse el flequillo de la frente. Incluso para emplear la llave del coche.

Es zurdo. El chico que tiene delante es zurdo.

Y Wilde, el Wilde con el que ella ha ido hablando durante las últimas semanas, es diestro. No duda, se sabe de memoria lo poco que ha averiguado sobre él durante tantas madrugadas.

Lara nota cómo su corazón empieza a bombear a más velocidad. Tampoco le cuadra ese carísimo teléfono que maneja su acompañante, cuando Wilde siempre ha dado muestras de ser un chico de gustos sencillos. Esa nueva suspicacia la lleva a seguir atando cabos. ¿Por qué él no ha querido ver durante la cena su último mensaje? ¿Por qué no ha querido jugar a intercambiar fotos del móvil? ¿Por qué no ha recibido el beso que le ha enviado por WhatsApp antes de coger el ascensor?

Las tres negativas responden a un mismo motivo: porque ese iPhone 7 no es el teléfono de Wilde.

El miedo inunda el cuerpo de Lara. Le cuesta respirar.

«Ha preferido que no nos quedemos los últimos en el McDonald's y que nos marchemos por la salida más discreta, lejos del mostrador donde están los empleados».

¿Quién es? ¿Qué está ocurriendo?

Lara recupera demasiado tarde la atención sobre el chico. Su rostro lleva segundos reflejando la tensión que soporta y él se ha dado cuenta. Ha dejado de escribir y la observa con gesto turbio.

—¿Qué pasa, Lara? —su voz ya no es cordial—. Él no te merecía...

También su mirada se ha transformado. Ahora cae sobre ella con una crudeza inesperada, como desprovista del calor que la hacía humana.

Ese extraño que tiene delante se ha quitado la máscara que ocultaba sus intenciones y lo que muestra da auténtico miedo; es un rostro implacable,

hambriento.

Lara grita. Él se abalanza sobre ella desde su posición, pero la chica logra reaccionar por puro instinto: abre de golpe la puerta del coche y consigue que su agresor se lleve un fuerte golpe en una rodilla que lo paraliza unos instantes.

Lara echa a correr, aunque sabe que no tiene ninguna posibilidad de llegar al ascensor antes de que él la alcance. Ni siquiera es capaz de orientarse hacia alguna salida. Grita de nuevo, pide socorro.

La salvación queda lejos. Nadie puede oírla allí.

* * *

Barrio de Gracia. 1 de julio, 00:30 h

Irene ha tirado la *tablet* sobre el asiento trasero del coche, sin ningún cuidado. Ya no le hace falta. Ahora permanece en silencio, muy erguida, con los ojos clavados en la calzada que el vehículo recorre a toda velocidad. Se desplazan a más de cien kilómetros por hora en medio de la ciudad. Abrumada por el transcurso de cada minuto, la subinspectora se siente incapaz de hacer comentarios, de dirigirse a su compañero con alguna indicación que no sea las que lanza súbitamente, para orientarle entre las calles como si se jugaran la vida en cada giro.

Quizá no sean las suyas, pero ella intuye que sí hay vidas en juego. También que cualquier error supondrá una sentencia de muerte para alguien.

La suerte de Lara —o la de su acompañante, si es que se equivoca en su última conjetura— puede depender de un minuto, de treinta miserables segundos o incluso de menos. Si llegan tarde, nunca se lo perdonará.

Irene Castell ignora la radio del coche, su móvil y tampoco consigue atender a los comentarios de Jaume. Su mente se centra en lo único que importa: encontrar a la chica.

«Entretenlo, Lara, entretenlo...».

—¡Por ahí, por ahí! —señala, asomándose por su ventanilla—. ¡Llegaremos antes!

«¿Antes de qué?», se pregunta, al borde de un ataque de ansiedad. «¿De que Lara y su cómplice huyan? ¿De que uno de los dos acabe con el otro? ¿De que ambos mueran esa noche?».

A pesar del misterio que rodea el caso, Irene sigue viendo a la joven como a una víctima. El escenario de ese *parking* al que parece que la han llevado impulsa su convicción. Se niega a contemplar la implicación de la chica en la muerte del muchacho desconocido. No consigue creerse esa posibilidad, así de sencillo. Es su cita de esa noche quien encarna el peligro, el mal. La imagen de la mujer asesinada que encontraron hace unos días vuelve a colarse en sus pensamientos, a modo de un mal augurio. En efecto, la subinspectora tiene el pálpito de que, si no se dan prisa, solo volverán a ver a Lara muerta.

«Si es que la encontramos».

Al acceder a una calle estrecha Jaume se ve obligado a pisar a tope el freno, provocando un derrape que rasga la quietud de la madrugada. Irene casi se da de bruces contra el cristal del parabrisas. Ante ellos, un camión de la basura maniobra sin prisa mientras los barrenderos se aproximan con cubos desde las aceras. El coche patrulla se ha detenido a un metro de distancia, ha faltado muy poco para que se estrellara contra el vehículo de limpieza.

—¡Mierda! —a Irene esa exclamación le sale del alma—. ¡Retrocede, retrocede!

Jaume vacila.

—Es dirección prohibida.... ¿No deberíamos...?

—Llevamos las sirenas encendidas, ¿no? —ella se quita el cinturón de seguridad—. ¡Sal del coche!

El agente la mira.

—¿En serio?

Irene no pierde tiempo en responder. Ha abandonado el vehículo de un salto y no tarda ni un segundo en situarse ante la puerta de Jaume.

—¡Conduciré yo, es una orden!

El agente se apresura a obedecer y enseguida se ha acomodado en el lado del copiloto. Irene, ya en su puesto, no espera ni a que su compañero se ponga el cinturón. Tras activar el sonido de la sirena, pisa el embrague, mete la marcha atrás y hunde el pie sobre el acelerador. Suelta el otro pedal sin delicadeza, provocando que el coche salga disparado hacia el comienzo de la calle en medio de una humareda que huele a goma quemada. Jaume palidece mientras asiste a esa locura de avance marcha atrás y en dirección contraria, la maniobra más suicida que ha protagonizado nunca. Sin embargo, se mantiene callado, no es momento de cuestionar a un superior. Se conforma con sobrevivir a esa carrera.

Por fortuna, a medianoche hay muy poco tráfico en esa zona de Gracia. Ni acaban empotrándose contra los vehículos estacionados a ambos lados ni se cruza ningún otro en la trayectoria del coche patrulla, que surge de pronto en la avenida principal, envuelto en el ruido y el parpadeo azul de sus sirenas. Semejante aparición sí provoca frenazos y violentos cambios de carril, pero no llega a producirse ningún choque.

Irene no se queda a comprobarlo. Antes de que los otros conductores logren siquiera reaccionar, ella ha vuelto a acelerar y su coche se pierde como una exhalación varias calles más allá.

«La apuesta es a todo o nada», se dice la subinspectora, aferrada al volante. «Si me equivoco en mi suposición, Lara Grávalos está muerta».

Irene aumenta la velocidad todavía más. De nada le servirá acertar si llegan tarde.

«No entiendo lo que está pasando, pero eso sí lo sé. El tiempo se acaba para esa chica».

Capítulo veinte

Parking. 1 de julio, 00:30 h

Lara procura reprimir sus jadeos, paralizada detrás de una columna. Cualquier ruido se oye en medio del silencio que flota en ese sótano: una pisada, un tropiezo, su respiración entrecortada. Todo puede delatar su posición. Antes de esconderse, ella ha procurado alejarse de la zona donde calcula que está el ascensor para despistar a su perseguidor. El falso Wilde habrá supuesto que ella intentará llegar hasta allí para escapar, por lo que será en ese sector donde la busque. Así gana tiempo.

«Ya se habrá repuesto del golpe. Si me ve, estoy perdida».

Su estrategia ha sido inteligente, pero al apartarse del ascensor Lara se ha desorientado por completo. Sus ojos enfocan en todas las direcciones para descubrir un paisaje idéntico: coches vacíos, resplandores de luces de emergencia, pasillos y rampas. Necesita descubrir algún letrero que anuncie la salida de ese laberinto subterráneo, pero de momento no distingue ninguno.

De nada le sirve su móvil a esa profundidad. Ni siquiera el 112 funciona en una localización tan inalcanzable para las redes. Ojalá apareciese ahora alguna persona a recoger su vehículo, aunque Lara es consciente de que hay muchas salidas y entradas en un *parking* de esas dimensiones. ¿Qué probabilidades hay de que a esas horas llegue alguien que tiene el coche aparcado justo donde ella se esconde?

Lara prefiere no depender del azar. Es mucho más práctico averiguar dónde quedan las escaleras.

En el suelo, a unos pocos metros, ve el desvaído dibujo de una flecha pintada. Teniendo en cuenta que se encuentra en el último sótano, ese símbolo tiene que indicar la ubicación de la rampa de salida para los coches. Lara decide que acceder al tercer sótano por esa vía no es una mala opción mientras encuentra las escaleras. Debe alejarse de su perseguidor, aproximarse a la superficie hasta que alguien se cruce con ella.

Se dispone a avanzar en esa dirección cuando suena la voz del falso Wilde, que ha recuperado su cadencia envolvente:

—¡Lara! ¿Dónde estás? No tengas miedo, creo que los dos nos hemos puesto nerviosos... Lo nuestro puede funcionar, en serio.....

Sus palabras resuenan allí como un eco, van escuchándose desde diferentes posiciones. No permanece quieto, sigue buscándola mientras habla. Lara lo imagina incluso agachándose entre los coches, revisando cada rincón donde ella pueda ocultarse.

«Es un encantador de serpientes».

—Dame una oportunidad, Lara —Wilde continúa con su cantinela, que suena cada vez más cerca—. No quería engañarte, te lo prometo. Tenía miedo de que te largaras al enterarte de que yo no era Wilde. Por eso no me atreví a confesártelo, yo también quería una oportunidad contigo.

«No lo escuches», se dice Lara. «No te dejes distraer». Ella reúne los últimos despojos de valor que quedan en su interior y abandona la protección de la columna. Está temblando y tiene la garganta seca. Nota los músculos entumecidos, le cuesta moverse. Es el pánico. Avanza muy lentamente entre los coches, posando sobre el suelo cada pie con extremo cuidado. Así consigue seguir la orientación de la flecha sin revelar sus movimientos. Se detiene al cabo de unos minutos, agachada entre un todoterreno y un pequeño Nissan. Necesita recuperar el aliento. Si no se trata del verdadero Wilde, ¿cómo es posible que ese chico sepa tanto sobre ellos?

«¿De dónde ha salido?».

—Venga, deja de esconderte y hablaremos —esta vez Wilde se ha desplazado hacia la derecha, pero sin distanciarse—. Si no te sientes cómoda, tampoco te llevaré a casa. En serio, no quiero que nuestra primera cita acabe así. Déjame disculparme.

Lara prefiere no imaginar cómo le gustaría a ese desconocido que terminara la cita. Lo que sí sabe es que no se lo va a poner fácil. Inspira aire, cuenta hasta tres e inicia un nuevo avance manteniendo siempre la ruta indicada por las flechas del suelo. Camina sin levantarse, con cuidado de no sobrepasar la altura de los vehículos estacionados y evitando delatar su silueta a través de sus ventanillas.

Quiere escapar. El miedo la ha convertido en una sombra. «No caigas», se dice. «Ahora no».

Si se deja llevar por el pánico, si sucumbe al *shock*, no podrá ofrecer resistencia. Y tiene que resistir.

Su suerte acabará cuando el acosador vislumbre sus pies en alguna de sus

inspecciones debajo de los coches, algo que por el momento no ha sucedido. Ella procura reducir ese riesgo haciendo sus pausas junto a los neumáticos de cada coche, lo que al menos oculta un poco sus piernas frente a los barridos visuales que estará efectuando desde el suelo el falso Wilde.

—Si yo he venido, es porque tu compañero de juego ha pasado de ti —ahora sí percibe Lara una leve impaciencia en esa voz—. Wilde no iba a venir, Lara. Solo ha jugado contigo. Yo me he negado a que te hiciera eso.

El desconocido se está poniendo nervioso y ataca donde más duele, pero Lara no se deja engañar por sus palabras. Son una trampa. ¿Dónde estará el verdadero Wilde? ¿Cómo ha permitido que ocurra eso?

¡Su amigo Fran! Lara acaba de deducirlo. Se trata de la única persona que puede tener tanta información, que está en condiciones de aprovecharse.

Un chasquido interrumpe las reflexiones de Lara. Ese ruido ha sonado muy cerca.

* * *

Inmediaciones de la estación de Sants.
1 de julio, 00:40 h

—¡Apaga el sonido! —ordena Irene a su compañero—. Estamos llegando.

Jaume obedece, aunque mantiene la luz de las sirenas, que siguen proyectando su resplandor en el exterior. Mientras la subinspectora conduce, él se ha dedicado a llamar de nuevo al móvil de la chica, que continúa fuera de cobertura.

—¿Eso significa que todavía está en el *parking*? —pregunta.

—Si mi suposición es correcta —matiza ella—. Aunque siempre cabe el riesgo de que el teléfono de Lara se haya quedado sin batería.

La subinspectora quiere creer, no obstante, que ha acertado en su conjetura y que la chica y su acompañante aún se encuentran en ese garaje al que se dirigen. No tiene pruebas, tan solo una de esas corazonadas que tanto irritan al doctor Millán. Se trata de impulsos que le han permitido salvar vidas en otras ocasiones. Confía en que esta vez vuelva a ocurrir.

—Las demás unidades están ya patrullando por la zona —comunica Jaume, bien agarrado—. Han recibido instrucciones de buscar a una pareja, tienen fotos de ella. No se ha facilitado ni sexo ni edad aproximada del acompañante.

También van a efectuar algunos controles a los coches que circulen por las inmediaciones de Sants.

—Bien, al menos así nos cubrimos si al final me estoy equivocando.

No se pueden destinar todos los efectivos a una hipotética operación de rescate en un garaje si hay posibilidades de que los sospechosos se encuentren en otra localización. Apostar todo a una carta supone demasiado riesgo, no dejarán las calles sin vigilancia hasta que el panorama se defina.

—¡Ya estamos!

Irene se salta un carril y efectúa un brusco frenazo hasta detener el coche en doble fila, delante del *parking*, frente al acceso peatonal más próximo al repetidor de la calle Alcolea. Los dos salen del vehículo sin perder un segundo, con sus armas en la mano.

—Tú comienza la inspección en la planta de la calle —ordena Irene—. Acude a la cabina de control y pide que bloqueen todas las salidas. Después ve bajando nivel por nivel. Yo empezaré desde el último sótano, hasta que nos encontremos. Atento a cualquier ruido, registra cualquier vehículo que se mueva ahí dentro.

—A la orden, jefa.

La subinspectora mira a su compañero, tan joven. Ya han entrado en el *parking*.

—Ten cuidado, Jaume. Es un garaje enorme y alguna de las personas a las que buscamos puede ir armada.

—Lo tendré, jefa.

Irene Castell consulta una última vez su reloj y desaparece por las escaleras, rumbo a los sótanos.

Capítulo veintiuno

Parking. 1 de julio, 00:40 h

Lara contiene la respiración. Creía que se estaba alejando de su perseguidor, pero ese chasquido ha sonado tan próximo.....

Entre tantas columnas, pasillos, coches y recodos resulta muy difícil ubicar el origen de los ruidos. ¿Tal vez alguien ha accedido a la última planta desde otro ascensor?

Pero no, ningún arranque de motor perturba el silencio hostil de ese sótano. Los vehículos permanecen inmóviles a su alrededor. La tranquilidad continúa, aunque se trate de una de esas calmas tensas que presagian la tormenta.

Es un silencio de peligro inminente, de amenaza.

Lara interpreta esa ausencia de sonidos: el falso Wilde también aguarda, muy quieto. Los dos se están dedicando a lo mismo: esperar a que el otro se delate provocando algún ruido.

Lara aguantará. Sabe que cada minuto juega a su favor, pues aumenta la impaciencia de ese extraño que se niega a renunciar a ella. Tarde o temprano alguien bajará al último sótano a recoger su coche, y el falso Wilde habrá perdido.

El problema es que el ritmo desbocado de sus latidos dificulta a Lara mantener una respiración inaudible. Qué ironía; el mismo miedo que agudiza su instinto de supervivencia va a terminar provocando que Wilde la localice. No resistirá mucho más tan callada. Necesita aire, una bocanada de oxígeno que ventile su cuerpo encogido.

El exterior queda tan lejos...

Un siseo intermitente llega ahora hasta ella. Se le eriza la piel. Son pisadas muy cautelosas que se deslizan por el suelo pintado del garaje. Lara ha ganado ese primer pulso, su adversario es quien ha comenzado a moverse antes. Lo grave, sin embargo, es que quien provoca ese ruido se encuentra mucho más cerca de lo que ella imaginaba. Apenas a dos o tres coches de distancia, calcula. Ahí mismo. Lara no puede quedarse en ese punto o será descubierta.

Procura frenar sus pulsaciones y comienza a retroceder pausadamente, sin

alzarse. Pone mucho cuidado en evitar cualquier sonido, incluso el que produce el roce de la ropa. Ha dejado el bolso debajo de un coche y se ha quitado los zapatos, que esconde también mientras se desplaza. Después, paso a paso, con una lentitud que es un tormento, va apartándose de esa posición tan crítica hasta colocarse detrás de una furgoneta. Segundos después, una sombra aparece justo donde ella se encontraba. Ha faltado muy poco.

La caza continúa.

—Lara... —de nuevo la voz del desconocido, tan próxima, en cuya seducción ella percibe ahora una nota siniestra—. Sé que estás por aquí, ¿dejamos de jugar ya? Te estás equivocando conmigo.....

Más pisadas leves sobre el suelo, que parecen evaporarse al instante. Ese tipo acecha como un depredador.

«Yo he acudido esta noche para salvarte», escucha Lara. «Dame una oportunidad».

Desde donde está, ella distingue una puerta al fondo del corredor marcada con el dibujo de una escalera. Por fin ha encontrado la salida hacia la planta superior. La separan de ese acceso unos sesenta metros, distancia que quizá pueda salvar si Wilde se aleja lo suficiente.

Tiene que intentarlo, huir de allí. Que su acosador la encuentre es cuestión de minutos y a lo mejor pasan horas hasta que alguien baje a ese sótano. Lara descarta su plan inicial de abandonar la planta – 4 a través de las rampas, es mucho más arriesgado.

La oportunidad es ahora. Quizá no haya otra.

No obstante, antes de lanzarse a una carrera que revelará su posición, necesita ubicar al suplantador de Wilde. Si el desconocido se encuentra demasiado cerca, su maniobra será un fracaso.

«Habla», suplica Lara, quieta como una estatua detrás de la furgoneta. «Vuelve a hablar para que pueda calcular dónde estás».

Sin embargo, el falso Wilde calla, como si intuyera lo que ella se propone. Lara ni siquiera detecta ya los movimientos de su perseguidor. En esas condiciones no debe intentar llegar hasta la puerta.

¿Cuál es la alternativa?

Espera un poco más, a pesar de que los nervios la están consumiendo. Aprovecha para secarse el sudor que le resbala por la frente mientras procura entender cómo ha llegado a encontrarse en una situación tan horrible. Sus temblores no cesan. ¿De verdad le está sucediendo eso? ¿No se trata de una

pesadilla? Piensa en sus padres cuando lleguen a casa y no la vean, en ese aviso a Berta que no ha aprovechado y en el miedo que le mordisquea las entrañas. ¿Cómo ha sido tan estúpida? Nunca sospechó que su romanticismo pudiera resultar imprudente, que pudiese conducirla a una situación tan irreal.

Por desgracia, todo es auténtico y no hay margen para rectificar. Ha caído en una trampa.

Lara sabe que no tardará en perder el control, que su precaria serenidad se agrieta a cada minuto que se prolonga ese espanto que está viviendo.

Si no sale pronto al exterior, va a sufrir una crisis nerviosa. Y entonces...

Lara se deja dominar por la rabia, la necesita. No quiere ser una víctima tan dócil, odia esa ingenuidad que la ha convertido en una presa.

¿Dónde estará el verdadero Wilde? ¿Por qué permite que ocurra eso? Ahora es cuando tendría que aparecer para salvarla. ¿Ha sido todo un espejismo?

Porque nadie llega a esos pasillos desiertos, galerías fantasmales bajo la luz blanquecina de las luces de emergencia. Los coches vacíos son esqueletos de metal que la contemplan con sus faros inertes. Todo parece muerto allí.

Lara aún permanece inmóvil en la zona más oscura, encorvada para evitar los cristales de la furgoneta, a punto de rendirse. Un molesto hormigueo recorre sus extremidades; tiene que moverse, aunque el supuesto Wilde siga sin pronunciar palabra.

Le toca a Lara tomar la iniciativa.

Ella se agacha más, muy poco a poco. Se mantiene en cuclillas hasta apoyar las rodillas en el suelo. Después continúa inclinando el torso, baja la cabeza para conseguir la perspectiva a ras de suelo. Tal vez logre ubicar a su perseguidor si espía a través del espacio que queda bajo los vehículos. Conforme se mueve, sus ojos se han ido deslizando por la carrocería hasta llegar a la altura de los neumáticos. Llega el instante crucial de asomarse hacia el fondo del sótano, de buscar la silueta de unos pies en medio de la penumbra. No queda otra opción.

Lara se ha detenido, vacilante. Ella misma también se hará visible con esa estrategia. ¿Seguro que quiere exponerse? No habrá vuelta atrás.

Asiente para sí misma. Todo es mejor que alargar esa cacería subterránea. Tomando aire, termina de un golpe su movimiento. La suerte está echada.

Lo primero que distinguen sus ojos son las irregularidades del suelo, franjas de leve claridad entre los coches y una sucesión interminable de perfiles de ruedas, que se recorta contra el resplandor del tabique más lejano.

Ninguna presencia a la vista.

Lara detecta algo más a la izquierda, así que orienta la mirada en esa dirección. De refilón solo le había parecido un bulto oscuro, pero cuando sus pupilas atienden directamente a ese obstáculo, descubre con horror que se encuentra frente a una cabeza: el rostro mudo del falso Wilde le sonríe a pocos coches de distancia.

La ha descubierto.

Lara no piensa, no hay tiempo. Ni siquiera pierde segundos en gritar o compadecerse. Se levanta de un salto y se lanza a correr con sus pies desnudos hacia la puerta, sin mirar atrás.

Sesenta metros, cincuenta. A su espalda siente las ágiles zancadas del falso Wilde, que ha reaccionado rápido. Lara no frena ni se gira; sabe que si se enfrenta a la imagen de su perseguidor el pánico la paralizará.

Cuarenta, treinta metros. La puerta de las escaleras queda tan cerca...

Los sonidos que provoca el avance de su acosador suenan cada vez más próximos. Está ganando terreno. Veinte metros. Lara ignora el acercamiento, vuela entre los coches... hasta que un cuerpo cae sobre ella y su carrera termina. Ambos ruedan por el suelo hasta detenerse junto a un monovolumen. El agresor se coloca a horcajadas encima de Lara para inmovilizarla. Le tapa la boca con una mano mientras los dedos de la otra rodean su cuello como si pretendiera estrangularla. Se sostienen la mirada, que Lara mantiene ahora con sorprendente firmeza. «Al menos acabó la incertidumbre», piensa al borde de la desesperación. Él no habla aún. Lo único que son capaces de hacer es recuperar la respiración.

—¿Tienes miedo? —pregunta Fran—. No me obligues a utilizar esto...

Ha soltado su cuello y le enseña la navaja abierta que ha sacado de uno de sus bolsillos. El filo roza la mejilla de Lara, que no hace ningún gesto. No le dará la satisfacción de reconocer que está aterrorizada, que ha vencido. Que está dispuesta a someterse.

Su palidez la traiciona.

Fran desliza los dedos por los labios de su presa, se regodea en su captura. Continúa amenazándola con su navaja mientras la arrastra hasta el hueco entre el monovolumen y otro vehículo. Lara intenta resistirse, sin éxito. Su captor es mucho más fuerte y tiene el arma. Se ha colocado de nuevo sobre ella, Lara siente su aliento en la cara. Desde su posición, ella todavía llega a ver la puerta de las escaleras. Está ahí mismo...

De pronto, Fran comienza a susurrar unos versos:

*«Sobre el espejo roto
una huella de sangre.
Apareció la luz
y me desconocía,
porque la noche estaba
dentro de mí. Yo era
la sombra de una sombra.
Así que tuve miedo
de lo que puede hacerse
del lado de la sombra.*

He roto tantas cosas en mi vida».

Él se interrumpe, deja escapar una risa amarga.

—Son del mismo poeta que los que te envió Gerard —dice—. ¿No querías conocerme? Aquí me tienes.....

*«Y cuando tuve miedo
reconocí la casa.
Ya dije que vi sangre,
las sillas boca arriba,
los cajones abiertos,
libros amontonados,
botellas, flores secas,
cristales por el suelo.
Me saltó como un tigre
la noche que yo era.*

He roto tantas cosas en mi vida».

—Yo soy la noche, Lara —anuncia el falso Wilde, con una teatralidad macabra—. Y aún no he terminado.

La sonrisa que ha empezado a esbozar se corta al escuchar una voz que surge tras él:

—Yo creo que sí.

Fran se vuelve como un felino acorralado, pero su agilidad no es suficiente para evitar una brutal patada en la cara que lo impulsa contra un coche. Su

navaja baila por el aire y se pierde bajo un BMW.

—Policía —Irene Castell apunta con su pistola al sospechoso—. Se acabó el juego, muchacho.

Epílogo

—**N**utopsia concluida y cuerpo identificado —comunica el forense mientras se lleva una taza humeante a los labios.

Irene ha asentido. Los dos toman una infusión en la cafetería del Instituto de Medicina Legal.

—¿Y bien? —pregunta ella—. Lara se merece al menos conocer quién era su amor virtual. Nuestro detenido no suelta prenda. Solo sonríe, el muy.....

—El fallecido es Gerard Pinyol, diecinueve años. Estudiante de segundo curso de Derecho en la Universidad Pompeu Fabra. Natural de Valls, en Tarragona, donde reside su familia, y compañero de habitación de su asesino aquí en Barcelona, en una residencia universitaria.

—La suplantación se ha confirmado, entonces.

—Sí. Qué historia tan increíble.

Lara Grávalos ha informado a la policía sobre cómo conoció a Wilde. Ha explicado el juego, las reglas de ese misterioso pacto que ha estado a punto de llevarla a la tumba. Al final, el perfil de Twitter llamado @Wilde00 sí guardaba relación con el crimen. Todas las piezas van encajando.

—La realidad supera a la ficción —comenta la subinspectora—. Me pregunto cuántas chicas de su edad también habrían caído en la trampa si hubieran sido las elegidas. ¿Cuántas víctimas potenciales hay ahora, en este preciso momento, navegando a través de la red? La ingenuidad atrae a los depredadores como la sangre a un tiburón. Nadie debería prestarse a una proposición así.

El forense prefiere suavizar la visión de lo ocurrido:

—Al menos la intención de Gerard Pinyol era buena —carraspea—. Ha sido una cuestión de mala suerte, Irene. La intromisión de un tercero no formaba parte del juego.

Los dedos de la subinspectora bailan sobre la mesa.

—Me preocupa, Carlos. Algo se está haciendo muy mal para que situaciones de este tipo se produzcan —ella suspira—. Tengo la impresión de que a Fran Bonet le ha resultado demasiado fácil llevar a cabo su plan, ¿sabes? Y eso no es justo porque, de alguna manera, la sociedad lo ha permitido.

Irene reflexiona sobre la inconsciencia con que en ocasiones las personas asumen riesgos innecesarios. ¡Lara no tenía por qué aceptar la invitación de ese universitario desconocido! ¡No le hacía falta! ¿Por qué lo hizo, entonces? La subinspectora no consigue entenderlo. ¿Por qué arriesgar su tranquila existencia de estudiante, su futuro inmenso? El precio de actuar con esa inocencia podía salir tan caro como la pérdida de la propia vida.

Un coste irreparable. Cuánto dolor.

—Confiar en las personas no debe llevarte a cometer una imprudencia —dice—. Muchas tragedias se evitarían si la gente se comportara con un poco de sentido común.

El doctor la mira con resignación.

—Cuanto mayor es la ilusión, menor nos parece el riesgo.

Irene rechaza esa justificación:

—Eso no sucedería si pensáramos más en el daño que podemos provocar a las personas que nos quieren. Tenemos una responsabilidad con ellas, Carlos. Creo que ser imprudente es otra forma de egoísmo.

La subinspectora no se quita de la cabeza que el caso de Lara Grávalos ha estado a punto de terminar en una tragedia. No quiere ni imaginarlo.

—Los jóvenes tienden a ser egoístas —observa él—, no lo olvides.

—Eso no me sirve. Todos tenemos una responsabilidad. Todos.

Se quedan callados.

—En cualquier caso —el forense reconoce cierta admiración profesional al analizar el *modus operandi*—, ese chico ha actuado como un delincuente experto. Es difícil escapar cuando tu enemigo dedica meses a preparar su emboscada.

—Y cuando tú ni tan siquiera eres consciente de que debes protegerte —añade la subinspectora—, de que te has convertido sin buscarlo en un objetivo.

—Al final, no pasamos tan desapercibidos como suponemos.

Irene coincide:

—No para quien vive al acecho.

Carlos Millán vuelve a beber de su taza.

—Hay miradas muy atentas —murmura—. Dentro y fuera de las redes.

Irene meneaba la cabeza con incredulidad.

—¿Cómo es capaz alguien tan joven de actuar con semejante frialdad? —la impresiona ese hecho—. Fran Bonet no es un simple depredador sexual,

¿verdad?

El forense le da la razón:

—Nos encontramos ante un psicópata de libro, capaz de mantener una doble vida sin cometer errores.

—Y de acabar con su compañero de habitación.

—Exacto. Mantenía con él una aparente amistad... hasta que se convirtió en una molestia para él.

Irene se lleva las manos a la cara.

—¿Pero es que ese chico no tiene corazón?

—Ese tipo de personas son manipuladoras por naturaleza. Para ellos los demás son solo objetos; no experimentan ninguna empatía, aunque aprendan a disimularlo. Ofrecen la imagen que la sociedad espera de ellos, pero se trata de una apariencia falsa. Se mimetizan. En el fondo, su humanidad es postiza.

—Por eso no tienen límites a la hora de satisfacer sus instintos y resulta tan complicado descubrirlos —dice Irene.

—Para alguien como Fran Bonet, todo es un juego, y las personas, simples piezas que hay que eliminar en cuanto estorban. Peones de ajedrez al servicio de un rey sin compasión.

La subinspectora intenta asimilar esa dramática descripción.

—¿Utilizó a su amigo para atraer a Lara Grávalos?

Carlos Millán duda.

—Quizá al principio no. Ten en cuenta que fue Gerard Pinyol quien encontró a la chica en Twitter. Imagino que, conforme avanzaba el juego, Fran Bonet se fue encaprichando de ella. Vuestro detenido también presenta una pulsión sexual patológica. En algún momento durante estos meses, concebiría su plan y empezaría a utilizar a su compañero.

Irene no da crédito.

—Hay que ser un monstruo para compartir habitación noche tras noche con alguien a quien has decidido matar.

«Hay que ser un Dorian Gray».

—Fran Bonet es una bestia que, gracias a ti, va a ser apartada de la sociedad por una buena temporada —la felicita el forense—. En el cadáver de su compañero no dejó rastros, pero supongo que vosotros sí lograréis vincularlo con el crimen y, además, lo tenéis bien pillado por el intento de violación.

Irene esboza una sonrisa justiciera.

—Encontramos en su coche el móvil de Gerard. Se deshizo de su cartera,

pero no del teléfono.

—¡Bien! ¿Tal vez quiso guardarse un trofeo?

—O eso, o pretendía recuperar todos los mensajes que Lara compartió con Gerard y por eso conservó el móvil de su compañero. Esa especie de fetichismo le va a salir caro. Lógicamente, Fran tampoco cuenta con coartada para la tarde del crimen. Lo tenemos, Carlos. Ningún abogado va a impedir que le caigan muchos años de condena.

—Me encanta oírlo, Irene. Brindemos.

Los dos alzan y entrechocan sus tazas.

Carlos Millán analiza el gesto de la subinspectora mientras bebe, demasiado comedido a la hora de celebrar la resolución del caso.

—No te sientas culpable por cómo llevaste la investigación —dice—. El fallecido tenía un físico muy similar al ex de Lara Grávalos, no disponíamos de medios en la escena del crimen para hacer comprobaciones. Todos nos equivocamos al dar por supuesto que el cuerpo pertenecía a Jordi Vila, pero al menos tú fuiste la primera en plantear que no nos encontrábamos ante un suicidio.

Irene menea la cabeza.

—Aun así, esa precipitación retrasó la búsqueda. Estuvimos a punto de llegar tarde.

El doctor descarta ese juicio tan riguroso:

—Salvaste a la chica, Irene. Ella está bien gracias a ti y has pillado al malo. La operación ha sido un éxito.

La subinspectora tiene que reconocer que eso es cierto, por muy apurado que haya sido el resultado. Todo ha terminado bien.

—Por cierto... —vuelve a intervenir Carlos Millán—, me has vencido.

Irene no comprende.

—¿A qué te refieres?

—A tu corazonada. Ya me lo han contado. La forma en la que apostaste por el *parking* público. Sin que sirva de precedente, ¡bravo por tu intuición!

—No había margen para otros procedimientos.

—Claro. Con la ciencia yo no habría podido ofrecer ningún dato a tiempo. Tu método ha vencido al mío.

El doctor logra que Irene se eche a reír.

—Ya, pero mejor no depender de mi sistema, ¿verdad? —dice ella.

—Bueno, un toque de espontaneidad siempre viene bien.

Los dos dan otro sorbo a sus respectivas infusiones. Irene no tarda en volver a los detalles del caso. Necesita todas las respuestas.

—La víctima asesinada pertenece al entorno del asesino. Todo un clásico.

—Por eso disponía de tanta información —apoya el forense— y le resultó fácil preparar la trampa.

—Las trampas —corrige ella—. Fran Bonet había previsto un desenlace distinto para cada una de sus dos víctimas.

—Cierto —se quedan en silencio—. Entonces, ¿no le habéis sacado nada todavía?

Irene niega con la cabeza.

—Nada. Es lo que tú has dicho: a un tipo tan frío no le afectan los interrogatorios, por muchas horas que duren. No se ha venido abajo.

—Insistid.

Irene se queda absorta, inmersa en sus propios pensamientos.

—No dejo de pensar en cómo la mala suerte se ceba a veces con algunas personas.

A la subinspectora le da mucha rabia que circunstancias tan accidentales hayan provocado que un depredador se cruzara en el camino de dos buenos chicos. Qué injusto. Como resultado, ha muerto un joven que tenía todo el futuro por delante y Lara Grávalos, además de sufrir una agresión, ha perdido al posible amor de su vida.

—Sí —el forense está de acuerdo—. Lo de esa chica es un drama. Primero acaba mal su relación con Jordi Vila y cuando parece que ha encontrado a alguien mejor...

Irene corta ese tono en la conversación. Ha decidido inclinarse por la esperanza, por el optimismo.

—Volverá a enamorarse —afirma, convencida—. Lara es joven, inteligente, atractiva. Y valiente. Habrá aprendido la lección, no volverá a cometer los mismos errores. Conseguirá la felicidad que merece.

El doctor se suma a ese horizonte más luminoso:

—¡Por supuesto! Después de esta racha, seguro que la vida le reserva muy buenos momentos.

—Es una chica especial —la subinspectora lo percibió en cuanto trató con ella—. Y supongo que Gerard Pinyol también lo era, aunque le hayan arrebatado la oportunidad de demostrarlo.

—Nadie podrá quitar a Lara lo que vivió con él a través de la red.

Ese comentario sorprende a Irene.

—¡Carlos! No te imaginaba tan romántico.

—¿Porque soy un científico? Vaya con los prejuicios.....

Irene admite el reproche:

—Tienes razón. Y en lo que dices también; estos meses de complicidad, de emociones reales, no los ha perdido Lara. Serán suyos para siempre.

—Le servirán como refugio para escapar del trauma —Carlos Millán juega con una servilleta de papel—. Le espera una temporada bajo tratamiento psicológico, pero saldrá adelante. Logrará ser feliz.

Vuelven a beber. Una atmósfera melancólica se ha impuesto en la mesa.

—El mundo es hoy un lugar mejor —murmura la subinspectora.

—Lo es.

El Mal ha sido derrotado. Por esta vez.

Los dos se levantan de la mesa. Toca despedirse hasta que el universo del crimen provoque un nuevo cruce de sus caminos.

—¿Sabes? —dice Irene mientras le estrecha la mano—. Creo que hay personas hechas para el amor, y Lara es una de ellas. Se empeñan en buscarlo, pero no les hace falta. Son luz. En cuanto vuelva a sonreír, alguien bueno llamará de nuevo a su puerta.

«Y esta vez saldrá bien».

FIN

Agradecimientos

El proceso de escritura de esta novela ha requerido colaboraciones de todo tipo: miradas atentas para la revisión del texto, talento fotográfico, información sobre cuestiones forenses, tecnológicas y policiales, asesoría «juvenil» para diseñar el perfil de algún protagonista, sugerencias para el título y sobre videojuegos... ¡incluso he robado un tatuaje y dos apellidos! Por ello se merecen una mención especial, con mi agradecimiento, las siguientes personas: Alberto Baeyens, Pepe Trivez, Diego Chozas, Begoña Oro, Ana Lozano, Beatriz Millán, Maricarmen Rebollo, Fernando Sánchez, Alfonso Sebastián, Eduardo Casas, Javier Rubio, Pedro Pérez, Esther Rodrigo, Susana Berdejo, Sandra Bruna, Javier Ruescas, todo el equipo de Edebé, Andrés Isiegas y Juan Grávalos.

*«En mitad de la plaza hay alguien que se vuelve
y levanta los ojos
para buscar la luz en mi ventana,
el faro de la noche y sus fantasmas».*

El lector; Luis García Montero

DESCONOCIDOS

Dos vidas que se cruzan de madrugada a través de las redes. Dos jóvenes que se entregan a un misterioso juego: compartir sus sueños, ilusiones y temores, pero no su identidad. Pronto darán el siguiente paso: una cita a ciegas. Sin embargo, encontrarse con un desconocido siempre entraña riesgos. Porque todos ocultamos secretos...

Un cadáver. El cuerpo de un muchacho, desfigurado por la violencia de la caída. Una vida joven arruinada para siempre, una muerte que suscita más preguntas que respuestas.

Dos historias, la misma noche y una oscura sospecha.

io PERISCOP